

59
21



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FACULTAD DE CIENCIAS POLITICAS Y SOCIALES

**LA POLITICA EXTERIOR DE ESTADOS
UNIDOS HACIA AMERICA LATINA
1989 - 1992: PERSPECTIVAS DE UN
CAMBIO EN LAS RELACIONES
ECONOMICAS**

T E S I S
QUE PARA OBTENER EL TITULO DE
LICENCIADO EN RELACIONES
INTERNACIONALES
P R E S E N T A
MARIO ALBERTO REZA GARCIA

MEXICO, D. F.

ENERO DE 1994

**TESIS CON
FALLA DE ORIGEN**



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas Tesis Digitales Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS © PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A MI MADRE

**LA POLITICA EXTERIOR DE ESTADOS UNIDOS HACIA
AMERICA LATINA 1989-1992: PERSPECTIVAS DE UN
CAMBIO EN LAS RELACIONES ECONOMICAS**

Índice General.

Introducción.....	7
-------------------	---

Capítulo 1

1.- La Política Exterior de Estados Unidos hacia América Latina después de la segunda guerra mundial hasta la década de los años sesenta.....	19
1.1. Un modelo de dominación geopolítico	23
1.2. América Latina: zona prioritaria.....	33
1.2.1. Las relaciones económicas.....	38
1.2.2. El ámbito geopolítico en América Latina.....	45
1.2.2.1. El caso de Guatemala y el gobierno de Jacobo Arbenz.....	47
1.2.2.2. Cuba y la crisis de los misiles.....	50
1.2.2.3. La intervención militar en República Dominicana.....	55

Capítulo 2

2.- Estados Unidos: crisis e intento de reestructuración económica.....	59
2.1. Principales manifestaciones de la crisis.....	62
2.2. La situación respecto a América Latina durante los años setenta.....	69
2.3. La administración de Ronald Reagan: las propuestas del neoconservadurismo.....	80
2.3.1. El proyecto económico.....	83
2.3.2. La política hacia América Latina.....	90

Capítulo 3	
3.- Crisis de la hegemonía norteamericana.....	96
3.1. La administración de George Bush: la política norteamericana en el nuevo contexto internacional.....	101
3.2. El nuevo papel de América Latina.....	106
3.2.1. América Latina y la ruptura del mundo bipolar.....	112
3.2.2. La propuesta de la Iniciativa para las Américas.....	116
3.2.3. La deuda externa de América Latina.....	125
3.2.4. Acuerdos bilaterales y regionales de libre comercio con los países latinoamericanos.....	133
3.2.5. Los intereses políticos.....	137
 Capítulo 4	
4.- La respuesta de América Latina.....	142
4.1. La crisis económica.....	148
4.2. Los intentos: liberalización y apertura económica.....	155
4.3. Estados Unidos-América Latina: ¿Una nueva relación económica?.....	163
 Conclusiones.....	169
 Bibliografía y hemerografía.....	178

Introducción.

El presente trabajo de investigación es producto de largas reflexiones sobre las peculiaridades del comportamiento de la política exterior de Estados Unidos hacia nuestra América Latina, en una época tan compleja y transitoria como la que vivimos.

En este sentido, la parte correspondiente al marco histórico pretende mostrar algunos de los elementos principales de la política tradicional norteamericana, en un intento por establecer un marco teórico-conceptual de apoyo en el análisis de la perspectiva de transformación de las condiciones que rigen las relaciones económicas bilaterales. De tal manera, este estudio podrá respaldarse en el proceso histórico y en los imperativos de la política de poder norteamericana, con la finalidad de exponer el desarrollo de la política exterior de Estados Unidos y sus implicaciones en los procesos latinoamericanos.

El interés particular al abordar la problemática que representa la manifestación de un cambio en la política exterior hacia América Latina, se deriva de la necesidad de analizar las posibilidades y perspectivas para el desarrollo de las relaciones bilaterales, en la proyección de un nuevo orden mundial distintivo del ya viejo orden de la segunda posguerra mundial. Si bien, Estados Unidos busca recuperar el liderazgo de la economía mundial en la regeneración de su hegemonía, agobiada por la caída del mundo bipolar y el estancamiento económico, no puede eludir la necesidad de llevar adelante la ejecución de nuevos mecanismos de acción política y económica en el proceso de transición hacia otro contexto internacional.

En consecuencia, este trabajo pretende ser un estudio que conduzca a una visualización clara sobre las condiciones que determinaron la política en el continente durante la administración de George Bush, y que marcaron otras pautas de ejecución política. Y aún, pese a la problemática que representa la continuidad del proyecto iniciado por su administración, observar cómo el objetivo fundamental de este proyecto -el de mantener el liderazgo económico y la hegemonía política- implica un reto que no elimina la maduración de nuevas condiciones que permitan reafirmar la existencia de un cambio en las relaciones bilaterales.

En un principio, Estados Unidos mantuvo la hegemonía política y un liderazgo económico indiscutible en el sistema internacional, gracias al sistema creado en Bretton Woods. En él, se consolidaron las bases institucionales de sustentación del poder en todos los ámbitos de las relaciones mundiales. Fue un período de auge y expansión de la economía norteamericana. Con el establecimiento de la confrontación este-oeste, encarnada por la lucha teórico-ideológica entre dos sistemas antagónicos de producción, la dinámica de desarrollo permitió reproducir estas estructuras de poder, dándole coherencia al funcionamiento del sistema.

Sin embargo, el mismo proceso que llevó a Estados Unidos a mantenerse al frente del sistema también condujo a la manifestación de una crisis económica interna a finales de los años sesenta y que prevalece hasta la actualidad.

Durante las dos primeras décadas de la segunda posguerra, Estados Unidos mantuvo firme su liderazgo económico debido a que los países europeos y Japón se encontraban en proceso de recuperación de su propia dinámica de desarrollo. Pero hacia la década de los años

sesenta, la recuperación en Europa permitió la gestación de un proceso de integración económica, y a Japón, por su parte, se le brindó la oportunidad de establecer un dominio sobre la región del sudeste asiático. Ambos factores son importantes a considerar, pues Estados Unidos jamás pretendió llevar a cabo un proceso de integración económica continental, ni mucho menos proponer alternativas para un desarrollo conjunto con América Latina.

La recuperación del ritmo de crecimiento de Japón y de Europa occidental superó al norteamericano, y una vez que las industrias de estos países incrementaron su competitividad, las estructuras ya establecidas entraron en contradicción.

Tanto el esquema de dominación hegemónica como la estructura de la economía norteamericana (apuntalada por un creciente desarrollo de la industria militar) contribuyeron al desequilibrio en los años sesenta. Al recuperarse el equilibrio entre las fuerzas económicas internacionales, la dinámica de desarrollo de la economía mundial superó fácilmente la estructura organizacional de la posguerra, y con esto se generó un desequilibrio permanente en todo el sistema económico. Si a ésto se añade el creciente déficit público y el endeudamiento externo a raíz de la guerra de Vietnam, el esquema de desarrollo norteamericano manifestó agudos signos de una crisis económica.

Sin embargo, la crisis económica de los años sesenta no produjo una crisis real de hegemonía. Si bien, la guerra de Vietnam contribuyó al creciente gasto público, al endeudamiento progresivo y a la desarticulación del proceso productivo, entre otros aspectos, no constituyó un factor determinante para debilitar la política de poder en un mundo bipolar.

Por una parte, los vínculos de dependencia económica de la periferia, fundamentalmente de América Latina, permitieron la transferencia de los costos de ajuste, a la vez que facilitó la importación de materias primas, minerales y energéticos a precios muy bajos, necesarios para la manutención de la industria y del mercado interno. Y por otro lado, las bases que contribuyeron la consolidación de Estados Unidos como potencia mundial, se constituyeron en el soporte necesario para que la estructura económica interna no se desmoronara y pudiera crecer a pesar de la crisis.

Ahora bien, hasta finales de los años ochenta, el enemigo principal de Estados Unidos fue la Unión Soviética, condición que permitió establecer un sistema de dominación bipolar. Con la escalada armamentista de ese período el esquema se fracturó, debido al desplazamiento de la URSS de la confrontación bipolar. Una vez eliminada esta lucha, se fracturó el sistema de dominación occidental y, aunque se había ganado la guerra fría, emergieron nuevas condiciones en un mundo caracterizado por la afluencia abrupta de las fuerzas económicas mundiales.

La escalada militar de los años ochenta condujo a Estados Unidos a la agudización de la crisis económica. Razón por la cual era necesario buscar una salida -cualitativamente- distinta a las anteriores, ya no era la cuestión económica solamente, ahora revestía una importancia mayor, Estados Unidos quedaba al frente de un proceso de transición hacia la formación de un nuevo orden mundial. Con ésto, se gesta un proceso de replanteamiento de su política internacional y en él encuentra una América Latina maltrecha pero susceptible de adecuarse a otro modelo de dominación mundial.

Desde el inicio de la administración de George Bush hasta nuestros días, se han manifestado una serie de elementos que han permitido la consolidación de una coyuntura favorable para establecer un proceso de transformación de las relaciones económicas con América Latina. Singularmente, esta coyuntura ha entrado en un proceso nunca antes visto en las relaciones bilaterales: en el proceso de la apertura política con fines esencialmente económicos. Ha resultado ser Estados Unidos quien ha centrado su visión de desarrollo económico en la negociación y liberalización comercial del continente.

El año de 1989 arrojó indicadores importantes en las relaciones comerciales. En ese año, se produjo un incremento de casi 7 millones de dólares de las importaciones norteamericanas procedentes de América Latina, registrándose una tasa de crecimiento del 12.2%, superior a la tasa de crecimiento de las exportaciones que fue del 11.7% (aunque este sólo representa el 15% de su comercio total). A esto podemos añadir, que casi el 60% de su comercio restante es deficitario, frente a Japón y Alemania.

Los países latinoamericanos en conjunto aún distan de superar en competitividad a Estados Unidos, pero afrontan su incapacidad real de competir en forma individual. Además, se ha reconocido la carencia de verdaderos procesos de integración latinoamericana, capaces de enfrentar en forma conjunta el reto del libre comercio con Estados Unidos.

Por su parte, los procesos de integración económica de la Comunidad Europea y la Cuenca del Pacífico, encabezados por Alemania y Japón respectivamente, han entrado en una etapa importante de transición hacia la sociedad post-industrial y han desplazado a Estados Unidos del liderazgo económico del

mundo capitalista. La sociedad internacional se rige en la necesidad de conquistar y preservar el poder económico por encima, incluso, del poderío militar. El caso de la Unión Soviética es altamente representativo al respecto.

La crisis económica para Estados Unidos en un período de reordenamiento de fuerzas mundiales constituye más que un problema de ajuste de balanza de pagos. No son los 300 mil millones de dólares del déficit fiscal lo único que está en juego, sino, principalmente, la fragilidad de su posición hegemónica en el mundo. Por más de dos décadas ha logrado mantener su hegemonía a pesar del desequilibrio económico interno, pero ya resulta imposible hacerlo en la actualidad sin pensar en un proceso de reestructuración económica y en un renovado modelo de dominación. Tan sólo, habría que revisar algunos indicadores económicos en la era de Bush: Para 1990, el PIB cayó un 2.6%, la balanza de pagos registró un déficit de 169 mil millones de dólares, las exportaciones tan solo crecieron al 2.5%, las reservas ascendían a 64 mil millones de dólares, hubo una tasa de desempleo de cerca del 7%, con una tasa de inflación del 6.2% y un déficit comercial superior a los 125 mil millones de dólares, y con América Latina superior a los 10 mil millones.¹

La Iniciativa para las Américas ha representado un cambio en el tratamiento de las relaciones bilaterales. La necesidad de establecer mecanismos de concertación política y económica entre ambas partes parece encontrar un nuevo cauce en la

1.- SELA, "La Iniciativa para las Américas en el contexto de las relaciones de América Latina y el Caribe con Estados Unidos", Reunión de Consulta Caracas, Venezuela, 22-27 de abril de 1991, pp. 39.

unificación de criterios, en la búsqueda por sanear sus economías y poder formar lazos comunes que permitan crear una zona económica capaz de responder a los imperativos de la economía mundial.

Las tendencias de la economía internacional apuntan hacia la consolidación de los procesos de integración económica en bloques de países unidos por la cercanía geográfica y por un interés económico común: el crecimiento económico mediante la diversificación de costos y la distribución de beneficios, producto de una labor compartida. Pero en el caso de Estados Unidos y América Latina la unificación de intereses para la formación de una zona de libre comercio continental marca ciertos obstáculos dignos de considerar.

Si bien, ambas partes desean la apertura comercial recíproca y la creación de acuerdos de cooperación económica que permitan establecer una salida a la crisis, la asimetría y la conducción política constituyen elementos determinantes de desigualdad. Para América Latina esto significa un riesgo que debe afrontar. El punto central de la iniciativa consiste en la liberalización comercial, donde las ventajas comparativas, la capacidad productiva y las fuerzas del mercado deben dictar las reglas del comercio. Sin embargo, la desigualdad económica entre ambas partes representa un elemento que bien puede distorsionar los términos del libre comercio. Si a esto le sumamos el objetivo de Estados Unidos por mantener su hegemonía política y preservar su poder económico a nivel mundial, el panorama se complica aún más. No obstante, la Iniciativa para las Américas constituye, fundamentalmente, la manifestación de un cambio en la política económica continental.

Si por un lado, las condiciones estructurales de ambas economías indican una relación de supra a subordinación o relaciones de dependencia, se podrían establecer cambios sustanciales en este proceso que permitan vislumbrar una reasignación de recursos económicos en programas de crecimiento de las economías latinoamericanas. Es por ésto, la fehaciente muestra de aceptación y compatibilidad de los países latinoamericanos a la propuesta norteamericana de crear una zona de libre comercio capaz de enfrentar el reto de la transformación de las condiciones de la economía mundial. Aún por encima del riesgo que significa enfrentarse a la economía todavía más importante del mundo.

Uno de los puntos más destacados en el esquema del libre comercio, es el relativo a la disparidad entre la productividad y competitividad de los propios países latinoamericanos entre sí; donde se destaca el avance económico de México, Argentina y Chile con los ritmos lentos de crecimiento de las economías de Bolivia, Ecuador, la zona del Caribe y Centroamérica.

La hipótesis central de este trabajo de investigación consiste en la percepción de un cambio en las relaciones económicas entre Estados Unidos y América Latina, gestado a raíz de la caída del mundo bipolar, orientado por las tendencias del sistema hacia la globalización y la constitución de bloques de poder económico, y por la necesidad de combatir la crisis económica interna. Hipótesis basada en una premisa fundamental: La crisis de Estados Unidos se ha transformado en una crisis de hegemonía política y de liderazgo de la economía mundial. Ahora bien, la concepción de este cambio marca ciertos puntos a considerar.

En la historia de la política económica de Estados Unidos hacia el continente, existen muchas referencias que apuntan al discurso del libre comercio como un discurso ya viejo y reiterativo. De hecho, la década de los años ochenta se caracterizó por la imposición de políticas de ajuste "neoliberal" en América Latina, que abrieron más los flujos de explotación económica. De tal manera, esta política impositiva ha marcado la adopción del neoliberalismo hacia afuera de sus fronteras naturales, a cambio de la práctica del proteccionismo hacia adentro en la defensa de su economía interna. Desde los inicios, el discurso librecambista ha conquistado muchos mercados en el desarrollo de la economía norteamericana.

Sin embargo, a partir de la administración Bush, se ha manifestado una guerra económica que abarca todos los ámbitos de las relaciones mundiales, y que ha marcado la pauta para considerar los beneficios de un pacto político en la formación de vínculos más profundos y efectivos de liberalización comercial. Entonces, el viejo discurso librecambista cobra nueva vida y se convierte en un artifice de competencia económica en bloques, además de asegurar la explotación progresiva de las principales fuentes de recursos necesarios para enfrentar esta guerra económica. Ciertamente, el discurso cambia en función de nuevos objetivos y de nuevas condiciones económicas, aunque no constituya estrictamente un desplazamiento de los viejos propósitos de conquista económica.

Por otra parte, al cambiar las condiciones que le daban sentido al mundo bipolar la estrategia también cambia, ya no existe "la peligrosidad del fantasma comunista" y la política realiza un giro: del modelo geo-político a un modelo geo-económico. Obviamente, el aparato militar sigue jugando un papel importante pero ya no constituye el motor del desarrollo.

Si las relaciones económicas ya eran un punto medular de la política exterior norteamericana hacia América Latina, en la administración Bush se establecen en el eje de conducción en las relaciones bilaterales. Durante la guerra fría, el ámbito geopolítico predominó por encima del ámbito económico, ya que las relaciones de dependencia eran suficientes para mantener los mecanismos de explotación en la conquista de ganancias. En la actualidad, las condiciones cambian y los imperativos económicos (necesidad de abatir la crisis económica, de búsqueda de nuevos mercados de consumo, de desarrollo de nuevos patrones de producción industrial, etc...) se imponen y la estrategia geo-política se transforma, adecuándose a estas exigencias.

En esta perspectiva, se puede afirmar la existencia de un cambio en la política exterior norteamericana, que ha generado diversos comportamientos que han variado según las circunstancias de cada caso. Mientras no se consoliden las reglas que deben normar un orden multipolar, Estados Unidos mantendrá ciertos márgenes de variación en la definición de sus proyectos de dominación mundial, en su búsqueda por acceder a la unipolaridad mundial donde rijan sus intereses y su seguridad nacionales.

Quizá sea prematuro tratar de establecer un análisis contundente de las características de este proceso de transformación, pero debe resultar importante analizar el contexto y las perspectivas de evolución de la política norteamericana. Para ello, se ha elegido el período de George Bush como la etapa de transición del viejo esquema hacia una nueva etapa en las relaciones bilaterales. No obstante, se debe observar que la realidad contemporánea supera fácilmente los postulados de esta política exterior, exigiéndose una atención más esmerada en la solución de la crisis económica interna,

para acceder, después, a proyectos más acabados de política internacional.

La materia fundamental de este trabajo no se centra en demostrar un cambio en la política exterior, o en sostener una posición determinada y específica respecto a una problemática dada, sino en la necesidad de aproximarse a una realidad difícil de cuantificar pero que nos atañe de alguna forma. En él se establecen algunas reflexiones sujetas a discusión y, por supuesto, conduce a un análisis permanente de los acontecimientos que vayan sucediéndose. La dinámica de las relaciones internacionales contemporáneas demuestra que el estudio de nuestra realidad, sólo constituye una aproximación más en la búsqueda de conocimientos que contribuyan al aprendizaje de esta disciplina.

"La democracia y la libertad en Estados Unidos es una postura que, quienes toman las decisiones, toleran sólo entre los impotentes políticamente. Quienes poseen el poder actúan con el fin de asegurarse que todos los demás permanezcan sin él."

Gabriel Kolko

1.- La Política Exterior de Estados Unidos hacia América Latina después de la segunda guerra mundial hasta la década de los años sesenta.

Desde sus inicios hasta su consolidación como potencia hegemónica en el mundo capitalista, la política exterior de Estados Unidos hacia América Latina se caracterizó por responder a dos fundamentos básicos. Estos se fueron transformando conforme al devenir histórico, de acuerdo a las condiciones y circunstancias de cada etapa, pero siempre han prevalecido: el imperio de la tierra y el imperio de la economía.¹

El primer fundamento correspondió a la necesidad originaria del expansionismo territorial y el segundo, a la necesidad de establecer un proceso de desarrollo económico mediante el control del comercio y la industria.

La importancia de reconocer algunos de los elementos principales de ambos fundamentos, permitirá establecer, en primera instancia, cómo la política exterior de Estados Unidos hacia América Latina después de la segunda guerra mundial entra en un proceso de maduración y consolidación de sus estructuras de dominación. De tal modo, el primer fundamento se transformaría a la postre en el intervencionismo, ya fuese por el uso de la fuerza armada, la diplomacia, los bloqueos y sanciones económicas, el apoyo a los gobiernos dictatoriales, etc. Y, el segundo fundamento, fructificaría en la conquista del liderazgo de las relaciones económicas durante la posguerra, debido, en gran parte, al control sobre las fuentes y

1.- Véase, Bosch García, Carlos. La Base de la Política Exterior Estadounidense, México, UNAM, 1975, p. 165.

recursos económicos de América Latina.

En un principio, durante la gestación de este proceso de dominación hegemónica continental, se edificaron las estructuras económicas, políticas y sociales que marcarían la dependencia. Hubo que apropiarse del "derecho" de España sobre las colonias de América, mediante supuestos y tesis más acabadas que eliminaran los resabios del colonialismo europeo y propiciaran, en consecuencia, la tutela norteamericana. Fue así, como en 1823 se dió a conocer la ahora añeja doctrina Monroe con su lema "América para los americanos", que junto con el destino manifiesto, dieron vida y sentido a los principios de la política exterior norteamericana.

En esta etapa, había que sostener una política aislacionista frente a Europa, preservar su seguridad nacional y consolidar la proyección de su ideología liberal a lo largo del continente.²

Frases como: "los libertadores de América", "los defensores de la democracia y la libertad", "el llamamiento divino", o "el pueblo elegido por Dios"; fueron utilizadas para tratar de darle una justificación ideológica a su política de intervención. Factores que contribuyeron para llevar a cabo la consolidación del proceso de dominación hemisférica.

Durante ese período, surge la idea de llamar a su país "América" y considerar al resto del continente como su zona de influencia natural. En consecuencia, las naciones latinoamericanas, al acceder a la independencia política, no lograron generar procesos adecuados de desarrollo económico;

2.- Ibidem, pág. 68.

se vieron inmersas en un naciente modelo de dominación que marcaba las pautas para la creación de estructuras asimétricas de dependencia, donde sus intereses quedarían subordinados a los norteamericanos.³

El nuevo modelo de dominación en América, que daba fin al colonialismo europeo, se escudó en la bandera de "libertad e independencia" para asegurar el libre comercio y la explotación de los recursos naturales en la zona; en la "democracia", para asegurar la estabilidad política en las naciones latinoamericanas, que les permitiera llevar a cabo su conquista económica; "el llamamiento divino", para asegurar un postulado en la defensa de su interés nacional, mediante la intervención oportuna en los asuntos internos de la región, cada vez que fuese requerido.

La culminación inicial de este proceso se dió a finales del siglo pasado con la conquista de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, en una guerra con España entre 1896 y 1903. En ese momento, se asentarían los principios de la política exterior norteamericana en el contexto internacional; ganándose el respeto de las potencias europeas, sobre todo, respecto a su influencia natural en América Latina.

Más tarde, los conflictos interimperialistas en Europa que condujeron a la primera guerra mundial facilitarían el ascenso de Estados Unidos hacia el dominio del mundo capitalista. Una vez más, las circunstancias históricas favorecieron el desarrollo de su modelo de dominación hegemónico. Durante la primera parte del siglo XX, Estados Unidos ya contaba con una

3.- Fuentes Mares, José. Génesis del expansionismo norteamericano. México, Colegio de México, 1980, pp. 65-145.

participación importante en la economía internacional y vislumbraba un panorama promisorio; se había logrado cumplir con los objetivos de sus dos fundamentos básicos, como a continuación se señala:

1.- El proceso de acumulación capitalista, la creación de una clase industrial fuerte, el desarrollo de las grandes economías de escala, el creciente flujo de las inversiones públicas y privadas, las empresas transnacionales, entre otros factores, colocaron a Estados Unidos como una nación próspera y en ascenso.

2.- Con la adquisición de Hawaii se ejercía un control comercial por el Pacífico; con la tutela sobre Cuba y Puerto Rico se dominaba el Caribe y el Atlántico; y con la posesión del canal de Panamá se controlaba el tráfico interoceánico, además de sus conquistas territoriales en México.⁴

Después de la segunda guerra mundial, Estados Unidos llegaría a la cúspide del sistema internacional. América Latina se constituiría en zona prioritaria en las oportunidades por mantener en ascenso las expectativas de dominación a escala mundial.

4.- Ibid.

1.1. Un modelo de dominación geopolítico.

Al término de la segunda guerra mundial, Estados Unidos logró consolidarse como la primera potencia del capitalismo, con la salvedad del surgimiento de un bloque de países socialistas encabezados por la Unión Soviética, el cual logró establecer un liderazgo antagónico a los intereses norteamericanos y se constituyó en el principal obstáculo hacia la búsqueda de la hegemonía absoluta.

La formación del sistema internacional en bloques de poder antagónicos, permitió a Estados Unidos colocarse al frente del bloque occidental y diseñar un esquema de dominación basado en el enfrentamiento de dos sistemas de producción contrapuestos. En este sentido, el socialismo se constituyó en el enemigo natural del capitalismo, donde la Unión Soviética representaba al adversario principal.

De tal manera, la divergencia y bipolarización del poder en el mundo condujeron a la promoción de un sistema basado en el liderazgo norteamericano bajo un esquema de "guerra fría". Una política de contención que reconocía, en primer término, un freno al uso de la fuerza militar, sin dejar de reconocer la existencia de un conflicto internacional latente.⁵

Ante este panorama, era necesario consolidar, primero, las bases institucionales en la pugna por ejercer el liderazgo económico mundial, para después construir un aparato

5.- Furtado, Celso. La hegemonía de Estados Unidos y América Latina, Madrid, Ed. Edicusa, 1971, p. 176.

bélico-nuclear capaz de evitar la expansión de la esfera de influencia socialista. Debido a que Estados Unidos no fue afectado directamente en su territorio por la guerra, se encontraba en inmejorables condiciones económicas para llevar a cabo su propósito.

Además, contaba con casi la mitad de la producción industrial del mundo, con un incremento del PIB de 91.1 billones de dólares en 1939 a 213 billones de dólares en 1945.⁶ La guerra había contribuido a la recuperación económica después de la crisis vivida durante los años treinta.

La situación de Europa y la capitulación de Japón, permitieron a Estados Unidos elaborar un plan de ayuda económica para promover la recuperación de estos países -devastados por la guerra-, mediante la exportación de capitales y de bienes de producción. La finalidad: colocar parte de sus excedentes de capital, abrir camino al flujo de las inversiones, y mantener un incremento en el volumen de sus exportaciones. El dominio del comercio, la competencia y el desarrollo industrial, repercutían en un crecimiento progresivo -ese era el objetivo- de la tasa de ganancia.

De tal modo, la demanda global de bienes norteamericanos permitiría obtener un crecimiento estable, un desarrollo gradual de las grandes empresas transnacionales como instrumento privilegiado de inversión -en sectores y áreas específicas- en la expansión económica, logrando maximizar las oportunidades

6.- Espinoza García, Manuel. La Política Económica de Estados Unidos hacia América Latina: 1945-1961, Cuba, Ed. Casa, 1971, pp. 26-29.

de acumular mayores ganancias y rendimientos a corto plazo.⁷

En esta perspectiva se creó el sistema de Bretton Woods, en él se establecieron los mecanismos institucionales de dirección de la economía internacional. El dólar se constituyó en el instrumento de liquidez internacional y principal medio de cambio. El gobierno norteamericano adquirió el poder necesario para garantizar un sistema hegemónico institucional, rector de las relaciones económicas y financieras internacionales y, ejercer un control sobre la toma de decisiones a través de la implantación de políticas monetarias, fiscales, financieras y comerciales.

En el ámbito militar, se creó la "Organización del Tratado del Atlántico Norte" para salvaguardar la seguridad en Europa, con el establecimiento de lazos de cooperación científico-tecnológica en materia militar, tanto para la creación de bases militarizadas de defensa como para el desarrollo de la carrera armamentista.

Uno de los pilares norteamericanos más importantes durante el periodo de la guerra fría fue, precisamente, el desarrollo de la industria militar. Las premisas principales de la estrategia militar apuntaban hacia la competencia con la Unión Soviética. El bloque socialista se concebía como un sistema frágil e impotente, con una economía vulnerable, regido por relaciones políticas inestables, y una población civil en contra del poder central. Por ello, con la adopción de una política internacional de presión hacia sus estructuras básicas de poder, mediante la existencia de un enfrentamiento indirecto, de un combate psicológico y estratégico, se pretendía

7.- Celso Furtado, op.cit., pág. 63.

lograr un debilitamiento progresivo de la Unión Soviética. La creencia de la inviabilidad del sistema económico y político del socialismo no pudo demostrarse durante la primeras décadas de la posguerra. No obstante, Estados Unidos nunca abandonó la idea de desplazar a la Unión Soviética y fracturar el mundo bipolar, para poder erigirse como la única superpotencia mundial.⁸

Con ello, la carrera armamentista representó, para Estados Unidos, un verdadero eje dinamizador de importantes sectores de la producción industrial y del comercio. Además, constituyó un factor determinante para salvaguardar la seguridad nacional y sostener campañas militares fuera de sus fronteras nacionales.

Durante los primeros años de la posguerra, el panorama resultaba sumamente promisorio para el desarrollo de la política norteamericana, Europa y Japón aún no representaban peligro para la expansión económica; América Latina se mantenía como una fuente importante de recursos naturales y un centro atractivo de inversión; se ejercía control sobre las relaciones económicas internacionales, y se habían establecido alianzas político-militares (OTAN y ANZUS) y en el continente (TIAR). En suma, Estados Unidos había penetrado casi todos los ámbitos susceptibles de injerencia y dominación.⁹

Sin embargo, a finales de los años cincuenta, la recuperación económica de Europa y Japón, alentada con los

8.- *Ibidem*, pp. 36-38

9.- Stenberg, Fritz. ¿ Quién domina la segunda mitad del siglo XX ?, Barcelona, Ed. Grijalbo, 1963, p. 298.

programas de ayuda norteamericana, comenzaba a representar un peligro para la hegemonía económica norteamericana. El plan Marshall, establecido para la recuperación económica europea, se fundamentó en la idea de proteger las bases del sistema capitalista y fortalecer su desarrollo bajo la dirección de la política instaurada en la posguerra. El reconocimiento del potencial y significado de las potencias europeas en el contexto internacional -en la correlación e interacción de fuerzas en un sistema bipolar- condujo a Estados Unidos a una política de alianzas en beneficio de su propio interés.

Si bien esto ayudó a la recuperación de las economías europea y japonesa, la formación de un bloque capitalista construido mediante una política de alianzas, permitió conservar el liderazgo norteamericano sobre la economía, y la capacidad político-militar en la toma de decisiones a nivel mundial, sin una oposición abierta y significativa de Europa y Japón.

Con la recuperación económica europea, la ayuda norteamericana pasó a segundo término y el flujo de inversiones y comercio de los primeros años de la posguerra disminuyó considerablemente. Sin embargo, Estados Unidos logró mantener la competencia gracias, entre otros factores, a la efectividad de una política económica agresiva hacia América Latina, que le retribuía grandes fuentes de recursos.

En suma, se puede establecer que la política exterior hacia Europa y Japón se caracterizó por: la necesidad de establecer un grado importante de apoyo en la pugna con la Unión Soviética, y evitar la confrontación intrabloque donde peligrase su hegemonía política mundial; ello, con el reconocimiento de que Europa era el escenario principal de la guerra fría.

La política de poder frente a Europa debía reconocer la importancia de negociar antes de imponer condiciones; resultaba necesario eliminar la posibilidad del surgimiento de una confrontación intrabloque que pusiera en peligro la seguridad norteamericana.

Durante los años cincuenta Estados Unidos tuvo que probar la efectividad de los lineamientos generales de su política exterior. a causa de un conflicto armado en Corea. El enfrentamiento este-oeste en el esquema de la "guerra fría" se desarrollaría, básicamente, en la periferia. A finales de esa década, con la revolución cubana, aumentaron las tensiones debido a un nuevo factor geopolítico: la presencia comunista en América Latina.* Para esos momentos, la Unión Soviética y Estados Unidos estaban en una situación de paridad bélico-nuclear, colocándose en una posición estratégica peligrosa en la confrontación ideológica de influencia en América Latina.

Para 1962, la crisis en el caribe llegó a un clima de máximo riesgo para la paz mundial. Estados Unidos había hecho de América Latina su zona de influencia natural; la presencia militar, ideológica y política de una potencia extracontinental, antagónica a los intereses norteamericanos, merecía un tratamiento especial.

Aunque la crisis de los misiles será tratada en el siguiente apartado, se puede apuntar, de manera general, que dicha crisis condujo a Estados Unidos a reconocer que mientras prevalecieran en el mundo las estructuras de dominación bipolar, se debía aceptar, de algún modo, la convivencia entre

* La crisis en Cuba será tratada al final del capítulo.

las grandes potencias como una necesidad prioritaria, a riesgo de desencadenar un caos total. La crisis de los misiles había arrojado para Estados Unidos un gran "déficit" en su política exterior hacia América Latina: la consolidación del socialismo en Cuba.

Más tarde, durante la intervención militar en Vietnam, comenzaría a declinar la hegemonía norteamericana y a presentarse un debilitamiento en su modelo geopolítico de dominación.

La guerra de Vietnam fue crucial para la política exterior norteamericana, en su lucha contra la influencia socialista en la periferia. En su afán por no perder más terreno a partir del triunfo de la revolución en China, Estados Unidos tomó la decisión más arriesgada de su política exterior después de la crisis de los misiles: financiar una campaña militar en Vietnam.

Desde finales de los años cuarenta, se había logrado una injerencia directa en la zona de Indochina, mediante ayuda económica y asistencia militar a Francia, la cual tenía el dominio colonial sobre esos territorios, pero se había quedado a la zaga en su capacidad para mantener su presencia en la zona. En el período 1950-53 la ayuda ascendió a 2.956 millones de dólares.¹⁰ Para Estados Unidos el objetivo prioritario en el caso de Vietnam consistió en ahogar al máximo las posibilidades de una intervención de la Unión Soviética en Indochina; se trataba de evitar el establecimiento de un régimen comunista. Según Eisenhower, la pérdida del

10.- Kolko, Gabriel. Raíces de la Política Norteamericana, Colombia, 1972, pp. 165-171.

control en Vietnam impediría la explotación de depósitos de estaño, de caucho y gran producción de arroz, además de provocar un cambio en el comportamiento del comercio en el área, sobre todo con respecto a Japón.¹¹

En 1954, el problema de Vietnam se trató en una Conferencia celebrada en Ginebra. Con la finalidad de promover una alianza militar, se firmó un armisticio entre Francia y Vietnam que permitió la incursión definitiva de Estados Unidos en la zona. En consecuencia, Vietnam se convirtió en un escenario experimental de la estrategia militar norteamericana, con el propósito de evitar una guerra terrestre que inutilizara el gran poderío militar y provocara una guerra de larga duración. En realidad, el peligro de un ataque chino o soviético pudo ser superado con una respuesta similar hacia sus territorios. Pero una guerra en la selva vietnamita podría traer graves consecuencias para Estados Unidos, como a la postre sucedió.

Entre 1955 y 1959, Estados Unidos colaboró con 2,920 millones de dólares para financiar los programas militares, con un ejército de 150,000 hombres y una guardia civil de 45,000 elementos.¹²

Durante los primeros años de la década de los sesenta emergió el movimiento revolucionario que conduciría a la guerra de Vietnam, la cual se convirtió en uno de los factores

11.- Eisenhower, Dwight. Mis años en la presidencia, Barcelona, Ed. Bruguera, 1954.

12.- Gabriel Kolko, op cit, pp.190-195.

geopolíticos más importantes para Estados Unidos durante la época. La lucha contra la resistencia minó poco a poco las expectativas de mantener un dominio general en el área. Al final, Vietnam quedaría parcialmente dividido representando una derrota de la política intervencionista, y trajo como consecuencia una serie de problemas, sobre todo en el ámbito económico, hasta que se produjo el retiro de las tropas norteamericanas y la reunificación vietnamita.

La revolución en Cuba y en parte la guerra de Vietnam arrojaron síntomas de descontento y de imposición que sufrían los países de la periferia. No fue suficiente con tratar de justificar el postulado básico de la política de intervención norteamericana "contención del comunismo" en beneficio de la libertad y democracia en los pueblos. Estados Unidos nunca quiso ceder a las expectativas de los países en vías de desarrollo por defender su autonomía política y llevar a cabo un mejoramiento en las condiciones tan precarias de sus economías. Prefirió financiar grandes campañas militares que infundiesen temor en las zonas periféricas, sin reconocer que el principal enemigo de los revolucionarios no era el miedo a la guerra o al poderío militar norteamericano, sino a la miseria y la subordinación de sus propias naciones. Ya no digamos la defensa de su capacidad para proteger sus intereses nacionales y elegir sus propios destinos.

Durante el período de la guerra fría, el objetivo fundamental de Estados Unidos consistió en la búsqueda del dominio absoluto sobre la periferia capitalista, con la finalidad de ejercer un control sobre sus propias esferas de influencia, para después penetrar las barreras del bloque socialista. El liderazgo no era suficiente, la política norteamericana buscó insaciablemente la hegemonía mundial. La guerra fría y el afán

por abarcar todas las esferas de influencia, llevaron a Estados Unidos, a finales de los años sesenta, a una severa crisis económica. El imperialismo trajo grandes frutos pero también acarreó grandes contradicciones.

1.2. América Latina: zona prioritaria.

En las relaciones entre Estados Unidos y América Latina, el concepto de unión continental tuvo sus orígenes en el seno mismo de la política exterior norteamericana, desde sus inicios -con la doctrina Monroe- hasta fines del siglo pasado con el surgimiento del panamericanismo.

Esta "unión" fue concebida a raíz de la necesidad de expansión de la economía norteamericana fuera de sus fronteras nacionales. Dadas las condiciones de atraso de las economías latinoamericanas, aún frente a la disyuntiva que representaba el sentimiento bolivarista en la región, se fueron consolidando las bases de dominación sustentadas en la idea de unión: en el panamericanismo.

A lo largo del siglo pasado, los conceptos de monroísmo y bolivarismo fueron desarrollándose conjuntamente. Esto significaba la existencia de una lucha entre los ideales de unión latinoamericana, sustentados en los principios del bolivarismo, frente a los propósitos de dominación norteamericana en el continente, sustentados en la doctrina Monroe. No obstante, esta pugna ideológica no prosperaría mucho en favor de América Latina, debido a la primacía de los intereses norteamericanos en la unidad panamericana. En el año de 1889, Estados Unidos convocaría a la celebración de las conferencias que darían origen al panamericanismo.

En primera instancia, la idea de formalizar las relaciones bilaterales basada en la unión panamericana de Washington de 1889, fue producto de la necesidad de cristalizar tres elementos importantes en el contexto de la expansión económica

norteamericana en esa época: a) la concentración y centralización de capital a gran escala, a través de mecanismos de libre mercado fuera de sus fronteras naturales; b) la consolidación de monopolios y creación de una red de nuevas empresas transnacionales, factor que permitió a la postre la adopción de una política imperialista global; y c) la necesidad de fomentar nuevos canales de apertura financiera, en una nueva etapa de crecimiento del capitalismo financiero mundial.¹³ El panamericanismo surge entonces en la etapa de gestación del imperialismo en Estados Unidos, fortificada por una economía interna sólida capaz de penetrar otros mercados.

Los principios generales del panamericanismo se basaron en la idea del libre comercio (en nuestros días una idea ya muy vieja y maltrecha por la desigualdad económica), mediante el ejercicio de reglas de comercio sustentadas en el derecho internacional americano, y en el postulado de no permitir la injerencia de una potencia extracontinental en los asuntos internos de los países latinoamericanos.¹⁴ Ambas partes coincidieron en la necesidad de pactar una alianza política y económica que permitiera el desarrollo armónico en el continente.

Paradójicamente, el panamericanismo nunca promovió un desarrollo equilibrado y conjunto como lo asentaron sus principios, ya que Estados Unidos se caracterizaría por disfrazar la idea de unión panamericana en su idea de dominación hegemónica continental. Con ello, no solamente

13.- Aguilar Monteverde, Alonso. El Panamericanismo, México, Cuadernos Americanos, 1965, p. 41.

14.- Alonso Aguilar, op cit, pp. 44-46.

fueron eliminados los ideales del bolivarismo sino se formalizaron las relaciones de dependencia. Desde finales del siglo pasado hasta mediados de la década de los años sesenta, Estados Unidos logró conquistar el consenso político en América Latina para llevar a cabo sus propósitos de expansión y explotación económica. Fuera para expulsar a los españoles del Caribe, para dominar la zona del canal de Panamá, o bien, para la defensa de sus empresas en la conquista económica y en la adquisición de cuantiosas ganancias, los foros de apertura política en el seno de la "unión panamericana" fueron utilizados para dar salida a los problemas de interés norteamericano, aislando los asuntos de interés latinoamericano: las imposiciones fiscales, las sanciones comerciales, las invasiones militares, y todos los asuntos donde las naciones latinoamericanas fueran despojadas de sus derechos, de sus territorios, de sus recursos, de sus vidas.

Después de la segunda guerra mundial se establecieron las bases institucionales para llevar a cabo la consolidación de los principios del panamericanismo, creándose el Sistema Interamericano de Río en 1947, conferencia que daba origen a un organismo multilateral americano de defensa militar, y a la Organización de Estados Americanos (OEA) en 1948. Con el surgimiento de un pacto militar en el continente -ante la amenaza comunista-, se constituye una alianza de sujeción continental a la política de poder norteamericana en un mundo nuevo, ahora dividido en bloques.

Nunca antes había sido necesaria la adopción de un marco jurídico para la alianza militar, pero ante la amenaza de nuevas fuerzas extracontinentales, ajenas a los intereses norteamericanos en la zona, se constituyó el Tratado

Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR).¹⁵ El surgimiento de la OEA trajo consigo la institucionalización formal de los principios de Derecho Internacional avalados por la ONU, pero no condujo al mejoramiento de las relaciones bilaterales sustentadas en el panamericanismo. Los países latinoamericanos demandaban la ayuda de un plan Marshall como el brindado para la reconstrucción de Europa occidental, pero en cambio Estados Unidos solamente ofreció un marco jurídico y un discurso político que si en esos momentos no servían de mucho, después se demostraría que tampoco serían respetados.¹⁶ Ante los casos de Guatemala, Cuba y República Dominicana, donde los principios de no intervención y autodeterminación de los pueblos serían subordinados por la bandera anticomunista en la retórica democrática defensora de la libertad, reforzaría la idea de otro fracaso del "renovado" Sistema Interamericano. Los países latinoamericanos tendrían que darse cuenta de la ineficacia del panamericanismo en la defensa de sus derechos, que su apoyo a estas conferencias habían permitido a Estados Unidos la explotación y sumisión continental en nombre de la libertad y la democracia. Que la OEA y el TIAR funcionarían como un instrumento más de la política intervencionista, de violación del Derecho y de los acuerdos. El nuevo marco del panamericanismo, que soslayó en sus inicios al bolivarismo, no transformaría la realidad en América Latina, no erradicaría el hambre ni la miseria.

Ahora bien, después de esta breve exposición sobre el contenido general del panamericanismo en las relaciones

15.- Ibidem, pp. 97-114.

bilaterales, se expondrán algunos de los elementos que le dieron importancia a la región latinoamericana como zona prioritaria en el esquema de dominación norteamericana durante la posguerra. Para ello, se incluye una parte correspondiente a las relaciones económicas y otra referente al ámbito geopolítico de esta región durante la guerra fría. Se añade una breve exposición del caso de Guatemala en 1954, del conflicto cubano entre 1959 y 1962, y la intervención en República Dominicana de 1965 que marcaría los inicios de una etapa de crisis socio-política prevaleciente durante los años setenta.

16. Ibidem, pág. 115.

1.2.1. Las relaciones económicas.

Si bien en el apartado anterior se plantearon algunos de los principales elementos del modelo de dominación instaurado por Estados Unidos durante la posguerra, al analizar particularmente el papel de América Latina en ese contexto el panorama adquiere ciertos matices importantes.

Se había mencionado que las bases de dominación hegemónica norteamericana se implantaron de manera vertical a través de la institucionalización del poder económico, político y militar en el mundo capitalista. La creación de un clima propicio para el establecimiento de los programas de ayuda e inversión en la promoción del libre flujo comercial, condujo a la firma de tratados y a la creación de organismos internacionales destinados a formalizar las relaciones económicas. Con la finalidad de conservar el control en la toma de decisiones al interior de esas organizaciones.

El Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial, el Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio, y más tarde el Banco Interamericano de Desarrollo y el Eximbank, se constituyeron en mecanismos de control indirecto sobre las posibilidades reales de crecimiento y desarrollo en América Latina. Las estructuras de dominación vertical en el continente, se habían transformado en un complejo proceso de explotación económica que permitió consolidar los pilares del imperialismo norteamericano.

El planteamiento fundamental de ese modelo de dominación en América Latina podría describirse de la siguiente forma:

1.- Expansión de las exportaciones de Estados Unidos mediante la orientación hacia el consumo de productos norteamericanos en América Latina.

2.- Alta rentabilidad de las inversiones norteamericanas, que permitiese orientar el desarrollo de los procesos de producción en América Latina, articulando sus economías al proceso de acumulación y desarrollo de la economía de Estados Unidos.

3.- Existencia de un intercambio desigual en el comercio con los países latinoamericanos, con el resultado de balanzas de pagos deficitarias con Estados Unidos, (explotación de recursos estratégicos, consolidación de oligopolios y nuevas empresas transnacionales, etc...).

4.- Abastecimiento de materias primas y minerales a precios bajos y estables, con la posibilidad de desarrollar nuevas fuentes de producción que incrementasen la productividad en áreas estratégicas para la economía norteamericana.

5.- A través del flujo de recursos y ganancias procedentes de América Latina, se financiaron programas de desarrollo de ciencia y tecnología en el ámbito militar, amortiguando el peso del gasto gubernamental en su economía interna, para poder mantener la paridad estratégica con la Unión Soviética.

La adopción de estas medidas permitieron la obtención de cuantiosas ganancias para Estados Unidos. De 493 millones de dólares en 1946, se elevó a 1,475 millones de dólares para 1959; con un aumento del 6.8% por concepto del pago por servicio de la deuda, que constituía un 15% del ingreso en cuenta corriente en la balanza comercial de los países

latinoamericanos. El 60% de las inversiones norteamericanas se concentraba en los sectores minero y agrícola, a través de una red de oligopolios controlados por las grandes empresas transnacionales.¹⁷

Con el propósito de regular los efectos negativos en las economías latinoamericanas, se establecieron políticas anticíclicas de control sobre los precios de las materias primas, fomentar la liquidez a través del flujo de dólares y regular los desequilibrios de la oferta y demanda en el comercio. El control de las fluctuaciones cíclicas en las economías latinoamericanas, permitió mantener un creciente volumen de exportación de productos norteamericanos hacia América Latina.

La promoción de plataformas de exportación, tanto de minerales como de materias primas, permitió adaptar las economías latinoamericanas a las necesidades de desarrollo de la economía norteamericana. Gran parte de estas exportaciones llegaron a Estados Unidos con precios que fluctuaban a la baja, en detrimento del ingreso en cuenta corriente para América Latina.

La política económica de "complementariedad" instaurada en las economías latinoamericanas, permitió cubrir aquellos huecos en su producción de materias primas y minerales estratégicos, impidiendo, a su vez, una competencia abierta en aquellos rubros donde se fomentaba un crecimiento de las

17.- Espinoza García, Manuel. La política económica de Estados Unidos hacia América Latina: 1945-1961, Cuba, Ed. Casa, 1971, pp. 75-81.

exportaciones norteamericanas. Estados Unidos no era autosuficiente en la producción global, pero el comercio con la región permitió mantener un crecimiento sostenido de sus exportaciones con una balanza comercial superavitaria.

En consecuencia, hubo un descenso significativo en el volumen total de las exportaciones de América Latina hacia Estados Unidos; de un 24% del total mundial se redujo a menos del 15% entre 1950 y 1966. El control de mercados de productos agrícolas permitió incrementar su volumen de exportaciones de 2,900 millones de dólares en 1950, a 6,900 millones de dólares en 1966, con un incremento de 7% en el volumen de exportación de productos agrícolas. Por ejemplo, la producción de trigo en Estados Unidos representaba el 20% de las exportaciones totales mundiales en 1955; y, en menos de cinco años, se había incrementado la exportación de maíz al 46%, como era un rubro importante para el abastecimiento alimenticio en América Latina, para 1957 constituía el 63.9% de las exportaciones totales.¹⁸

La explotación de minerales básicos para el desarrollo industrial de Estados Unidos en yacimientos latinoamericanos, condujo al incremento del 30% en la importación de hierro, aluminio, cobre, plomo y zinc. En 1955, los países del "tercer mundo" participaban con un 37% en la producción de hierro y un 65% de la producción petrolera, como porcentaje de la producción total mundial. Estados Unidos sólo poseía un 30% de la producción petrolera y un bajo porcentaje en la producción del hierro; por ello, la explotación de minerales constituyó uno de los puntos claves en el destino de las

18.- Gabriel Kolko, *op.cit.*, pág. 110.

inversiones norteamericanas.¹⁹

El deterioro de los términos de intercambio fluctuó en un 38% entre 1954 y 1962, con una pérdida de 11,000 millones de dólares para América Latina, mayor a cualquier monto de ayuda económica norteamericana en todo el período.

El control del comercio bilateral fue resultado del control de los mercados locales: de uno o de varios productos, en diferentes áreas de la producción. Con ésto, se eliminaban competidores potenciales, se condicionaba en forma efectiva el comportamiento del consumidor y se influía en la toma de decisiones de los gobiernos latinoamericanos en materia económica.

La política comercial norteamericana fue claramente desleal hacia América Latina. Cuando su producción local de exportación se encontraba en desventaja competitiva frente al mercado de productos latinoamericanos, se impusieron cuotas de importación, barreras arancelarias, embargos sanitarios, etc. La adopción de estas medidas violaba los principios establecidos en los acuerdos internacionales sobre comercio. La política económica prevalecía por encima de la normatividad internacional. Esta política condujo a la desigualdad, a un proteccionismo que marcaba la imposición clara de los intereses norteamericanos en las relaciones comerciales.

Los programas de ayuda norteamericana hacia América Latina se orientaron a asegurar los suministros de recursos, mantener su plataforma de exportación de manufacturas, limitar

19.- Ibidem. pp. 95-105.

el desarrollo de proyectos nacionalistas encaminados a dinamizar los elementos competitivos y productivos de las economías latinoamericanas, restringiendo las posibilidades de crecimiento económico de la región a las necesidades de acumulación en Estados Unidos. Así, los préstamos se convirtieron en una carga económica; el servicio de la deuda de América Latina creció de un 7.7% en 1957 a un 17% en 1967, como porcentaje del ingreso total de sus exportaciones. Tanto las condiciones de los créditos como el deterioro en los términos de intercambio, propiciaron que las ganancias por servicio de la deuda externa latinoamericana fueran mayores al flujo de capital procedente de los préstamos. Con ello, Estados Unidos utilizó los programas de inversión y crédito como un instrumento prioritario para la obtención de una tasa de ganancia elevada y constante. Entre 1960 y 1965, la inversión de Estados Unidos en América Latina permitió transferir 11,300 millones de dólares en ganancias netas de capital.²⁰

La transnacionalización del capital conquistó sus propias formas de reproducción en todos los sectores de la producción. Los vínculos clasistas entre las oligarquías nacionales y las empresas norteamericanas, propiciaron alta concentración del ingreso, pobreza generalizada en la población latinoamericana y la preservación de un interés contrario a las necesidades de desarrollo económico en la zona, generándose procesos de producción desarticulados y dependientes.

Con la imposición de estas condiciones de dominación económica en América Latina se condujo a los siguientes resultados:

20.- Celso Furtado, op.cit., pp. 46 y 47.

a) Alianza desigual entre Estados Unidos y América Latina pactada en organismos regionales, donde se subordinaron los intereses latinoamericanos al interés nacional norteamericano.

b) Alianza entre las grandes corporaciones económicas privadas y el Estado norteamericano -en una etapa de creciente centralización del poder económico- necesaria para consolidar la penetración económica.

c) Adaptación de las economías latinoamericanas a las exigencias del desarrollo de la economía norteamericana. Establecimiento de economías complementarias pero asimétricas.²¹

d) Creación de una mejor canalización de los recursos naturales en la región a través del comercio, inversiones y préstamos.

e) Se demuestra una clara debilidad de los países latinoamericanos por responder a la política económica agresiva de Estados Unidos. Se asentó la idea de fortalecer la tutela norteamericana sobre el destino de las economías latinoamericanas.

f) Práctica de "dumping" en el comercio con Latinoamérica, principalmente en el sector agrícola.

g) Endeudamiento externo latinoamericano (préstamos atados, criterios de condicionalidad, altas tasas de interés, etc.).

21.- Manuel Espinoza, op.cit., pp. 94-151.

1.2.2. El ámbito geopolítico en América Latina.

Como ya se ha señalado, durante los primeros años de la posguerra, América Latina se constituyó en una zona de riesgo y prioridad en el marco de la campaña anticomunista norteamericana. La cercanía geográfica y las condiciones económicas, sociales y políticas de gran parte de los países latinoamericanos, condujeron a Estados Unidos a la promoción de un reordenamiento al interior del sistema interamericano, bajo su tutela y dirección.

La Organización de Estados Americanos que nace en 1948, pero que tiene sus raíces en el panamericanismo de finales del siglo pasado y la primera mitad del presente, se estableció como la máxima organización regional, la cual se reduciría a un foro regido fundamentalmente por el interés y la seguridad nacional de Estados Unidos.

La OEA reconoce en sus principios: "un conjunto de normas jurídicas y políticas que deben regir las relaciones entre los Estados...", la prohibición del uso de la fuerza, la cooperación económica, la defensa de un interés común a todas las naciones participantes, la solución pacífica de controversias. Estos, junto con otros postulados de Derecho Internacional, quedaron asentados en la Carta.²²

La situación geopolítica de la región para Estados Unidos en el contexto general de la guerra fría fue de suma importancia para la defensa de sus postulados de política internacional.

22.- Véase: Modesto Seara Vázquez, La política Exterior de México, México, Ed. Harla, 1985, pp.169-189.

América Latina, que era su zona de influencia tradicional, se convirtió en uno de los escenarios donde las prácticas anticomunistas rindieron mejores frutos.

El postulado de "la buena vecindad" que pretendía respaldar -como antaño- la defensa de la democracia y la libertad, donde el combate al comunismo debía ser tarea prioritaria de todas las naciones latinoamericanas, permitió a Estados Unidos terminar con las políticas progresistas en América Latina.

La lucha anticomunista se tradujo en la subordinación de las políticas nacionales de los países latinoamericanos. Aún cuando hubiese un cierto margen de independencia política en el seno de las organizaciones regionales, nunca surtieron un efecto positivo de gran envergadura en contra de la política impositiva norteamericana.

Como puntualizamos anteriormente, al igual que en el ámbito de las relaciones económicas, la orientación de la vida política latinoamericana hacia la preservación del interés y la seguridad nacional de Estados Unidos, fue objetivo primordial de su política exterior durante la posguerra. De tal modo, la adaptación de las economías latinoamericanas a las necesidades de desarrollo de la economía norteamericana, en combinación con la orientación de las políticas nacionales en América Latina a las exigencias de la política de poder, constituyeron el eje de operación fundamental de la política exterior. La economía y la geopolítica hicieron de Latinoamérica una zona prioritaria para Estados Unidos.

Ahora bien, durante los años cincuenta surgieron varios conflictos, en los cuales Estados Unidos tuvo que demostrar

en la práctica que sus postulados anticomunistas y sus intereses económicos en la periferia serían difícilmente transgredibles. En la guerra de Corea se había demostrado la firme intención de intervenir directamente en cualquier conflicto internacional que requiriese la fuerza armada.

Al respecto, en América Latina se dieron insurrecciones revolucionarias, gobiernos nacionalistas, guerrillas y otras manifestaciones de descontento hacia la política norteamericana. Por su peculiaridad, se exponen los casos de Guatemala de 1954, de la revolución cubana y la crisis de los misiles entre 1959-62 y de la invasión a República Dominicana.*

1.2.2.1. El caso de Guatemala y el gobierno de Jacobo Arbenz.

En realidad, el derrocamiento de Jacobo Arbenz del gobierno guatemalteco en 1954, no constituyó obstáculo en la política intervencionista norteamericana. Por el contrario, otorgó cierta confianza en las premisas políticas anticomunistas en América Latina que, en gran medida, se encauzaban a mantener una estabilidad política y social que permitiese el buen funcionamiento de la política económica. El recurso de combatir el "fantasma comunista" fue utilizado como bandera de intervención.

* Debido a la naturaleza de este estudio la exposición de estos casos será breve y precisa, pues es suficiente su mención para efectos del análisis general del contexto.

Fundamentalmente, Juan Jacobo Arbenz intentó establecer reformas socio-políticas y económicas en beneficio de la nación. Para ello, el 24 de febrero de 1953 anunció una Ley de Reforma Agraria, para expropiar 225,000 acres de terreno no usado, propiedad de la United Fruit Company, a cambio de 600,000 dólares en bonos canjeables a largo plazo. También, tomó el mando en los puertos de San José y Champerico, propiedad de Grace Line Company; promovió la construcción de una planta hidroeléctrica en Marinalá, rubro monopolizado por Electric Bond and Share Company. Todas eran empresas de origen norteamericano.²³

Obviamente, la política establecida por Arbenz para promover el desarrollo nacional de Guatemala iba en contra de los intereses norteamericanos. En esa época, el jefe de la CIA y el Secretario de Estado, Christopher Allen y John Foster Dulles respectivamente, eran accionistas mayoritarios de una de las empresas más afectadas por la reforma agraria: la United Fruit Company. De tal modo, se facilitaron las condiciones para coordinar la política gubernamental frente al caso guatemalteco.

Estados Unidos aprovechó su poder en el seno de la OEA para influir en el resto de los países latinoamericanos respecto a su intervención en el asunto. En marzo de 1954, se aprobó la declaración de "Solidaridad para la conservación de la integridad política de los Estados Americanos contra la difusión del comunismo internacional".* Esto, según declaratoria

23.- Compendio de periodistas latinoamericanos, Las luchas de posguerra, Buenos Aires, Ed. Codex, 1972, pp.102-105.

* Fue denominada como "la declaración de Caracas".

norteamericana, era la defensa de la soberanía y autodeterminación de los pueblos en contra de la amenaza internacional. Tal declaración tuvo 17 votos a favor, Guatemala en contra y la abstención de México y Argentina.²⁴

Esta declaración constituyó una contradicción con los principios de la Carta de la OEA, "la no intervención, la solución pacífica de controversias y la autodeterminación de los pueblos" otorgaban el derecho de los Estados la autonomía para establecer sus propias políticas. No podía tener justificación ningún tipo de intervención de un Estado sobre otro. Por ello, la declaración de Caracas que permitió la intervención norteamericana fue una clara violación a la Carta.

Sin embargo, Estados Unidos recibió el apoyo directo de Honduras y Nicaragua para la distribución de armamento a Guatemala, encabezado por Carlos Castillo Armas, así como al embargo de armas procedentes de Checoslovaquia, las cuales estaban destinadas a reforzar las fuerzas nacionales del gobierno de Arbenz. El 17 de mayo de 1954 Nicaragua rompió relaciones diplomáticas con Guatemala.

Ese mes, Jacobo Arbenz solicitó ayuda al Consejo de Seguridad de la ONU sin éxito alguno. La resistencia del gobierno duró poco ante la guerra civil y el 27 de junio de 1954 Arbenz renunció a la presidencia. Castillo Armas ascendió al poder en Guatemala unos días después.

Según palabras de Dwight Eisenhower: "Castillo Armas primero fue confirmado como Jefe de la Junta Militar, y más

24.- Ibidem.

tarde por abrumadora mayoría como presidente del país. Fue un magnífico estadista durante los tres años que vivió". Declaración que ratifica un alto grado de influencia política de Estados Unidos en la toma de decisiones en los países latinoamericanos.²⁵ Las palabras emitidas por Eisenhower reflejaban un sobrado ánimo en la capacidad para proteger los intereses norteamericanos en América Latina, un exceso de confianza en la efectividad de la política norteamericana y una clara reafirmación de la retórica política frente a la región. No obstante, el triunfo de la revolución cubana marcaría una disyuntiva en la hegemonía norteamericana continental.

1.2.2.2. Cuba y la crisis de los misiles

A finales de los años cincuenta se consolidó el movimiento revolucionario más importante de una nación latinoamericana durante este período de hegemonía norteamericana.

El 26 de julio de 1958, se inició el movimiento revolucionario en contra de la dictadura de Fulgencio Batista y, en menos de seis meses, en medio de una lucha armada, se ejerció la presión suficiente para que éste huyera del país y se declarase el triunfo de la revolución el último día de ese año.²⁶

Durante el período de fortalecimiento de las fuerzas revolucionarias, Estados Unidos mantuvo una constante amenaza del uso de su fuerza, mediante ataques aéreos y

25.- Compendio..., op cit., pp. 290-300.

26.- Dwight Eisenhower, op cit., pág. 48.

apoyo militar a unidades anticomunistas. No obstante, los dirigentes, Ernesto Guevara y Fidel Castro, lograron mantener la resistencia suficiente para que la determinación cubana por constituirse en una nación libre prosperara.

Ante las perspectivas de consolidación de una nación socialista en América Latina, en las proximidades naturales de sus fronteras geográficas en el caribe, Estados Unidos decidió, en primera instancia, bloquear las posibilidades de supervivencia del nuevo régimen cubano, con la finalidad de debilitar las fuerzas de insurrección y propiciar un declinamiento del movimiento revolucionario.

Sin embargo, la situación era tan precaria que no fue suficiente la determinación de sancionar a Cuba para promover un desmoronamiento desde el interior de la isla. Estados Unidos no era capaz de reconocer las posibilidades de resistencia de una nación sojuzgada, por sacudirse el yugo que por tantos años había dejado miseria en la isla.

Para entonces, la Unión Soviética ya había demostrado un gran interés respecto a la crisis en el Caribe; con la intención de otorgar su ayuda a un régimen socialista destinado a incorporarse a la esfera de influencia oriental. Quizá, la injerencia de la URSS cambió radicalmente el rumbo de los sucesos en Cuba, pues la política norteamericana ya no tenía que preocuparse solamente por la isla: la presencia militar soviética en el Caribe atentaba contra su propia seguridad.

Sin duda, el punto más álgido de la guerra fría se dió en 1962 cuando la URSS decidió enviar buques con armamento nuclear hacia Cuba, con el propósito de defenderla del bloqueo naval norteamericano y mantener una posición estratégica

determinada con respecto a las bases militares de Estados Unidos.

El 22 de octubre de 1962, Kennedy emitió un comunicado mundial donde quedaban establecidas ciertas disposiciones de la política exterior norteamericana respecto a la incursión militar de la Unión Soviética en Cuba. Conviene exponerlo debido a la importancia del caso dentro del contexto de la guerra fría.

Este comunicado consistió en siete puntos principales:

- 1.- Establecimiento de una cuarentena en el Caribe con el embargo de todo equipo militar cuyo destino fuese Cuba.
- 2.- Existencia de una vigilancia continua sobre los acontecimientos que se sucedieran en la isla.
- 3.- Cualquier ataque de misiles procedente de Cuba será responsabilidad de la Unión Soviética, y con ello, la respuesta ante la agresión sería contra territorio soviético.
- 4.- Constitución de una base militar permanente en Guantánamo en la isla.
- 5.- Invocación a los artículos 6 y 8 del TIAR.*
- 6.- Convozar a una junta del Consejo de Seguridad de la ONU.

* Se refieren a: la defensa estratégica del continente contra la amenaza de potencias extracontinentales, y al pacto de unión continental para la defensa militar de naciones latinoamericanas en peligro y/o conflicto.

7.- Advertencia final hacia la Unión Soviética: "...no deseamos la guerra pues somos un pueblo pacífico... el precio de la libertad es siempre alto, pero siempre hemos sabido pagarlo y jamás seguiremos el camino de la sumisión y rendición".* Esta declaración pedía explícitamente el retiro de los misiles en Cuba.²⁷

El contenido de esta declaratoria norteamericana, permite comprobar cómo aquellos principios de política exterior - anteriormente apuntados- son llevados en la práctica a un grado extremo en la defensa de un interés nacional prioritario, para la preservación de un modelo de dominación hegemónico. Según Kennedy, Estados Unidos no quería la guerra pero tampoco la sumisión y rendición, lo que equivale a la guerra misma mediante el alistamiento de las fuerzas militares.

La Unión Soviética se condujo con cautela; propuso llevar el caso al seno de la ONU con la finalidad de encontrar una solución que evitara una confrontación militar. Mientras tanto, hubo una paralización general de las comunicaciones y el tráfico marítimo hacia Cuba.

Hasta la crisis de los misiles, Estados Unidos no había experimentado una derrota de su política anticomunista en América Latina, ni en el resto de sus campañas anticomunistas en el mundo. Tampoco había enfrentado la posibilidad de confrontación con la Unión Soviética. Ambos factores, lograron

* Las declaraciones de los mandatarios norteamericanos siempre se caracterizan por la demagogia respecto al uso de su política de poder en caso de conflicto.

27.- Ibidem.

desestabilizar la efectividad de sus postulados en la guerra fría, aunque sus principios de política exterior estuvieron vigentes siempre.

Por primera vez, el suceso de la negociación del retiro de los cohetes nucleares soviéticos en el Caribe, marcaba cierta incertidumbre sobre la prevención futura de posibles conflictos con la URSS. Sobre todo, si se considera que el origen de la crisis se había gestado en la periferia.

Estados Unidos rompió relaciones con Cuba y promovió su expulsión de la OEA; y, apoyado por la mayoría de los Estados latinoamericanos, logró su expulsión en 1967. Aún cuando la Carta no contemplaba la posibilidad de expulsión de los miembros, la tesis de la incompatibilidad entre dos sistemas de producción diferentes permitió de algún modo justificar esta acción.

A raíz de la aparición del tan socorrido slogan del "fantasma comunista", Estados Unidos llevó a cabo una campaña de restricción en sus programas de ayuda como sanción general, con el propósito de presionar al resto de los países latinoamericanos a no perseguir revoluciones comunistas como la cubana. Con ello, se redujo el flujo de capital en préstamos, se estableció el bloqueo económico hacia Cuba y se restringió el comercio hacia la isla.

Para 1965, previa consulta en la OEA, Estados Unidos decide intervenir militarmente en República Dominicana. La experiencia en Cuba había dejado profundas dudas sobre la efectividad de su política de presión y como la crisis del Caribe era aún reciente, la fuerza militar representaba la única arma de acción segura en la protección de sus intereses.

1.2.2.3. La intervención militar en República Dominicana.

Durante más de treinta años, República Dominicana había visto la reproducción de un gobierno dictatorial en el poder y, como suele suceder en estos casos, se fue conformando una fuerza política revolucionaria aspirante al poder.

Para diciembre de 1962 se cristalizaron las condiciones que posibilitaron convocar a elecciones. El candidato por el Partido Popular Revolucionario fue Juan Bosch. El 20 de diciembre de 1962 ganó los comicios electorales.²⁸ Sin embargo, el 25 de septiembre de 1963 Bosch fue objeto de un golpe de Estado, producto de la complicidad del ejército nacional con los enemigos del régimen democrático. Se establece un triunvirato en el gobierno, delegado con poderes extraordinarios impuestos por la fuerza. Juan Bosch fue encarcelado durante dos años, en un clima de tensión general y revuelta al interior de la República Dominicana.

El 24 de abril de 1965, estalló una guerra civil con la intención de restaurar el gobierno de Juan Bosch; este movimiento fructificó, en un principio, debido a la división en el ejército. La prioridad de la lucha revolucionaria consistía en recuperar el sentir de la voluntad popular al haber elegido a Bosch. Para entonces, éste se encontraba en el exilio, en Puerto Rico.

Desde el surgimiento del conflicto, Estados Unidos mantuvo una vigilancia continua en la zona, manifestándose en

28.- ibidem, pp. 409-411.

la OEA en contra de la lucha armada, gestada a raíz del derrocamiento de Bosch en 1963. El 6 de mayo de 1965, se resolvió crear una fuerza interamericana de paz para la restauración de la estabilidad política y social en República Dominicana. Esta resolución tuvo en contra los votos de México, Ecuador, Chile, Uruguay y Perú.²⁹

Estados Unidos había intervenido en el conflicto armado desde el 27 de abril, en apoyo a la contrainsurgencia, bajo el pretexto de proteger a los civiles norteamericanos residentes en la isla. El presidente Lyndon B. Johnson movilizaría a la marina norteamericana para desembarcar en República Dominicana. Además, el 30 de abril la fuerza aérea norteamericana apagó la acción; se ocupó el Palacio Presidencial y ese mismo día, la Unión Soviética se declaró en contra de la intervención.

La OEA respaldó su determinación de intervenir fundada en tres aspectos: a) cese al fuego, b) evacuación ordenada de los extranjeros, y c) revisión de la situación existente. Antes de llegar a esta resolución, Estados Unidos ya contaba con más de 10 mil efectivos militares en el Caribe.

El 31 de agosto de 1966 se firmó un armisticio entre el Coronel Caamaño, representante de Bosch en el frente revolucionario, y la comisión de la OEA; se organizó una junta constitucional que permitió a Héctor García Godoy quedar como presidente.

En esa época, Estados Unidos sostenía una intervención militar prolongada en Vietnam, factor que atrajo más la atención

29.- Ibid., pp. 414 y 426.

de sus fuerzas militares. Casi sin medir las consecuencias de una campaña tan larga y dudosa, se terminaban de conjuntar las condiciones que llevarían a Estados Unidos a la crisis económica más prolongada de su historia y que conduciría, como más adelante se analiza, a importantes cambios en sus propuestas y formas de expansión hacia América Latina.

*"Las reformas establecidas dentro del Sistema Capitalista
revisten doble importancia. Son concesiones que hacen los
gobernantes para debilitar o apagar la lucha revolucionaria".*

LENIN

2.- Estados Unidos: crisis e intento de reestructuración económica.

Dentro del proceso de evolución del capitalismo, por regla general, las crisis obedecen a ciclos económicos donde se manifiestan periodos de auge (crecimiento de la producción y desarrollo de las fuerzas productivas), y periodos de crisis.¹

Al margen de la explicación teórica de la crisis económica del capitalismo, ésta se encuentra inmersa bajo condiciones políticas, económicas e ideológicas propias del contexto en que se desarrolla. De tal modo, la crisis norteamericana de finales de la década de los años sesenta presentó ciertos elementos dignos de observar.

Como ya se ha señalado, durante los primeros años de la posguerra Estados Unidos había logrado instaurar un modelo de dominación hegemónico mundial a través de la institucionalización del poder, respaldado por la expansión de su economía fomentada por la creciente internacionalización del capital y, en cierta forma, por la construcción de un aparato militar fuerte y competitivo, defensor del interés y la seguridad nacionales en todo el mundo bajo el contexto de la "guerra fría".

Con ello, se había logrado mantener un clima propicio para el desarrollo del aparato productivo, de una industria militar fuerte y una política económica dominante. La competencia

1- Para mayor información sobre las teorías de la crisis capitalista, veáse: Theotonio Dos Santos, La crisis norteamericana y América Latina, Buenos Aires, 1972, pp. 144.

económica no agobiaba el flujo constante de capitales norteamericanos: en inversiones, fundamentalmente de empresas transnacionales, en proyectos militares, y en el comercio internacional de bienes de capital.

Sin embargo, el elemento perturbador más importante en la economía norteamericana fue la guerra de Vietnam. A raíz de ésta, se produjo un desgaste económico notable que se reflejó inicialmente, en un crecimiento desmedido de los gastos gubernamentales para su financiamiento, y en un déficit de balanza de pagos.

Los programas de ayuda militar, el comercio de armas, la investigación científico-tecnológica vinculada con la industria de guerra, la duración de la campaña militar en Vietnam, representaron gastos difícilmente retribuibiles en ganancias netas de capital que equilibrasen el presupuesto.²

Pareciera que la movilidad de la economía norteamericana hacia el apoyo de la campaña militar en Vietnam hubiese provocado la crisis de finales de los sesenta. En cierta medida fue verdad. El desarrollo económico durante la guerra estaba fincado fundamentalmente en la industria militar, como motor para el crecimiento de la producción. Cuando el proceso de crecimiento llegó a un nivel precario, debido a las presiones inflacionarias gestadas durante el mismo, se revirtió en perjuicio de la economía.

El ciclo de auge y expansión de la industria, el comercio y las inversiones se vió interrumpido con el acontecimiento de la

2.- Ibidem, pp. 93-97.

guerra de Vietnam. A raíz de la visualización de la crisis económica en Estados Unidos, el panorama cambió de una situación próspera a un clima de inestabilidad: caracterizado por la aparición de un déficit presupuestario y de balanza de pagos, complementado con la presencia del fantasma inflacionario y de un endeudamiento progresivo.³

3.- Ibid, pág. 97.

2.1. Principales manifestaciones de la crisis.

La crisis económica se manifestó, principalmente, por la desaceleración del crecimiento económico y por la aparición de signos negativos en los indicadores macroeconómicos. Esto condujo al estancamiento de la producción industrial, que más tarde se tradujo en una pérdida importante de competitividad frente a Japón y a Europa occidental:

Las presiones inflacionarias durante toda la década de los sesenta se mantuvieron en un índice del 3.3%, incrementándose rápidamente entre 1971 y 1978 a un 9.0%. El crecimiento del PIB en 1960-73 promedió un 3.9% y para 1974-78 bajó a un 2.3%. La tasa de desempleo para 1965 fue del 3.4%, con un alza constante que para 1970 era del 5.6%.⁴

La economía norteamericana fue incapaz de lograr una ocupación plena desde 1955. La composición de la fuerza del trabajo era de 78 millones de trabajadores, y un 18%, aproximadamente, estaba desempleada u ocupada en la industria militar. 8% de la población económicamente activa estaba desempleada y 10% ocupada en asuntos militares; en total, aproximadamente 20 millones de habitantes.

Del total del presupuesto militar, 20% era destinado a motores; 21% a equipos y máquinas herramienta; 17% a equipos y aparatos eléctricos industriales y 39% en talleres productores. Esto representaba más del 90% de la demanda de

4.- Estados Unidos: Perspectiva Latinoamericana, Economía Política y Política Económica de la crisis norteamericana, México, CIDE, 1980, pp. 102-112.

bienes de capital.⁵ De la mano de obra ocupada directamente en asuntos militares -alrededor de 7 millones de personas- estimulaban la ocupación de otros 9 millones de elementos civiles, vinculados con el aparato industrial-militar.

Entre 1958-64, la inversión gubernamental en esta industria fue del 8.6% del PNB. En cambio, la inversión extranjera directa era de 15.8 mil millones de dólares.⁶ De esta forma, se mantuvo una plataforma de exportación de capitales, a través de las empresas transnacionales norteamericanas, que fue superior a las bases de exportación de bienes y servicios producidos internamente.

Además, el ritmo de crecimiento de las exportaciones, en combinación con la tasa de ganancia obtenida por la IED, era inferior a los gastos gubernamentales. Si bien la tasa de ganancia producto de la IED constituía más de 40% de ganancias netas respecto al capital invertido, la demanda militar representaba el 46% de la demanda total de las industrias vinculadas al aparato militar.⁷ Para 1970, el déficit de la balanza de pagos norteamericana ascendía a 2.3 mil millones de dólares. Por su parte, el déficit presupuestal y de balanza de pagos contribuyeron al endeudamiento: por ejemplo, para 1963 la deuda privada ascendía a 752.9 mil millones de dólares, superior a los 526 mil millones de dólares que registró el PIB.⁸

5.- Sweezy Paul y Harry Magdoff, Dinámica del capitalismo norteamericano, México, Ed. Nuestro Tiempo, 1972, pp. 16-19.

6.- Paul Sweezy, op cit, pág. 19.

7.- Ibidem, pág. 22.

8.- Ibid. pág. 24.

La crisis manifiesta durante esa época, contribuyó a la existencia de un retroceso en el proceso productivo de la economía norteamericana durante los años setenta. A pesar del establecimiento de una recuperación parcial, los indicadores económicos negativos persistieron.

En 1974, el PNB fue de 1,397.4 mil millones de dólares, con una deuda pública de 642.9 mil millones de dólares y una deuda privada de 2,134 mil millones de dólares. En el período 1974-75, se registró un déficit presupuestal de 80 mil millones de dólares. A su vez, se presentó un alza en el costo de la vida de 4.8% y un aumento de los precios al consumidor del 7.8%.⁹

Entre 1970-1978, se incrementó un 30% el precio de las importaciones norteamericanas respecto a las exportaciones. Esto significó un gasto extra de 51 mil millones de dólares promedio anual.¹⁰

Al registrarse un conjunto de factores negativos para la economía norteamericana se produjeron varios efectos: En el aspecto comercial, Estados Unidos aplicó una política contraccionista y proteccionista. En el aspecto financiero y monetario se produjo incertidumbre y desconfianza en el movimiento de recursos, generándose un proceso de inestabilidad de las bases institucionales que regían las relaciones monetarias y financieras internacionales. En el aspecto militar, Estados Unidos siguió financiando su crecimiento en una economía de guerra.

9.- Mandel, Ernest. La crisis 1974-1980, México, Serie Popular Era, 1977, pp. 21-77.

10.- Estados Unidos, "Perspectiva...", op cit, pág. 122.

La situación condujo a establecer una política de estabilización, que incluyó reformas, ajustes de precios, un control restringido de cambios, devaluaciones competitivas y restricciones a la importación de bienes. Esta política de estabilización era prácticamente impositiva, y de compensación en algunos casos. El Estado norteamericano debía soportar las cargas inflacionarias producidas por el enorme gasto realizado.

La estabilización económica promovida por el gobierno federal fue hasta cierto punto limitada. Consistía en la distribución arbitraria del gasto gubernamental en programas de recuperación interna; control de precios, salarios e impuestos. La poca funcionalidad de estos programas era producto de la sombra inflacionaria y recesionista. Así, la planificación anticrisis constituía un paliativo para la recuperación económica. Después de todo, el objetivo fundamental era la preservación del sentido general de las estructuras de poder económico, aunque esto no resolviera las contradicciones generadas a raíz de la crisis.

Estados Unidos confiaba en la eficacia de una política exterior agresiva, sobre todo hacia América Latina, en su lucha por contrarrestar los efectos negativos de la crisis y servir de paliativo a los supuestos males de la economía norteamericana.

El reconocimiento tácito del gobierno norteamericano respecto a su crisis económica interna siempre revistió un carácter transitorio, "...una crisis producida en virtud de factores extraños perturbadores de la economía...".¹¹ No se reconoció

11.- Ibidem. pág. 214.

el carácter estructural de la crisis, por el contrario, siempre se manifestó confianza en la recuperación económica a través de los mecanismos tradicionales, de sus políticas anticíclicas.

Pero en realidad, la crisis produjo un clima general de estancamiento y debilidad en las estructuras del sistema establecido en la posguerra. Quizá, esta situación ya presentaba indicadores que apuntaban hacia la necesidad de establecer un reacomodo de fuerzas y de transformación en las relaciones económicas internacionales.

La crisis económica de Estados Unidos condujo a los siguientes resultados:

-Estados Unidos experimentó una pérdida de competitividad comercial frente a Europa -principalmente Alemania- y a Japón, debido a la recuperación y expansión económica de estos países. Con ello, se fractura la hegemonía norteamericana mundial y se establece la necesidad de crear nuevos canales de negociación política con los rejuvenecidos centros de poder, para delimitar el liderazgo de las relaciones económicas mundiales.

-Los déficits prevaletentes en la balanza de pagos soportaron una carga de 6.3 mil millones de dólares para 1970, en virtud del cumplimiento de objetivos político estratégicos. Esto contribuyó al endeudamiento crónico tanto público como privado del gobierno federal.

-El crecimiento de los gastos militares se mantuvo al mismo ritmo: entre 1964 y 1969 había sido del 57.2% y entre 1970-78 fue de aproximadamente el 46%. Baja debido a las presiones

inflacionarias.¹²

-Se produjo un mercado inundado de dólares. El déficit de balanza de pagos de Estados Unidos en combinación con las grandes reservas de dólares en el mundo, provocó que las reservas de oro norteamericanas no fueran suficientes para cubrir el exceso de liquidez monetaria. Con ello, al declararse la inconvertibilidad del dólar en oro en 1971, el Sistema Monetario Internacional se fracturó. Sin embargo, la crisis monetaria no destruyó el sistema ya establecido, debido a que la afluencia ilimitada de dólares generada durante el período de auge de la economía norteamericana, condujo a la existencia de un sistema institucional artificial basado realmente en el dólar.

-Se establece la adopción de prácticas proteccionistas en el intercambio comercial. Con la finalidad de proteger el estancamiento de la producción industrial, frente al crecimiento de las exportaciones japonesas y europeas; incluso con respecto a algunos países subdesarrollados que demostraban competitividad con los productos norteamericanos (deterioro en los términos de intercambio).

Ahora bien, el modelo de dominación adoptado en los primeros años de la posguerra resistió lo suficiente el embate de la crisis económica. Se mantuvo el status-quo, pero también se mantuvo el carácter estructural de la crisis económica.¹³ En esta perspectiva, la presencia de una situación precaria de la hegemonía norteamericana en el mundo capitalista, permitió la gestación de un proceso de transición hacia una hegemonía

12.- Paul Sweezy, *op cit*, pág. 181.

13.- *Ibidem*, pp. 161-253.

relativa, frágil y altamente contradictoria. La crisis económica en Estados Unidos condujo a una crisis generalizada del sistema de la posguerra, situación que afectó todos los ámbitos de las relaciones establecidas por las estructuras de dominación norteamericana, lo que arrojaría consecuencias graves sobre todo, a finales de la década de los años ochenta.

2.2. La situación respecto a América Latina durante los años setenta.

La demanda principal de los países latinoamericanos consistió en la propuesta de una reestructuración del orden económico internacional para establecer mecanismos efectivos de negociación en la solución de los conflictos bilaterales con Estados Unidos. Dada la manifestación de procesos de desnacionalización en sus economías, que habían incrementado a la dependencia económica. Para América Latina era necesario luchar por su independencia, abatir la desigualdad y la crisis económica interna, en contraposición con el interés norteamericano por conservar los vínculos de dependencia política, económica y militar.

Ante la obsolescencia del sistema interamericano, el 17 de octubre de 1975 en Panamá, se estableció un convenio que constituye el "Sistema Económico Latinoamericano" (SELA).¹⁴ Este organismo nace con la intención de rescatar el sentimiento de los ideales bolivarianos de antaño, ante la desesperanza y fracaso del panamericanismo, con la finalidad de abrir nuevos foros de consulta política en atención a los asuntos económicos que los aquejan.

El surgimiento del SELA constituye uno de los primeros intentos para sacudirse la imposición de las políticas norteamericanas. El panamericanismo que había servido fielmente a los intereses imperialistas de explotación

14.- Banderas, Juan. "Obsolescencia y crisis del panamericanismo", Anuario Mexicano de Relaciones Internacionales, México, UNAM, 1982, pp. 95-96.

económica y subordinación política en América Latina, trata de sustituirse por el panlatinoamericanismo. Término acuñado por la unión de países latinoamericanos: incluyendo a los de ascendencia inglesa y también a Cuba. Aunque este organismo se manifestó en contra de las violaciones de los principios asentados en la OEA, no pudo contraponerse a la política imperialista norteamericana. Debido a que la crisis económica se había extendido a todos los ámbitos de las relaciones, se acentuaba una crisis política y social que limitaba el margen de acción de los pocos gobiernos latinoamericanos no dictatoriales.

Sin embargo, ni el SELA ni ningún otro intento por establecer reformas en el Sistema Interamericano fueron capaces de contravenir el impacto negativo de la hegemonía norteamericana en el continente. El panamericanismo empezaría a caducar y la crisis económica a dominar las relaciones bilaterales.

Para la década de los años setenta, el panorama general de las relaciones económicas internacionales había cambiado. Estados Unidos tuvo que afrontar, en cierto modo, la competencia económica con Europa y con la Cuenca del Pacífico encabezada por Japón. Estas economías se habían recuperado y registraban altos niveles de crecimiento, sobre todo de sus plataformas de exportación.

La competencia se manifestó de dos formas: por una parte, se produjo a través del flujo del comercio internacional, dado que Estados Unidos había perdido competitividad en varios sectores de la producción. Y por la otra, la competencia se produjo en la periferia, generándose una lucha interimperialista por ganar mercados. Al respecto, se podrían mencionar dos

ejemplos: Para 1971, Alemania Federal importaba el 25% del hierro, 73% de café y 25% del cobre que se producía en América Latina. Japón, por su parte, estableció métodos más flexibles de financiamiento para negociar su participación en la industria del petróleo en Venezuela, y la extracción de minerales en México, Perú y Chile.¹⁵ En consecuencia, todo avance de Japón y Europa en el mercado latinoamericano representaba una disminución para el flujo de comercio norteamericano: una lucha por conquistar los mercados de minerales, petróleo y demás materias primas. De tal modo, Estados Unidos se vió en la necesidad de pactar alianzas para mantener su flujo de capitales, en combinación con capitales japoneses y europeos de inversión en el continente. El establecimiento de estos pactos y alianzas implicaba ceder parte de las ganancias y utilidades que representaba la explotación de los recursos en la región, en beneficio de otras potencias capitalistas. La crisis había forzado una declinación del liderazgo económico, donde la negociación "intrabloque" resultaba una estrategia inevitable. Además, el panorama de competencia respecto a los mercados latinoamericanos no desplazaba la hegemonía norteamericana.

En el período de la crisis, Estados Unidos incrementó el flujo de capitales, ya fuese por medio de préstamos, créditos, inversiones y programas de ayuda, con la finalidad de reducir el impacto negativo del estancamiento de las exportaciones norteamericanas en la economía interna, y fomentar la captación de mayores recursos para financiar su déficit de balanza de pagos. La política exterior norteamericana durante

15.- Mostovets, (comp. varios autores), Estados Unidos y América Latina, Nauka Ed. Progreso, 1978, pág. 93.

esa etapa de la crisis se orientó, en gran medida, hacia el "restablecimiento" económico, ejerciendo mayor énfasis en el control de los agentes económicos en América Latina.

Durante la década de los años setenta, se incrementó la inversión extranjera (a través de las empresas transnacionales) en más de 2 mil millones de dólares anuales. Y, en otros créditos de origen privado, superiores a los 12 mil millones de dólares para 1975, créditos a corto plazo que imponían altas tasas de interés.

Por su parte, los países de América Latina soportaron enormes pérdidas: entre 1960-65, Estados Unidos había extraído 1,270 millones de dólares en promedio anual de ganancias netas; con un incremento de 1,949 millones de dólares para 1970. Así, entre 1965 y 1974 las utilidades netas de capital fueron de 26 millones de dólares.¹⁶

Para 1975, el déficit de balanza comercial de América Latina frente a Estados Unidos era de 3,820 millones de dólares, con un índice de exportaciones de 11,835 millones de dólares en relación a uno de 15,655 de importaciones.¹⁷

La tasa de crecimiento del índice de las exportaciones de Estados Unidos hacia la región se mantuvo en un ritmo constante, alrededor de un 44% para 1973. Su balanza comercial era favorable, su porcentaje representaba un 35% del total de las importaciones de la zona. Estados Unidos importaba el 73% de las materias primas, combustibles y

16.- Mostovets., op cit, pág. 8.

17.- Ibidem, pág. 101.

alimentos a precios muy baratos, y lograba reducir la importación de bienes de capital en apenas un 10% del total producido en países latinoamericanos.¹⁸

El mercado de importaciones de Estados Unidos procedentes de América Latina estaba formado de la siguiente forma: a) artículos de consumo durables que no compiten abiertamente con la producción local; b) materia prima industrial y materiales cuya producción local no produce, a precios muy baratos; y c) materias primas necesarias para fortalecer y fomentar el desarrollo de la industria agrícola. Esta estructura estaba cimentada por el uso de una política aduanera y fiscal altamente proteccionista. El uso de barreras al comercio fomentó un intercambio desigual que redituó con mayores utilidades no solamente en ganancias netas de capital, también en el financiamiento de su aparato productivo.

Para 1975, América Latina suministraba a Estados Unidos una cuarta parte de la producción agrícola, dos quintas partes de su producción alimenticia, una tercera parte del combustible y de los minerales, mientras que un 90% de sus importaciones de productos derivados del petróleo procedían del Estados Unidos.¹⁹

Tal pareciera que la crisis económica afectó más a la región latinoamericana. Pues bien, América Latina resintió directamente los efectos negativos de la crisis económica norteamericana, de tal modo que era imposible eludir un

18.- Ibid., pp. 101-194.

19.- Cornell-Smith, Gordon. Los Estados Unidos y la América Latina, México, FCE, 1977, pp. 349.

impacto negativo en el desarrollo de sus economías. La crisis afectó las estructuras de dependencia agudizando las contradicciones ya existentes en el sistema.

Algunos aspectos de la política exterior fueron los siguientes:

-Política fiscal: Estados Unidos incrementó su política de restricciones al comercio mediante el uso de barreras arancelarias, no arancelarias y otras sanciones. Se permitía la entrada de artículos necesarios para el proceso de desarrollo de su economía, pero se restringía la entrada de productos que pudieran desplazar a los productos norteamericanos en su mercado interno, sobre todo en el sector agrícola.

-Política financiera: Se incrementaron las fuentes de financiamiento en apoyo a los monopolios ya establecidos y en virtud de la necesidad de abrir nuevas fuentes de recursos. Algunos de los monopolios se fraccionaron y se formaron oligopolios en atención al flujo de inversiones europeas y japonesas, factor que contribuyó a la consolidación del proceso de endeudamiento de América Latina. También se llevaron a cabo devaluaciones competitivas y un estricto control de cambios.

-Política comercial: Se manifiesta ya un claro deterioro en los términos de intercambio, se consolida el proceso de transnacionalización de la economía norteamericana. Las políticas de profundización de los agentes económicos en el continente produjeron crecientes déficits en cuenta corriente para la región y solaparon prácticas desleales al comercio. Los ingresos por balanza comercial en América Latina se vieron

mermados por el pago del servicio de la deuda; generándose un círculo vicioso en las economías latinoamericanas.

Los programas de apoyo crediticio para el desarrollo de países latinoamericanos de ningún modo fueron gratuitos, pretendieron mantener el abastecimiento de energéticos, minerales y alimentos necesarios para dinamizar su economía interna. Era necesario mantener, a su vez, un clima de estabilidad social y política, en atención a la cristalización de los proyectos económicos. Si bien se produjo un incremento notable en las relaciones bilaterales, resultaba prioritario salvaguardar el modelo de dominación disfrazando las políticas agresivas mediante programas de ayuda y comercio. Se reconocía, a pesar de todo, que la radicalización de las contradicciones gestadas a raíz de la crisis económica podrían desequilibrar el sistema de privilegios ya establecido. Indiscutiblemente, América Latina aún representaba una zona de alta prioridad estratégica en donde las relaciones económicas debían ser hasta cierto punto concesionarias. La afluencia de créditos y subsidios en combinación con el apoyo de las oligarquías locales permitieron un cierto grado de equilibrio.

En este sentido, podría decirse que la década de los años setenta también se caracterizó por la alianza entre gobiernos dictatoriales, muchos de ellos sustentados por un aparato de represión militar, y una clase empresarial protegida, oligárquica y privilegiada, que acumulaban la riqueza en pocas manos en detrimento de la mayoría de la población civil. Estas alianzas que permitieron la manutención del poder, aún a pesar del estancamiento económico, ocasionaron una crisis social y política en la mayoría de los países latinoamericanos. Valdría analizar algunas consideraciones al respecto.

La mayoría de las dictaduras en América Latina eran producto de la inestabilidad política, en algunos casos de muchos años atrás y, en otros, gracias a golpes de estado realizados por grupos militares contrarrevolucionarios y totalitarios. Estos gobiernos actuaban en favor de un sistema de privilegios, financiados también por pactos con empresas norteamericanas, y, cuando este sistema peligraba, recibían ayuda del gobierno de Estados Unidos.

Debido a la crisis de los programas de desarrollo estabilizador (sustitución de importaciones) establecidos, en su mayoría, durante la segunda posguerra, la situación económica arrojaba una clase empresarial débil, negligente y desnacionalizada, subordinada a los intereses de las grandes empresas transnacionales. Esto permitía la dinámica del sistema de acumulación basado en la concentración y centralización del capital. Con la existencia de este sistema de privilegios y desacumulación, la población civil se organizó en protesta y destitución de gobiernos "títeres", de las oligarquías locales y de las empresas norteamericanas. En países como El Salvador y Nicaragua los movimientos de liberación nacional lograron algunas victorias. Pero en respuesta a la crisis política generalizada, el ejército y los movimientos contrarrevolucionarios se encargaron de establecer gobiernos capaces de sustentar y defender el sistema de privilegios ya establecido. En todos los casos, la intervención norteamericana fue latente, mediante el suministro de armas a los "contras", al ejército, a las dictaduras, o bien, de manera directa con su flota naval. De tal modo, los gobiernos totalitarios se basaron en el terrorismo, suprimieron la democracia y lograron mantener el sistema de acumulación en pocas manos. En esa época, a Estados Unidos no le importaban las reformas políticas en el

continente, su interés principal era la adquisición de cuantiosas ganancias.

La situación política en América Latina puede describirse de la siguiente forma: "Se manifiesta la existencia de una severa crisis política en países como El Salvador, República Dominicana, Haití, Nicaragua, Argentina, Paraguay, Chile y Venezuela",²⁰ donde la situación varía entre el caos total o la represión más cerrada.

En El Salvador, se manifiesta una lucha entre el sector más conservador, representado por mayoría en las juntas cívicas militares quienes sustentan el poder, y una sociedad civil organizada que representa la lucha revolucionaria. Por largos años se mantiene esta pugna sin resultados para el frente revolucionario. En 1972 y 1977 se desconocen dos triunfos de la oposición y, en octubre de 1979, el "Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional" efectúa un golpe de Estado que ocasiona una guerra civil.

En Nicaragua, la dictadura de Anastasio Somoza que había prevalecido desde los años sesenta, subvencionada por el apoyo de capitales norteamericanos, es derrocada en 1979 por el "Frente Sandinista de Liberación Nacional". Movimiento revolucionario que había soportado una lucha constante para derrocar la dictadura y convocar a elecciones populares en Managua, para después establecer una junta de gobierno de reconstrucción nacional.

20.- Osorio, Taffall, Bibiano. "Autoritarismo y militarismo en la América Latina de hoy", Anuario de Relaciones Internacionales, México, UNAM, 1981, pp. 383-397.

En Argentina, las fuerzas democráticas del frente peronista y los militares se disputaron abiertamente el poder. De 1963 a 1966 se establece el gobierno constitucional del partido peronista, pero es depuesto en 1966 por los militares, quienes durarían hasta 1973. En ese año regresarían al poder los peronistas, pero en 1976 los militares logran institucionalizar su gobierno derrocando a Perón y su grupo. Con esto se puede observar una clara inestabilidad entre las fuerzas políticas del país.

En Uruguay, la dictadura establecida por el general Alfredo Stroessner desde 1961 logró mantenerse durante toda la década de los años setenta. Se estima que la represión, la violencia y el terrorismo del gobierno de Stroessner capitalizó más de cinco mil presos políticos, y por lo menos uno de cada cincuenta habitantes fue detenido para interrogatorios policíacos.

En Chile, el gobierno de la unidad popular encabezado por Salvador Allende sufre un golpe de Estado el 11 de septiembre de 1973, por las fuerzas militares encabezadas por Augusto Pinochet. Golpe que causó más de treinta mil muertes y otros dos mil desaparecidos. Los golpistas logran establecer un gobierno dictatorial que prevaleció por toda la década.

Esta breve semblanza de algunos de los casos mas representativos de los gobiernos dictatoriales que causaron una fuerte crisis política en América Latina durante los años setenta, muestra que los regimenes antidemocráticos ejercieron cierto control sobre los efectos de la crisis económica generalizada en todos los sectores de la producción, pero ocasionaron una crisis social que prevalece hasta nuestros días. Esta crisis social se va a constituir en el emblema

principal del subdesarrollo: depreciación progresiva del nivel de vida de la población, violación de los derechos humanos, extrema pobreza, desempleo, subempleo, y demás factores que conducen a una verdadera crisis estructural durante los años ochenta.

Por su parte, Estados Unidos tenía otra perspectiva, de una recuperación económica que ofrecía un panorama ventajoso en la preservación de su interés en la región. Además, las estructuras del sistema internacional habían asimilado los efectos de la crisis norteamericana, resistencia que probaba su capacidad por mantenerse como pilar de la economía mundial. Sin embargo, la crisis económica se constituiría en un factor determinante para el debilitamiento progresivo de su hegemonía en el mundo, cuestión que fue controlada - temporalmente- por el proyecto neoconservador de Ronald Reagan.

2.3.- La administración de Ronald Reagan: las propuestas del neoconservadurismo.

La perspectiva general de la administración de Ronald Reagan consistió, fundamentalmente, en la recuperación de la voluntad nacional para defender el modelo de dominación norteamericana en un mundo bipolar. Para Reagan, el terreno perdido durante la década anterior a su gobierno había sido producto de una falta de autoridad internacional. Había que erradicar los males de la economía, evitar el expansionismo de la Unión Soviética, y recuperar el liderazgo de antaño.²¹

El neoconservadurismo se entiende, en primera instancia, como el reencuentro con la política rígida, hegemónica y defensora a ultranza de los intereses norteamericanos en el mundo. Es la reafirmación de los valores tradicionales y la restauración de un marco para las relaciones de Estados Unidos con el exterior. El liderazgo se conquista con el respeto militar, el temor por encima de la conciliación, y la imposición unilateral sobre la negociación y el consenso.²²

La administración Reagan se basó en la concepción de un sistema bipolar inflexible -como fue concebido en la posguerra-, en el cual era necesario recuperar el propósito de la lucha anticomunista, a través de la renovación del aparato militar. Estados Unidos debía regirse bajo los preceptos de la guerra

21.- Kuttner, Bob. "Los aspectos no analizados de la economía de Estados Unidos", Contextos, Año 3, Núm. 28, junio de 1982, SPP, pp. 15-21.

22.- Smith, Hedrik. Ronald Reagan: ¿Una revolución conservadora?, Barcelona, Ed. Planeta, 1980.

fría, en un esfuerzo renovado por reconquistar la seguridad científico-tecnológica-militar. Se trataba de hacer prevalecer la primacía norteamericana por medio de los procedimientos tradicionales de antagonismo hacia la Unión Soviética.

La lucha anticomunista en el mundo, llevó a muchos autores a definir el periodo de la administración de Ronald Reagan como "la segunda guerra fría". Es indudable que "la era Reagan" reviste ciertos matices particulares, pero desde una perspectiva global, la política de choque establecida durante los años ochenta fue producto de un comportamiento reiterativo y poco novedoso de la política norteamericana.

De tal forma, la utilización del término "segunda guerra fría", no significa la división de dos guerras (con un período inter-guerras); por el contrario, el neoconservadurismo rescató la confrontación bipolar y la elevó a cuestión prioritaria, concibiendo la guerra fría como una sola. En consecuencia, el período de Reagan se caracterizó por tratar de adaptar, lo más fielmente posible, el viejo modelo de dominación hegemónica a las condiciones existentes durante esa época.²³

Estados Unidos, bajo las propuestas del neoconservadurismo, reforzaría tres aspectos: la superioridad estratégica-militar frente a la Unión Soviética; un "Programa de Recuperación Económica" (PRE), en función de un aparato militar rejuvenecido y un "apoyo" a programas sociales; y, en la intervención en zonas de conflicto en la periferia.

23.- Maira, Luis. (comp). Una nueva era de la hegemonía norteamericana. Buenos Aires, RIAL-GEL Editores, 1986.

El Estado mantuvo una participación funcional en el destino de la economía interna, convirtiéndose en un obstáculo para la recomposición económica. Se daría una reforma económica parcial, debido a que la política de apoyo a la industria militar truncaría los propósitos del proyecto económico. Además, asumió la posición de "policia y guardián" del mundo, con el propósito de intervenir y ejercer un control acérrimo de sus intereses en la periferia; particularmente en Centroamérica y el Caribe.

2.3.1. El proyecto económico.

Como se mencionó, la política económica de la administración de Ronald Reagan tuvo como sustentación principal el fortalecimiento de la industria de guerra. El PRE se dirigió prioritariamente hacia cuestiones de seguridad nacional.

La recuperación del liderazgo económico, se basó en la subordinación de la política económica bajo el esquema de la bipolaridad; se sostuvo la idea de un globalismo estratégico occidental, en el cual los intereses políticos serían respaldados por una instrumentación adecuada de la política económica internacional.²⁴

El proyecto económico inicial se presentó bajo tres premisas fundamentales: la seguridad nacional como elemento primario del interés nacional; la creación de un aparato económico-militar preparado para una guerra nuclear; la necesidad de un ordenamiento de la economía interna, "saneador" de los vicios que obstaculizaban el crecimiento y la expansión económica*; y, la necesidad de abrir los mercados internacionales con un apoyo directo al sector privado, por medio del financiamiento de programas de exportación de capitales y medidas proteccionistas.

El PRE, pretendía controlar los índices de inflación y establecer una política fiscal y monetaria restrictivas, tanto del

24.- Varios autores, Las Relaciones Económicas de América Latina con Estados Unidos 1982-83, México, SELA, Siglo XXI, 1981, pp. 134.

* Contradicción entre el discurso y la praxis.

gasto gubernamental como en la emisión y distribución del circulante. Se buscó establecer incentivos para incrementar la oferta de bienes y servicios, en la regulación y estabilización del sistema de precios. El gasto público atendería "únicamente" programas revitalizadores del crecimiento económico y eliminaría el apoyo a programas distractores para el desarrollo.²⁵

Se estimó que el factor perturbador -primordial- había sido el crecimiento desmedido del gasto gubernamental, como fuente de financiamiento de la mayoría de los sectores de la producción y también de los proyectos de expansión económica hacia el exterior. El objetivo del proyecto de recuperación económica pretendía ejercer un control sobre el destino de los recursos económicos y, a su vez, restringir el gasto público innecesario. El programa se orientaría a establecer mecanismos para la transición de una economía inflacionaria hacia una deflacionaria, mediante un ajuste de los agentes económicos.*

La reforma presupuestaria exigiría un control de los instrumentos de política económica, en la lucha por contrarrestar las fluctuaciones inflacionarias del gasto, así como de una reducción en la tasa promedio anual de impuestos; y una recomposición del presupuesto militar. La industria militar requería un apoyo presupuestal considerable, debido a cuestiones de interés nacional y por ello, la reforma debía concentrar la mayor parte de recursos para el fortalecimiento

25.- Bouzas, Roberto. "La política económica del gobierno de Reagan", Revista de Comercio Exterior, Vol. 32, Núm. 2, Febrero de 1982, pp. 152-156.

* Todo funcionó en el discurso y se quedó como un proyecto.

del aparato militar sin alterar la iniciativa de restricción del gasto federal.²⁶

El vínculo latente entre las presiones inflacionarias y el gasto público, representaba una situación de presiones políticas y sociales respecto a las fuentes de financiamiento, la movilidad de los agregados monetarios y programas de inversión en sectores productivos no relacionados con la industria militar. El dilema por resolver era: mantener una política fiscal y monetaria estable, restrictiva y adecuada, en virtud de un apoyo a la producción militar y la expansión económica global, sin promover altas tasas de inflación ni fomentar la marginación social.

Obviamente, el problema fundamental de este programa se derivaba de la imposibilidad de establecer un recorte en el gasto público y una restricción monetaria, frente a la escalada armamentista. La política anticíclica resultaba ficticia, la contradicción entre el proyecto militar y el programa para abatir el déficit público ocasionaba un desequilibrio difícil de contrarrestar con reformas tibias e inefectivas.²⁷

La inviabilidad del proyecto de recuperación económica se manifestó desde un principio. Los supuestos básicos de Reagan fueron: la restauración del poderío militar en la recuperación del liderazgo económico, mediante la revitalización de las alianzas de occidente; seguido por un acentuado control de las fuentes de recursos en América Latina, para respaldar el potencial norteamericano. Esto como

26.- Varios autores, op.cit., pp. 23-28.

27.- Ibidem, pp. 35-36.

proyecto de recuperación económica era una ilusión, debido a que el liderazgo conquistado mediante el uso de esta política fue un liderazgo de corte militar y político-estratégico (reafirmando el liderazgo económico ya conquistado); sin aportar nada nuevo a los instrumentos de regeneración y expansión económica.

Ahora bien, la política comercial salvó un poco el panorama de las expectativas norteamericanas. La habilidad mostrada para la negociación económica bajo la óptica "sensacionalista" de la defensa de la seguridad nacional fue muy significativa. El lema favorito de la política comercial marcaba la pauta: abrir el flujo del comercio internacional, preferentemente hacia la periferia, mediante la promoción del neoliberalismo fuera de las fronteras y la praxis del neoconservadurismo económico hacia adentro. El apoyo al sector privado en el contexto de las relaciones económicas con el exterior, dejaba al sector público como protector de la seguridad, en la defensa conjunta del interés nacional.²⁸

Al favorecer un mercado externo abierto en contraposición con un mercado de importaciones altamente restringido, mediante el ejercicio de una legislación comercial arbitraria, Estados Unidos buscaba mantener un equilibrio en la balanza comercial, sobre todo en el renglón de cuenta corriente. Para ello, había que disfrazar la política comercial, mediante la manutención de tratados bilaterales de coconversión para agilizar el flujo de capital privado entre países desarrollados; y acuerdos de negociación con América Latina.

28.- Ibid., pp. 56-58.

Para los años ochenta, la plataforma de exportación norteamericana ya no era lo suficientemente competitiva. Japón y los países del Sudeste Asiático habían aventajado la balanza comercial con Estados Unidos, registrándose un acelerado crecimiento de las importaciones de bienes de capital procedentes de la Cuenca del Pacífico. Esta situación condujo a un proteccionismo sectorial. La situación no sólo arrojaba un déficit comercial, también representaba una crisis de las estructuras de producción dada la pérdida de competitividad (en función de un decremento en la productividad científico-tecnológica): la economía norteamericana exigía un proyecto de reconversión industrial. El proteccionismo norteamericano se escudó en la premisa falsa de la existencia de un comercio desleal por parte de los países de la Cuenca respecto al comercio con Estados Unidos. La situación era tan precaria que el déficit comercial frente a estos países era de 40 mil millones de dólares en 1981 y, a pesar del proteccionismo, ascendió a 169 mil millones de dólares para 1986. Además, Japón registraba un superávit con Estados Unidos de 18 mil millones de dólares en 1982.²⁹

El déficit comercial permaneció debido a que la política económica no resolvía el asunto de la reindustrialización de la economía interna. Con ello, la tendencia general del comportamiento económico obligaba a Estados Unidos a mantener un crecimiento de las importaciones de bienes de capital y de productos agrícolas, en detrimento de la producción local. Además, el pago del servicio de la deuda externa

29.- Del Castillo, Gustavo. "El proteccionismo estadounidense en la era Reagan", Revista de Comercio Exterior, Vol. 37, Núm. 11, noviembre de 1987, pp. 887-895.

causaba estragos en la balanza de pagos.

El refinanciamiento de la deuda, pago de intereses y de capital, aunado al enorme presupuesto militar condujo a Estados Unidos a convertirse en el país más endeudado del mundo.

El proteccionismo se apoyó a través de disposiciones adoptadas por la legislación comercial. Las cláusulas 201 y 301 de la ley de Comercio se orientaron a combatir las supuestas prácticas "desleales" de comercio, mediante los subsidios a las exportaciones y los derechos compensatorios hacia las importaciones.³⁰ Sobre todo en el periodo de recuperación 1981-83, las cláusulas se aplicaron en más de 150 casos, dándose un incremento de más del 300% respecto a las aplicaciones anteriores, aproximadamente 1,635.1 mil millones de dólares entre 1979 y 1982 por concepto de impuestos compensatorios.³¹ Un ejemplo claro de lo anterior, se puede observar en el acuerdo multifibras negociado al interior del GATT, en el cual el gobierno norteamericano condujo las negociaciones en forma bilateral dividiendo la plataforma de exportaciones de los países productores. Además, mediante un incremento al 47.5% en las cuotas de importación se ejercía un control indirecto sobre el destino de las exportaciones.

Los programas de ayuda financiera hacia la periferia permitieron alinear el comportamiento del flujo de comercio, mediante el uso de criterios de selección en función de la caída

30.- *Ibidem*, pp. 890 y 891.

31.- *Ibid*, pág. 892.

de los precios de productos básicos.³²

Ahora bien, a pesar de la ineficacia del PRE, Estados Unidos logró una recuperación parcial de algunos de los indicadores macroeconómicos, pero bajo un clima de inestabilidad económica. Para 1980, la tasa de inflación había alcanzado el nivel más alto desde la segunda guerra mundial con una tasa de casi 20% promedio anual; el desempleo fue superior al 7.5%.³³ El gasto federal sufrió las siguientes modificaciones: El gasto en los programas "no defensa" había sido del 12% del presupuesto total entre 1976-81, pues tuvo un decremento hasta el 1.7% entre 1982-84; y el gasto militar de defensa nacional se mantuvo firme con un promedio del 17% entre 1979-84. No obstante, el programa de protección social (safety net) recibió un apoyo del 40.6% con 313 mil millones de dólares; en comparación con el 32.4% destinado al departamento de defensa que representaba un gasto de 249.8 mil millones de dólares, promedios anuales para 1984.³⁴

El comportamiento de la balanza de ingresos y egresos del gobierno federal mejoró a través de la administración de Reagan. En 1981, los ingresos arrojaron 600.2 mil millones de dólares, y los egresos 654.7 mil millones de dólares; registrándose un déficit de -54.5. Para 1984, primer año de la recuperación, se registró un índice de 772.2 y 771.6 respectivamente, con un superávit de 1.5%. En 1986, el superávit ascendía a 30 mil millones de dólares. También, se

32.- Varios autores, op.cit., pág. 77.

33.- Economic Report of the President, 1983.

34.- Ibid.

registró un crecimiento del PNB en un 6.4%.³⁴ No obstante, se mantuvo el crecimiento de la deuda en 100 mil millones de dólares para 1985, registrándose un pago promedio anual del 20% del ingreso total para el pago de la misma.

2.3.2. La política hacia América Latina.

El proyecto económico, político y estratégico de la administración Reagan, marcaría un repunte de la política de poder norteamericana hacia América Latina en el marco de la bipolaridad.

Para Reagan, la prioridad en la política exterior se centraba en la reconquista de la hegemonía: de un modelo de dominación que había rendido grandes frutos pero que necesitaba una tutela "más decidida y eficaz". Además, ya no era necesario -como antes- conquistar económica y políticamente a América Latina; las bases de dominación ya estaban arraigadas y, difícilmente, una pugna anti-imperialista podía contraponerse al ejercicio de su política de poder.

Durante su administración, la situación respecto al conjunto de países latinoamericanos se caracterizó por la transferencia de los costos de ajuste en el ámbito económico, pero, principalmente, por un enfoque particular respecto a una zona de conflicto y prioridad estratégica: Centroamérica.

34.- Abella, Gloria. "Notas sobre la crisis del capitalismo", Revista de Relaciones Internacionales, Núm. 41, enero-abril 1988, FCPYS, pp. 5-13.

Durante la década de los ochenta, América Latina atravesó una profunda crisis económica, situación que facilitaba la puesta en práctica de una política económica encaminada a transferir gran parte de la carga deficitaria en Estados Unidos; a través del flujo de comercio y del pago de la deuda externa latinoamericana. Para 1980, los indicadores macroeconómicos de las relaciones económicas bilaterales marcaban un balance muy favorable para el ejercicio de una política promotora de procesos de ajuste en América Latina:

a) la balanza comercial arrojaba un superávit de 653 mil millones de dólares para Estados Unidos. En el renglón de las importaciones, América Latina importaba el 30.4% del total de sus importaciones; mientras que Estados Unidos solamente importaba un 15.7%. En el renglón de las exportaciones, América Latina exportaba un 17.6% y Estados Unidos casi el doble, un 34%.

b) El PNB arrojaba una diferencia de 1,760 millones de dólares promedio anual. Mientras Estados Unidos registraba un ingreso de 2,377 millones de dólares, América Latina producía solo 617 millones de dólares; con un ingreso per cápita de 10,775 dólares y 1,714 dólares respectivamente.³⁶

c) Para 1982, el déficit de balanza de pagos de América Latina ascendió a 14 mil millones de dólares, registrándose una caída del ingreso neto de capital de 22,800 millones de dólares.³⁷

En el último capítulo de este trabajo revisaremos los aspectos generales de la crisis económica en América Latina.

36.- Varios autores, op cit, pp. 87-89.

37.- Ibidem, pág. 102.

Por ahora, es suficiente con enfatizar que la balanza de poder económico entre Estados Unidos y la región favorecía rotundamente la praxis de una política comercial abiertamente desleal y proteccionista. El hecho de presentarse signos de una crisis de las estructuras económicas en Estados Unidos dentro del contexto de la "segunda guerra fría", resultaba inútil para las esperanzas de abatir la crisis en la región latinoamericana.

Ahora bien, si el ámbito económico conducía a un proceso de creciente desigualdad, cuestión ya vieja y común en las relaciones económicas bilaterales; en el ámbito político, estratégico y militar se manifestaron ciertos elementos característicos de la época.

Podría decirse que la pugna este-oeste recapturada por Estados Unidos se materializó en la región centroamericana y caribeña. Todos los preceptos concebidos por Estados Unidos en su lucha "anticomunista" repercutieron en la zona, incrementándose los índices de violencia y terrorismo, el suministro de armas a la contrainsurgencia, la intervención militar; se mantuvo un clima general de conflicto, sobre todo en Nicaragua y El Salvador.

Centroamérica y el Caribe constituyeron para Reagan el escenario fundamental de la guerra fría, debido a dos razones: por un lado, al carácter geopolítico de la zona; y, por el otro, a la manifestación de movimientos revolucionarios, producto del descontento y la extrema pobreza. La justificación ideológica de la intervención norteamericana en la zona, como de costumbre, derivaba del discurso defensor de la democracia y libertad.

El proyecto de contención del comunismo se basó en el concepto de "guerras de baja intensidad", apoyado por la

plataforma de despliegue militar de la "Iniciativa de Defensa Estratégica". Este programa (IDE) no se llevaría a cabo debido al rumbo que tomaron las relaciones con la Unión Soviética; pero las guerras de baja intensidad sí permitieron la movilidad del aparato militar.³⁸

La guerra de baja intensidad se concibió como la lucha efectiva, rápida y limitada en el conflicto este-oeste, pero continua, desgastante e intensa para los países centroamericanos involucrados en el conflicto.³⁹ En realidad, se pretendía maniar los movimientos nacionalistas y revolucionarios, incluso de corte socialista, manifiestos en la zona; además de amedrentar a la Unión Soviética respecto a cualquier intento de sostener una pugna directa. El despliegue militar norteamericano buscaba asegurar el triunfo de cualquier empresa militar en la periferia. Quizá, no se pretendía tanto la búsqueda de una guerra nuclear mundial, se buscaba el debilitamiento de la Unión Soviética por todos los medios posibles de utilización en una guerra fría (medios masivos de comunicación, alianzas, eliminación de revoluciones, carrera armamentista, etc...).

La lucha de Estados Unidos en Centroamérica demostraba a la Unión Soviética -como a América Latina-, la supremacía de una política que no iba a dar marcha atrás. La "baja intensidad" declaraba el riesgo de una guerra peor que era necesario evitar; no por un retroceso en la política internacional

38.- Bermúdez, Lilia. Estrategia de Reagan hacia la revolución centroamericana, México, Ed. Progreso, 1982, pp. 197.

39.- Bermúdez, Lilia. Guerra de baja intensidad, México, Siglo XXI, 1987, pp. 232.

norteamericana, sino por la rendición del socialismo en el mundo.

La radicalización en el ejercicio de los postulados internacionales de política exterior hacia América Latina condujeron, a finales de los ochenta, a la necesidad de replantear la política de intervención militar. Quizá, fomentada por la caída del mundo bipolar, por la reasignación de las fuerzas internacionales, y también por el reconocimiento tácito de la necesidad de transformación de la realidad internacional. Se abrió el camino en la transición de una "economía de guerra" hacia una reestructuración económica vital; donde América Latina tendría que jugar un papel cualitativamente distinto.

En suma, el PRE y la reivindicación de los postulados de política exterior en un mundo bipolar, permitieron a Estados Unidos disfrazar los efectos y consecuencias de una crisis económica que no fue solventada. No obstante, mientras duró la confrontación este-oeste, la administración de Ronald Reagan pudo conservar la hegemonía política y el liderazgo de las relaciones económicas mundiales.

"Las nuevas ideologías, sobre todo, retoman y relaboran los materiales y temas de viejas ideologías, pero los vuelven a captar, los restauran y reestructuran en formas diferentes para dar respuesta a nuevos conjuntos de problemas."

Marcos Kaplan

3.- Crisis de la hegemonía norteamericana.

A finales de la década de los años ochenta, Estados Unidos emergió del mundo bipolar en un contexto diferente, de profundos cambios y conflictos internacionales. Un mundo donde la multipolaridad y la globalización económica resultaban los ámbitos por atender. Aún se conservaba gran parte del liderazgo norteamericano pero sujeto a condiciones distintas a las décadas anteriores, la naturaleza de las relaciones internacionales mostraba un panorama poco promisorio para la recuperación de la estabilidad al interior del sistema.

Durante más de cuarenta años, el Sistema Internacional había visto reproducirse la confrontación bipolar, sostenido por la lucha permanente entre Estados Unidos y la Unión Soviética. Las estructuras de poder institucional en casi todos los ámbitos de las relaciones internacionales, estaban relacionadas con la lucha de contrarios, en un sistema de esferas de influencia político-estratégicas, y de la unión de alianzas.

La guerra fría representó para la Unión Soviética, el financiamiento de una carrera armamentista en perjuicio del desarrollo de sus estructuras productivas internas. El gasto gubernamental en la defensa militar y el desarrollo científico-tecnológico como pilares del desarrollo armamentista, desplazaron la captación de recursos en programas de atención al estancamiento económico y a los imperativos sociales de la población.

Con el proyecto económico militar de la administración de Ronald Reagan, la acumulación de contradicciones al interior de la Unión Soviética, en un intento extremo por corresponder

al enfrentamiento bipolar, condujo al desmoronamiento de las bases que sustentaban su poder. Con ello, el mundo bipolar se fracturó y la Unión Soviética no sería más el adversario funcional para la sustentación de la política internacional norteamericana, en la reproducción de su modelo de dominación.

De tal manera, Estados Unidos contribuyó a destruir las condiciones que le daban sentido y funcionalidad a su modelo de dominación hegemónica. Una vez eliminada la lucha de contrarios en un sistema que exigía cambios, las estructuras de poder establecidas empezaron a caducar, conduciendo, por consecuencia, al establecimiento de un clima general de recomposición de estructuras de poder internacional, exigiéndose la transición hacia un nuevo sistema Internacional. Por ello, con el "triunfo" de la guerra fría, Estados Unidos no pudo imponer su voluntad, en la búsqueda por conservar su hegemonía bajo el liderazgo unilateral mundial. Entonces, se manifestó una situación adversa mayor a cualquier beneficio obtenido con el desplazamiento de la Unión Soviética.

En esta perspectiva, la recomposición de fuerzas internacionales tendría que realizarse bajo los imperativos de la economía mundial, por encima de cualquier interés político. Al respecto, Estados Unidos se encontraría en condiciones desventajosas frente al resto de países industrializados. El camino ya no sería más la guerra fría ni la economía de guerra, tampoco la carrera armamentista ni la justificación ideológica de su antiguo modelo. Y los signos de crisis estructural arrastrados desde finales de los años sesenta, renacerían en perjuicio del liderazgo económico.

El proyecto económico de Ronald Reagan, había intensificado las contradicciones de la economía interna, sin observar la necesidad de establecer un reajuste en el desarrollo del aparato productivo, elemento fundamental para la competencia económica. El estancamiento de la productividad económica en el nuevo contexto, matizado por la lucha interimperialista en la conquista del liderazgo de las relaciones económicas mundiales, reafirmó la crisis de hegemonía norteamericana en el sistema. No obstante, Estados Unidos permaneció como el actor más importante en la posguerra fría, debido a que las bases económicas institucionales instauradas después de la segunda guerra mundial, no se destruyeron con la caída del mundo bipolar.

A raíz de la crisis hegemónica, la prioridad para Estados Unidos ha consistido en conservar, en la medida de lo posible, el liderazgo mundial durante el período de transición hacia un nuevo orden mundial. Para ello, se ha vislumbrado un planteamiento renovado en la política internacional, sobre todo respecto a América Latina. Esto, sin que represente la renuncia de los valores, principios y objetivos que le han dado funcionalidad a su política exterior desde siempre.

La situación económica ha resultado ser uno de los elementos más importantes para el diagnóstico de esta crisis, algunos indicadores económicos así lo manifiestan¹:

Para 1988, se registró un déficit comercial con Alemania de 12,200 millones de dólares, y otro con Japón de 52,100

1.- Bonilla Sánchez, Arturo. "Hacia la inestabilidad mundial: Un reto para Estados Unidos", Problemas del desarrollo, Vol. XXII, abril-junio de 1991, pp. 29-31.

millones de dólares -cifra "record" respecto al comercio bilateral con cualquier país-. El déficit comercial total fue de 120,900 millones de dólares.

Si el déficit comercial no era suficiente, el déficit fiscal resulta abrumador. En 1989 se registró un déficit de 161 mil millones de dólares, incrementándose para 1991 a más de 300 mil millones.

Además, se produjo un decrecimiento en la inversión extranjera del 49.8% en un año: En 1989 era de 70,600 millones de dólares y para 1990 de 37,200 millones de dólares.

A su vez, los subsidios y el proteccionismo condujeron a una crisis de sobreproducción agropecuaria, con pérdidas anuales de hasta 500 millones de dólares.

En el ámbito interno, se ha incrementado rápidamente la manifestación de un desequilibrio social, reflejado en altos índices de drogadicción, subconsumo, violencia, subalimentación, deterioro en la salud pública, educación y pobreza.

Esta situación podría describirse de la siguiente forma: El déficit comercial con Japón y Alemania se ha derivado de una crisis sectorial de la producción. Estados Unidos ha protegido sectores cuya producción se ha rezagado o presenta problemas de productividad y competitividad; pero, debido al estancamiento científico-tecnológico en áreas de constante innovación, requiere de la importación de bienes procedentes de estos países. De tal modo, las prácticas proteccionistas no funcionan del todo y la penetración comercial resulta indispensable para la producción local. La necesidad de

abastecimiento de bienes de alta tecnología para el sostenimiento de una industria poco competitiva, se ha traducido en dependencia sectorial de la producción, además de contribuir a la deuda y el déficit de balanza de pagos.

En suma, la problemática de Estados Unidos se centra en su situación económica interna. Mientras no se lleve a efecto un saneamiento adecuado de las estructuras económicas internas mediante la adopción de medidas de ajuste, resulta imposible abatir el proceso de estancamiento frente al potencial financiero y científico-tecnológico del resto de los países desarrollados. Si bien, la crisis de hegemonía no sólo es producto de la pérdida de competitividad respecto a Europa y la Cuenca del Pacífico, la negociación y solución de controversias con estos países -sus tradicionales aliados-, reviste una cuestión medular en el proceso de saneamiento de los males que aquejan la crisis hegemónica norteamericana.

3.1. La administración de George Bush: la política norteamericana en el nuevo contexto internacional.

A raíz de la crisis de hegemonía en Estados Unidos, se ha visualizado la perspectiva de un cambio en la política norteamericana hacia América Latina. Este cambio se gesta, en primera instancia, como producto del clima general de la posguerra fría: la recomposición institucional de las estructuras de poder mundial.

La administración de George Bush se caracterizó, primordialmente, por la necesidad de resolver el dilema de la crisis a través del ejercicio de una política exterior fuerte, descuidando la situación al interior de la economía norteamericana.

Paradójicamente, los adversarios de Estados Unidos en la actualidad son sus tradicionales aliados. El ámbito de las relaciones económicas constituye el escenario de conflicto, donde la reproducción ideológica de la política de intervención norteamericana debe realizarse de otra forma. La búsqueda de nuevos canales de negociación política, permite señalar que Estados Unidos debe acceder a un mundo donde la hegemonía unilateral es imposible y el liderazgo compartido la opción más viable.

La contraposición entre los objetivos de la política exterior con Reagan y las exigencias derivadas de la transformación de la realidad con Bush, demandaron a la reestructuración política-estratégica y militar, en un clima de grandes tensiones mundiales e inestabilidad debido a la prioridad

económica en la nueva política. Qué hacer con la industria de guerra, con la movilidad del aparato militar fuera de sus fronteras, con la necesidad de revertir el proceso de la carrera armamentista en beneficio de un aparato productivo adecuado a los imperativos del desarrollo científico-tecnológico.

Ciertamente, la determinación de Bush por resolver esta situación, generó un clima general de incertidumbre e inestabilidad mundial. La sociedad internacional ha resultado ser muy dispersa, ambigua y difícilmente manejable.

Europa centró su lucha en la cristalización del proyecto de integración económica, aún en contra de los resabios arrojados por la guerra fría (los casos de Europa oriental y la reunificación alemana). Alemania se erige como la nación más próspera y recupera su importancia político-estratégica como gran potencia. La lucha en el viejo continente es difícil, debido a la disparidad en los intereses de los países más industrializados, producto de la ruptura de la bipolaridad y de la unión alemana. Ante ésto, Estados Unidos no puede ejercer una política decisiva.

Por su parte, Japón comienza a tener serios problemas económicos internos, derivados en gran medida de la institucionalización caduca de las estructuras financieras, comerciales y monetarias internacionales. No obstante, ejerce presión en la pugna con Estados Unidos para que establezca políticas de ajuste fiscal y monetario, y con ello poder amortiguar los efectos de su política proteccionista en el ámbito comercial.

Los procesos de integración económica en el pacífico y en Europa apuntan hacia una sociedad post-industrial. En este proceso, Estados Unidos se ha quedado a la zaga, y las

expectativas de desarrollo económico interno y regional, aún distan de competir con el potencial alemán, japonés y, en general, con la globalización de la economía internacional.

Sin embargo, la necesidad de reconversión de una economía de guerra a una economía de mercado, permitió a Bush aprovechar las instituciones internacionales en su favor, antes que el proceso de transformación de las estructuras de poder rebasaran por completo las expectativas de recuperación. De esta premisa, se ha derivado el discurso de la liberalización y apertura económica en la concepción de una América unida.

La política internacional de Bush, se respaldó bajo su concepción de la imposibilidad de otra potencia capaz de asumir el papel de Estados Unidos en el mundo. Aunque, la situación internacional requería de una "tutela" más seria, objetiva y realista de su administración.

La guerra económica no sólo se ha situado con respecto a la comunidad europea, con Alemania al frente, con la Cuenca del Pacífico y Japón, también abarca otros países potencialmente "beligerantes". Se encuentra China con más de 1,150 millones de habitantes, superior al mercado de la Comunidad Europea de apenas 350, y al pretendido por la formación de una zona de libre comercio en Norteamérica de más de 400 millones. Además, la ex-Unión Soviética y los países de Europa oriental también han mostrado gran interés por integrarse a la competencia mundial. Por su parte, los países subdesarrollados de América Latina, Asia, y algunos en África, también se manifiestan deseosos de incluirse en el contexto de la globalización. Aunque en estos países se proyecte un escenario de genocidio económico, ecocidio y

extrema desigualdad, juegan un papel preponderante en el escenario mundial.

La guerra económica se manifiesta en la actualidad de tres formas: a) guerra comercial, b) guerra financiera y, c) guerra científico tecnológica.² En los tres rangos, Estados Unidos se encuentra a la zaga. Si bien, la administración Bush ha establecido un cambio en los lineamientos de la política exterior, sobre todo en el discurso, tratándose de la política interna parece no haberle preocupado mucho la decadencia económica, que ya no constituye únicamente un problema económico interno. Las prácticas proteccionistas, el gasto federal, el endeudamiento, el atraso científico tecnológico, el refinanciamiento del aparato militar, fincan una política altamente contradictoria en el ámbito de la guerra económica y crean una situación interna adversa.

La guerra en el Golfo Pérsico demostró que Estados Unidos no ha pretendido buscar un verdadero reajuste de su política de desarrollo militar. En esa guerra, Bush aceleró las contradicciones existentes en su política: en virtud del dominio de la zona petrolera, de la manipulación de los medios de comunicación, del ejercicio del poderío militar y de su influencia persuasiva en occidente, entre un sinnúmero de factores.

La administración Bush no reconoció debilidad a pesar de la recesión y el estancamiento, reflejándose en pérdida de credibilidad, hasta de su propia nación. Su principal problema, consistió en su negativa por sanear algunos de los rubros más

2.- Saxe-Fernández, John. "América Latina-Estados Unidos en la posguerra fría: Apuntes estratégicos preliminares." Problemas del desarrollo, Vol. XXIII, julio-septiembre de 1992, pp. 135-180.

credibilidad, hasta de su propia nación. Su principal problema, consistió en su negativa por sanear algunos de los rubros más importantes de la economía. Su creencia de mantener un liderazgo mundial basado en las viejas estructuras de poder conquistadas después de la segunda guerra mundial, resultó ser una visión poco intuitiva. Es difícil pensar que el hecho de mantener una política rígida, en combinación con una América servil, incondicional, adecuado a las exigencias económicas de Estados Unidos, condujese a la preservación de la hegemonía, debido a la imposibilidad de convencer al resto de los países industrializados por pactar una alianza que solape el estancamiento económico.

En este contexto, es necesario afirmar que la visualización un cambio en las relaciones bilaterales no deriva de una propuesta hecha por una administración gubernamental, sino de una realidad que exige transformarse.

3.2. El nuevo papel de América Latina.

Resulta delicado y hasta cierto punto pretencioso concebir, todavía, la visualización de un proceso de transformación cualitativa en las relaciones económicas entre Estados Unidos y América Latina. Pero no se puede negar, la manifestación de varios elementos de análisis para considerar la asignación, casi ineludible, de un nuevo papel para la región delegado por la administración Bush.

En primer término, es necesario establecer tres elementos que interactúan contradictoriamente en el escenario de la posguerra fría, puntales para el desarrollo de la política norteamericana en el continente. Estos son: a) La revaloración de los principios de política exterior hacia América Latina (doctrina Monroe) en un nuevo contexto, b) La existencia de una crisis económica interna que involucra todos los aspectos del interés y la seguridad nacionales, respecto a la posición que tradicionalmente ha ostentado Estados Unidos en el mundo capitalista, y c) La cristalización de una guerra económica abierta que abarca de manera global a todo el mundo, sin exclusión ni distinción, en forma bilatera! y regional.

Ante este panorama, el diseño de la política exterior norteamericana en la búsqueda de crear una América funcional para salvaguardar los intereses norteamericanos en un mundo disperso y cambiante, ha requerido un cambio en el tratamiento de las relaciones económicas difícil de cuantificar.

Por más de 20 años, el capitalismo mundial ha sufrido los efectos de la crisis más prolongada que ha tenido. Esta crisis fue originada en los países desarrollados, principalmente en

Estados Unidos, y ha sido transferida en gran medida hacia los países subdesarrollados, particularmente nos interesa el caso de América Latina. Es una crisis que abarca todos los ámbitos y sectores de la producción mundial, destacándose: los ámbitos financiero y ecológico, el sector de la producción agropecuaria, especialmente la alimenticia, la crisis energética, y el deterioro social.³

Sin duda, la disyuntiva principal en el análisis de esta problemática deriva de la contraposición entre el interés nacional de los países desarrollados y la necesidad de establecer mecanismos reales que promuevan una salida a la crisis, mediante la reducción de la desigualdad, la asimetría y la dependencia económica que fortalezcan una interdependencia más equilibrada. Sin embargo, a pesar de ello, la situación general se desenvuelve en una guerra económica donde Estados Unidos no pretende ceder.

En primera instancia, la política norteamericana hacia el continente se concibe en el mismo sentido que se ha conducido Estados Unidos desde sus inicios, la percepción de un cambio se establece en la forma de plantearlo y en las exigencias de un modelo de dominación que necesita ser reestructurado, en la necesidad de atrincherar un campo de acción frente al resto del mundo. Interés basado en la penetración económica total sustentada por la desigualdad, en la obtención del dominio completo sobre los recursos naturales (minerales y energéticos), la petroquímica, las manufacturas y la promoción

3.- John Saxe-Fernández, op.cit., pp. 135-150.

del consumo de productos norteamericanos. Para ello, la política económica es reforzada por la centralización absoluta del poder económico, en la desintegración de las economías latinoamericanas por readaptarlas a la economía norteamericana. Pues bien, en primera instancia, el cambio en esta política hacia América Latina debe manejarse cuidadosamente, bajo la siguiente premisa: "El desarrollo conquistado por Estados Unidos a través del proceso histórico que lo colocó a la cabeza del sistema, ha sido posible gracias a la consolidación y preservación de sus principios fundamentales de política exterior, que le han dado siempre un valor estricto e inalienable a su concepción del mundo y del poder".* En este sentido, cualquier cambio o giro en la política internacional norteamericana debe regirse y conducirse en función de estos principios.

De tal manera, la concepción de un cambio en el papel de América Latina como zona de influencia natural, se debe analizar desde la óptica de transformación de la realidad internacional. Cuestión que condiciona la reestructuración de una política susceptible de ser funcional en una realidad diferente a la anterior. Con ello, la política norteamericana se renueva de ser "América para los americanos", "la zona de influencia natural", "el patio trasero", hacia el neomonroísmo: "La Iniciativa para las Américas" y "la zona hemisférica de libre comercio".⁴ Así la situación cambia indiscutiblemente, pero los

* Aquellos principios asentados en la primera parte de este estudio, referentes a la naturaleza y contenido de la política exterior: el destino manifiesto, doctrina Monroe, etc...

4.- Saxe-Fernández, John. "Doctrina Monroe, el Corolario Bush", Excelsior, 9 de enero de 1990.

principios y valores de Estados Unidos no cambian, solamente se transforman.

Es importante señalar, entonces, el sentido general de la concepción de Bush en la creación de una zona hemisférica de libre comercio, unida por la defensa de un "interés común", para enfrentar la guerra económica e incorporarse en la dinámica de la economía mundial actual. Propuesta que se manifiesta a través de la Iniciativa para las Américas, de donde se derivan, en gran parte, una serie de elementos para el tratamiento de los principales problemas de las economías latinoamericanas que obstaculizan la readaptación económica en la nueva complementariedad, tales como: la deuda externa, las inversiones, las instituciones y las políticas gubernamentales.

La coincidencia de analistas especializados en este asunto, consideran que el TLC entre Estados Unidos, Canadá y México constituye la piedra angular del proyecto de Iniciativa para las Américas, en la definición del "nuevo espacio vital", en la actual división del mundo en bloques de poder económico. En la guerra económica, el comercio inter-bloques no sólo se rige por las fuerzas económicas sustentadas en las unidades eficientes de la producción, sino, principalmente, por los intereses existentes en los monopolios y oligopolios protegidos por cada Estado. Cada bloque económico está encabezado por un hegemón, manifestándose una doble disputa: por una parte, al interior de cada bloque económico y, por la otra, entre los propios hegemones.⁵

5.- Ibidem, pp. 139-143.

Así, el TLC de Norteamérica representó para Bush el enlace hacia América Latina a través de México (con la cooperación y aprobación de Canadá), en su búsqueda por ejercer el liderazgo del continente y poder constituirse como el bloque con mayor potencial económico en un futuro. No obstante, la naturaleza de la crisis económica de ambas partes -Estados Unidos y América Latina- representa un factor distractor constante en la definición y constitución de este bloque. Para ello, Bush promovió una serie de elementos que sirviesen de paliativo en el corto plazo y permitiesen la viabilidad de su proyecto hegemónico continental. Paradójicamente, los gobiernos de los países latinoamericanos (México, Venezuela, Argentina, entre los principales) se han mostrado entusiastas ante esta propuesta.

Quizá, una negativa de los países latinoamericanos ante la Iniciativa de Bush, pudiese haber implicado la adopción de los mecanismos acostumbrados de coersión política, económica y militar. La invasión de Bush a Panamá a finales de 1990, anunciada como un "acto judicial interno", manifestó claramente la intención de Estados Unidos por establecer un proyecto de unión continental, bajo la adopción de un interés previamente definido. Habría que sumar, el deseo de Bush por hacer de América Latina una zona geopolítica y militar renovada, con la inclusión de bases militares que promoviesen la institucionalización de gobiernos "ad-hoc" con la política exterior norteamericana. Una estrategia de maniobra política vital para el fortalecimiento de la IPA.

Para Bush, el acuerdo de libre comercio con México representa un paso definitivo en la estrategia para hacer de América una zona hemisférica de libre comercio. Se promueve a México como el "modelo" a seguir por el resto de los países

latinoamericanos. Si se considera que la diferencia entre el desarrollo de la economía mexicana respecto a la norteamericana es más de 200 veces menor, el modelo mexicano es bienvenido al esquema de Bush.

Para Estados Unidos, la situación mundial resultó inestable, adversa y precaria; pero a nivel continental fue promisorio y ventajoso, susceptible de adecuarse a un nuevo modelo de dominación vertical, en vísperas de un nuevo orden mundial. En el modelo de la posguerra, América Latina constituía una zona prioritaria, geopolítica y estratégica en la pugna este-oeste; en el nuevo modelo, debe representar una zona de primera necesidad geo-económica y político-estratégica, indispensable para combatir la crisis económica interna, para enfrentar la guerra económica y dominarla, y para salvaguardar su interés nacional en la preservación de su hegemonía mundial.

3.2.1. América Latina y la ruptura del mundo bipolar.

La caída del mundo bipolar trajo consigo una serie de factores desestabilizadores del Sistema en todas las esferas y ámbitos de las relaciones internacionales. Como ya hemos expuesto, el surgimiento de un nuevo contexto internacional a raíz de esta ruptura, condujo a la crisis de la hegemonía norteamericana y a la necesidad de optar por nuevos mecanismos de acción.

La supervivencia comprobada del capitalismo frente al socialismo instaurado en la ex-Unión Soviética y el bloque oriental*, eliminó la posibilidad de buscar alternativas de desarrollo fuera de la competencia capitalista. Sobre todo, para aquellos países subdesarrollados quienes, por la propia naturaleza de sus crisis económicas, pudiesen optar por transformar su realidad en función de un modelo socialista.

De tal modo, la ruptura del mundo bipolar que dió lugar a la creciente guerra económica mundial, encarnizada hacia los países subdesarrollados, eliminó las expectativas de los países latinoamericanos por sacudirse el yugo norteamericano y acceder a la lucha revolucionaria. Como ha sido el sentir de mucha gente en América Latina desde la revolución cubana hasta nuestros días.

La ruptura del mundo bipolar redujo las opciones de lucha antimperialista en América Latina, la lucha revolucionaria se ha reducido hacia la búsqueda de supervivencia económica. Con ello, resurgen gobiernos interesados por pactar alianzas con Estados Unidos. Quizá, la respuesta tan favorable de la

* Sin contar con China y Cuba que merecen una mención aparte.

mayoría de estos gobiernos, se debe a su reconocimiento de la nueva realidad mundial en combinación con el deterioro económico. Sin embargo, el acercamiento entre los gobiernos latinoamericanos hacia Estados Unidos no debe entenderse como una iniciativa propia, al contrario, el gobierno norteamericano durante la administración Bush, resultó ser el conductor y promotor de una nueva relación bilateral, a partir, naturalmente, de la ruptura del mundo bipolar.

Con esta ruptura del modelo de dominación hegemónica para Estados Unidos, no se fracturó el modelo de dominación en América Latina basado en relaciones de dependencia, apuntaladas por el supuesto básico de esta "influencia natural". Si bien, se manifestó una crisis hegemónica generalizada, no demeritó el contenido esencial de dominación económica hacia la región latinoamericana, aunque sí demandó la reestructuración del modelo de dominación en virtud un nuevo contexto internacional.

Durante la guerra fría, el dominio norteamericano hacia América Latina se caracterizó por el uso constante -y en algunos casos indiscriminado- de la fuerza militar y la penetración económica. Debido a la existencia del "fantasma comunista" que rondaba en algunos países latinoamericanos, además de la necesidad de explotación de los recursos naturales existentes necesarios para el proceso de acumulación. En más de un caso, la "variable socialista" permitió a Estados Unidos hacer uso de una política altamente intervencionista, dándose un clima general de supra-subordinación, promotor del subdesarrollo y la crisis económica en América Latina. Con la ruptura del mundo bipolar, el proceso de dominación establecido durante la guerra fría, llegó a un límite donde la reproducción de la política de poder debía practicarse de manera distinta.

La mayoría de estos gobiernos, se debe a su reconocimiento de la nueva realidad mundial en combinación con el ruptura que permitió la caída del viejo orden mundial y, por consiguiente, la existencia de nuevas condiciones: de cambios y transformación de la realidad, principalmente para Estados Unidos. La ruptura del mundo bipolar fue producto de una serie de contradicciones propias del Sistema de la posguerra, con las presiones de un mundo multipolar que reclamaba una salida a la crisis de un sistema en transición hacia un nuevo orden mundial más equilibrado. En consecuencia, ninguna otra zona en el mundo representa tanto para Estados Unidos como América Latina. Por ello, la administración Bush ha considerado al continente como la base de su política económica internacional.

En suma, es necesario considerar que la solución de la crisis económica norteamericana no puede ser subvencionada, por completo, con la subordinación total de América Latina, debido a los siguientes factores:

a) América Latina atraviesa por una severa crisis estructural que imposibilita una inserción óptima de su economía a la guerra económica mundial. Estados Unidos necesita fomentar la creación de nuevas estructuras de complementariedad económica con la zona, bajo las exigencias de una nueva reindustrialización interna hacia una economía "post-industrial", si pretende dominar la competencia mundial.

b) El viejo discurso ya no sirve en la actualidad, se necesita modernizar la relación político-estratégica en el cambio hacia el "neomonroísmo".

c) La crisis económica interna norteamericana constituye un factor desestabilizador de la política de poder. El juego entre la política interna y externa debe hacerse en una forma equilibrada y sensata.*

* En este punto es donde la administración Bush encontró su talón de Aquiles.

3.2.2. La propuesta de la Iniciativa para las Américas.

Quizá, desde la aparición de la doctrina Monroe, el gobierno norteamericano no se pronunciaba en la forma como Bush presentó la Iniciativa para las Américas (IPA).

La IPA, constituye un giro para el tratamiento de las relaciones económicas bilaterales en la política exterior norteamericana hacia América Latina. Esto, con la finalidad de atender: el ámbito comercial, la deuda externa latinoamericana y las inversiones, sin descuidar, según el desplegado, el aspecto de la ecología.

Curiosamente, en la época de la doctrina Monroe como en la actualidad, el ámbito económico ha resultado ser la situación medular en las declaraciones del gobierno norteamericano hacia la región. En aquella etapa, el continente se convirtió en la zona de influencia natural de Estados Unidos, y en la actualidad, después de tanto tiempo de cultivar esa "influencia natural" que ha rendido tan buenos frutos para el desarrollo norteamericano, América Latina adquiere una nueva connotación en un nuevo proyecto.

La IPA fue presentada por George Bush el 21 de junio de 1990, mediante la elaboración de un bosquejo general de la situación económica bilateral, sobre todo de su primer año de gobierno. Algunos de los indicadores económicos más importantes contemplados por la Iniciativa, arrojaron los siguientes resultados.

En primer término, se expuso la situación de la economía interna norteamericana en el año de 1990: El PIB registró una

caída del 2.6%, las exportaciones crecieron apenas al 2.5% cuestión que contribuyó al déficit de balanza de pagos, registrándose un déficit de 169 mil millones de dólares incapaz de ser subvencionado por la reserva federal de apenas 64 mil millones de dólares. Además, se registró un déficit comercial superior a 125 mil millones de dólares y, curiosamente, se registró un déficit de 10 mil millones de dólares con América Latina. Esto propició una tasa de inflación del 6.2% y una de desempleo del 7%.⁶

La situación de las relaciones económicas bilaterales también resultó ser precaria para Estados Unidos. En el primer año de la administración Bush en la presidencia (1989), se produjo un incremento de 7 millones de dólares de importaciones procedentes de América Latina, registrándose una tasa anual de crecimiento de 12.2%, superior a la tasa de crecimiento de las exportaciones del 11.7%.⁷ Aún cuando el comercio con la zona sólo representase el 15% del comercio total.

El ámbito de las relaciones comerciales que describe la propuesta, se presentó de la siguiente forma:

-Respecto a las importaciones totales de Estados Unidos procedentes de América Latina, el 55% correspondió al renglón de manufacturas, el 25% a los energéticos (que representaba el

6.- Véase: SELA, "La Iniciativa para las Américas en el contexto de las relaciones de América Latina y el Caribe con los Estados Unidos", Reunión de Consulta en Caracas, Venezuela., 22-24 de abril de 1991, pp. 1-9.

7.- *Ibidem*, pp. 9 y 10.

26.8% de las importaciones totales del suministro), el 14% a los productos básicos, y el resto a otros productos.⁸

-En relación a las exportaciones, el 80% correspondió a manufacturas, y un porcentaje mínimo a bienes de capital. Esto se debe a los problemas de competitividad de la industria norteamericana de bienes de consumo durables respecto a la Cuenca del Pacífico, Alemania y otros países europeos.

Esta situación demuestra la importancia del comercio de energéticos y manufacturas; donde es necesario establecer programas de desarrollo científico-tecnológico para una inserción más provechosa en el comercio mundial. Hay que considerar la importancia del abastecimiento de ambos rubros para el desarrollo de la industria local norteamericana, rezagada en relación a la industrialización de punta necesaria para conquistar el liderazgo económico.

Ahora bien, otro aspecto de la propuesta fue el relativo al problema de la deuda externa. El endeudamiento progresivo e irreversible de los países latinoamericanos constituye un obstáculo para el desarrollo de programas económicos, debido a la necesidad de destinar la mayor parte de sus recursos en el pago de la deuda externa. Para Estados Unidos, el tratamiento del problema de la deuda deberá ser tratado conforme a los programas de ajuste y cooperación pactados con el BID, el BM y el FMI; en la contratación de reducción de capital y afluencia de recursos necesarios para el financiamiento de estos programas. La deuda no debe constituir un obstáculo para el desarrollo de la nueva complementariedad económica.

8.- Ibid, pág. 11.

Según el despliegado de la Iniciativa, la deuda latinoamericana ascendía a 432 mil millones de dólares, de la cual 100 mil millones corresponden a deuda contratada con Estados Unidos. La propuesta consideró necesario, en primera instancia, la reducción de 12 mil millones, 6,800 millones de deuda concesional y 5,200 millones de deuda comercial.⁹

En su presentación, la Iniciativa se quedó muy por debajo de las expectativas reales de contrarrestar el problema de la deuda. Si bien propone la reducción y la aportación de recursos frescos, no atiende la situación de elegibilidad en la selección de los acuerdos con los países, sin contar con el asunto de la condicionalidad para la celebración de estos acuerdos; factores que representan una carga igual al pago por servicio de deuda vieja. Los programas son altamente restringidos y los criterios de selección marginan a los países más pobres, quienes no tienen acceso al proceso de recuperación.

A ésto, la IPA añade el problema del desequilibrio ecológico existente en el medio ambiente. Se presentó la "Ley de Equidad Comercial y Protección al Ambiente Global", apoyada en programas destinados al canje de deuda comercial, en beneficio de la lucha contra la contaminación y la prevención de ésta, además de establecer sanciones a los países que no observen las normas de protección ambiental.

Por otra parte, respecto a las inversiones, América Latina, ha sido la zona económica con menor índice en la captación de inversiones -sin contar África-: para 1989 la IED fue del del total mundial, un monto de 14,400 millones de dólares.¹⁰

9.- Ibid, pág. 14.

10.-Ibid, pág. 18.

A pesar de la acelerada internacionalización del capital, las inversiones en América Latina sólo ascienden a una tasa de crecimiento de 300 millones de dólares en promedio anual. Aún, cuando los programas de liberalización y apertura, seguidos por la privatización de empresas y entrada de capital extranjero a industrias paraestatales, el comportamiento de las inversiones no ha podido representar un repunte considerable.

En suma, el proyecto general de la IPA en atención a las posibles salidas a la compleja problemática de la agenda de asuntos bilaterales, se resume de la siguiente forma:

Respecto al comercio, encontramos el problema de las barreras proteccionistas norteamericanas a la libre importación de productos latinoamericanos, producto de la pérdida de competitividad, en contraposición con la necesidad de asegurar la importación de energéticos y materias primas estratégicas. Cuestión que se refleja en pérdida de terreno en el comercio con América Latina. La administración de George Bush, no estableció la necesidad de adoptar medidas de ajuste en su propia economía que permitiesen el acceso a una complementariedad económica óptima. Esto constituye, aún, un obstáculo para el desarrollo real de una zona hemisférica de libre comercio que corresponda a la dinámica económica mundial.

Respecto a la deuda externa, el panorama es aún más problemático, el plan Brady no resuelve -por mucho- los problemas estructurales del proceso de endeudamiento. Aunque ésto no sea de interés norteamericano, la necesidad de regenerar este proceso en virtud de una nueva relación económica, resulta un elemento determinante para el desarrollo adecuado de la IPA.

Respecto a las inversiones, el problema de la competencia con capitales japoneses y europeos constituye un obstáculo que resta poder a la intención norteamericana de crear una zona de contrapeso.

La propuesta de la Iniciativa para las Américas fue aprobada por Argentina, Bolivia, Brasil, Costa Rica, Chile, Ecuador, Jamaica, México, Paraguay, Perú, Uruguay y Venezuela, en octubre de 1990 en el seno del Grupo de Río en la "Declaración de Caracas". Se consideró como un mecanismo de concertación política, en la búsqueda de puntos de coincidencia para la negociación.

Esta respuesta tuvo un seguimiento importante, elaborándose un Foro de Consulta en el seno del SELA en abril de 1991, con la participación de Estados Unidos y Canadá. Los países latinoamericanos se mostraron consecuentes a la evolución conjunta de lineamientos de la IPA:

Política Comercial: La aprobación generalizada del "fast track" en las negociaciones de los acuerdos comerciales, conduce a la manifestación de un proceso acelerado de negociación mediante la aprobación expedita de los gobiernos involucrados, con vigencia al 1 de junio de 1993 bajo la aplicación de 8 criterios:¹¹

- 1.- Pugnar por la eliminación de aranceles.
- 2.- Remoción progresiva de las barreras arancelarias.

11.- SELA: "La Iniciativa para las Américas: Evolución y perspectivas", Revista de Comercio Exterior, Vol. 42, Núm. 3, marzo de 1992, pp. 237 y 238.

- 3.- Abarcar el sector servicios en las negociaciones.
- 4.- Normatividad para promover las inversiones.
- 5.- Establecer un mecanismo común para la solución de diferencias.
- 6.- Protección de los derechos de propiedad intelectual.
- 7.- Regular apropiadamente el comercio de productos y recursos naturales.
- 8.- Establecer una reglamentación sobre el control hacia las restricciones respecto a los problemas de balanza de pagos.

Para respetar estos criterios, Estados Unidos sólo suscribiría acuerdos comerciales con los países que tuviesen la capacidad estatal e institucional para establecer, promover y asegurar el libre comercio. Además, se establecieron criterios particulares de acuerdo a la magnitud del mercado y nivel subregional con que cuente cada país.

Política Crediticia: Este renglón generó problemas de evolución debido a la contravención de intereses entre el proyecto presentado por George Bush y el Congreso norteamericano, respecto a la reducción progresiva del débito latinoamericano. Los demócratas han asegurado que la administración Bush mostró una excesiva preocupación por la política exterior en detrimento de la política económica interna. Estas presiones parlamentarias mantuvieron un clima de incertidumbre y expectativa respecto al tratamiento de la deuda a través de la IPA. Solamente se han suscrito acuerdos con Chile, Bolivia y

Jamaica; producto de una facultad discrecional del ejecutivo legada por un órgano legislativo interno.

Inversiones: Se ha promovido la creación de un Fondo Multilateral de Inversiones, con la ayuda de Japón y la CEE, para el financiamiento de 1,500 millones de dólares entre 1992-97. Sin embargo, la CEE no ha respondido en forma satisfactoria debido a su necesidad por atender otros aspectos que resultan más provechosos en su cartera crediticia. Si Estados Unidos pretende establecer un programa de apoyo en las inversiones hacia América Latina, tendrá que llevar a cabo un financiamiento casi unilateral, apoyado con créditos japoneses y canadienses. Después de todo, ya ha perdido el liderazgo en las inversiones mundiales y la CEE no está dispuesta a resolver este problema.

No obstante, México, Venezuela, Argentina y Brasil han decidido aportar recursos al Fondo Multilateral de Inversiones, como muestra de apoyo a la intención norteamericana de llevar a cabo el proyecto.

Medio Ambiente: Respecto a la problemática en el Congreso norteamericano en relación a la reducción de deuda, la coincidencia de posiciones se ha enfocado en atención a programas protectores del ecosistema a cambio del tratamiento de la deuda comercial. Para ello, se ha instituido la Junta Ambiental para las Américas.

En general, la IPA no ha logrado avanzar mucho, pero en cambio, Estados Unidos ha utilizado los medios de gestión posibles en beneficio propio. La adopción de las medidas antes mencionadas, ha contribuido al fortalecimiento de los lazos de cooperación y dependencia de América Latina, pilares del

desarrollo de la política de contrapeso y confrontación interimperialista. Esto se ha podido comprobar en los foros mundiales de negociación económica, por ejemplo, los lineamientos de la IPA ya se han manifestado en la Ronda Uruguay, en la cual Estados Unidos ha mostrado su propósito de crear un frente común americano en el comercio de productos agrícolas, energéticos y manufacturas.

3.2.3. La deuda externa de América Latina.

Durante la década de los años setenta, los programas de desarrollo estabilizador adoptados por la mayoría de los países latinoamericanos habían fracasado, produciéndose una severa crisis que desembocaría en la concepción teórica de la dependencia económica.

A raíz del desarrollo trunco en América Latina,¹² se fue incrementando la necesidad de adquirir fuentes de financiamiento procedentes del exterior, principalmente de Estados Unidos, necesarios para combatir la crisis de sus economías, generándose un proceso de endeudamiento crónico y progresivo.

Más tarde durante los años ochenta, la deuda externa se convirtió en un obstáculo real para el crecimiento económico: Tan sólo por concepto del pago de servicio de la deuda, América Latina registró una salida de 150 mil millones de dólares que constituía la mitad del monto total de la deuda, sin que ésta se redujese.¹³ El proceso de endeudamiento se tradujo en constantes fugas de capital, distracción del gasto público, intercambio comercial desigual, y desacumulación de capital. Factores que influyeron notablemente para la descapitalización latinoamericana en beneficio, sin duda, de Estados Unidos.

12.- Véase: Fajnzylber, Fernando. La industrialización trunca de América Latina, México, Ed. Nueva Imagen, 1983, pp. 416.

13.- Shatan, Jacobo. "América Latina, Deuda externa ¿Quién debe pagar?", Problemas del Desarrollo, abril-junio de 1989, pp. 115-136.

El Sistema Monetario Internacional instituido en Bretton Woods, contribuyó al establecimiento del proceso de endeudamiento. Mientras a Estados Unidos le permite financiar el gran déficit de balanza de pagos a través de sus propios dólares, sin la necesidad de establecer políticas de ajuste condicionadas por el FMI, debido a que cuenta con el 18.5% de los votos del organismo, y además tiene derecho a veto. América Latina es presionada para adoptar esas políticas, acceder a los criterios de condicionalidad, y pago excesivo de intereses, sin que ello reduzca su débito en capital.¹⁴

Curiosamente, Estados Unidos ha manifestado, unilateralmente, la necesidad de atender el problema de la deuda externa latinoamericana, por medio de propuestas elaboradas por el Departamento del Tesoro, primero con el plan Baker y después con un supuesto renovado plan Brady.¹⁵

Indudablemente, el interés de Estados Unidos por establecer un cambio en su política crediticia hacia América Latina, no deriva de la adopción de medidas de ajuste económico interno que consolide un proyecto global adecuado. Por ello, el tratamiento de la deuda externa latinoamericana también resulta contradictorio, escueto y tendencioso.

El 10 de marzo de 1989, Nicholas Brady, Secretario del Tesoro, anunció la propuesta de un plan para el tratamiento de la deuda externa de América Latina, con la peculiaridad de proponer mecanismos en la reducción del capital, y renovación

14.- Jacobo Shatan, *op cit*, pp. 9-27.

15.- Véase: Cepal, "Evolución del problema de la deuda externa en América Latina y el Caribe", México, 1988, Núm. 72.

del servicio por pago de la misma, en función del menú de opciones de mercado.¹⁶ Factor que promovía, también, la inserción de la banca comercial latinoamericana en un nuevo esquema de operaciones financieras y comerciales, necesaria para fomentar los programas de liberalización económica.

El plan Brady, presentado por la administración Bush para el tratamiento de la deuda externa, consta de tres puntos principales.¹⁷

- a) Asignar recursos públicos a los programas de reducción de deuda, a través del FMI y BM, principalmente.
- b) Evitar los criterios de condicionalidad del FMI mientras se llevan a efecto los programas de ajuste.
- c) Colaboración de los países acreedores para el fomento de los mecanismos reductores de la deuda.

La propuesta de Brady sería respaldada por la banca acreedora, en la renegociación de la deuda con aquellos países latinoamericanos capaces de establecer programas de ajuste "serios y coherentes". Para ello, los gobiernos latinoamericanos debían manifestar su obligación de orientar un clima político institucional propicio para el cumplimiento de este programa. El apoyo económico inicial sería 30 mil millones de recursos líquidos y frescos de capital.

16.- Nicholas Brady, "A Reexamination of the Debt Strategy", Third World Debt, Washington, Ed. Fried Philip Trezise, 1989, Brooking Institution, pp. 69-76.

17.- SELA, op.cit., pp. 295 y 296.

Las negociaciones respecto a la reducción de la deuda deberían ser tratados en forma bilateral, a través de diversos métodos opcionales y adecuados para cada caso, ya fuese por bonos de deuda canjeables con tasa de interés bajas, o reconversión de deuda vieja por nueva mediante la recompra, pero siempre bajo los lineamientos del FMI en su deseo por fomentar los programas de ajuste, necesarios para la efectividad del planteamiento global.

Si bien, el plan Brady carecía de un método preestablecido, y también de ciertos principios básicos de negociación, se articulaba perfectamente a la política económica de Bush, en su interés por establecer un nuevo clima político para las relaciones financieras bilaterales. En consecuencia, para julio de 1989 se firmó un acuerdo con México y, a finales de septiembre, otro con Costa Rica, aunque no pudieron concretarse otros acuerdos igualmente favorables con otros países.

Los resultados de las negociaciones con ambos países fueron distintos entre sí, comprobándose que el plan Brady constituía más una propuesta política de "adoctrinamiento" económico respecto al problema de la deuda externa, que un verdadero programa operativo de reducción de deuda.

El acuerdo elaborado con México permitió el canje de parte de la deuda vieja por deuda nueva, mediante la conversión y descuento del principal e intereses. A finales de 1988, la deuda mexicana ascendía a 100 mil millones de dólares, de los cuáles 48 mil fueron negociados a través de bonos rendibles a 30 años, con una tasa de interés fija menor a la comercial, apoyada por la aportación de dinero fresco en nuevos préstamos, equivalente al 25% del total de la deuda pagaderos

en 15 años con 7 años de gracia.¹⁸ También, abría la posibilidad de conversión de deuda por 3,500 millones de dólares, implantando criterios de condicionalidad: la privatización de empresas públicas, y con el soporte de los ingresos procedentes de las exportaciones petroleras. La deuda quedó distribuida así: el 47% se reestructuró mediante la reducción de la tasa de interés fija del 6.25%; el 41% quedó redocumentada con reducción del principal; y un 12% con la inclusión de nuevos préstamos.*

En realidad, el monto nominal de la deuda no se redujo considerablemente, pero la forma de transferir recursos al exterior por pago del servicio de la deuda se modificó favorablemente. En 1983-88 la transferencia de recursos por este conducto fue del 5.5% del PIB, y con la negociación pactada permitiría la reducción de un 2%.

Sin embargo, este comportamiento depende de la funcionalidad del programa de recuperación económica. Si la política "neoliberal" se traduce en un crecimiento sostenido de las inversiones, exportaciones y producción interna, es posible que la transferencia de recursos por concepto del servicio de la deuda se revierta en beneficio propio, mediante la creación de un ahorro interno.

18.- Ibidem, pág. 297.

* Los criterios eran: a) Recompra de deuda en efectivo, o reducción de la tasa de interés, b) Conversión de deuda vieja por nueva con plazos más largos y con una tasa fija, c) Sustitución de deuda por inversión de acuerdo a las necesidades de producción y exportación nacionales. Conforme a estos criterios, se manejaron las opciones de negociación del total de la deuda reestructurada dividiéndola en partes y porcentajes específicos.

Por otra parte, la negociación con Costa Rica permitió la recompra de casi el 60% de la deuda existente, convirtiéndola en deuda reestructurada. Este caso se diferencia al de México debido a que el tratamiento de la deuda resulta menos complicado. Costa Rica no es una nación excesivamente endeudada y la mayor parte de su deuda fue refinanciada por el programa de reestructuración. Su deuda es de menos de 5 mil millones de dólares.

Por un lado, se ha manifestado la necesidad de establecer un marco institucional diferente para el FMI, en virtud de los problemas estructurales de las relaciones financieras y monetarias internacionales. Esta problemática se ha dejado sentir en la propuesta norteamericana para el tratamiento de la deuda externa, al convocar a la unión de la banca comercial y los organismos acreedores en la promoción de una política estabilizadora. Pues, el endeudamiento progresivo de los países latinoamericanos constituye un obstáculo para el desarrollo funcional de la nueva política económica. Esto no significa que el proceso se revierta en perjuicio de los acreedores, sino en la necesidad de ejercer un control político de los problemas de liquidez, de balanza de pagos, de política crediticia y demás factores que constituyen parte fundamental para la liberalización y apertura de las economías latinoamericanas, en el engranaje del proyecto económico norteamericano.

La coordinación de políticas bilaterales, ha requerido el refinanciamiento y la negociación de nuevas condiciones para el pago y la reasignación de recursos que amortigüen el peso del endeudamiento excesivo en los países con mayores problemas de ajuste estructural. Sin embargo, el plan Brady no es resultado de una política innovadora, simplemente

constituye un elemento promotor de la reducción de deuda y pago por concepto de intereses, en la creación de recursos útiles para la consolidación de los programas de apertura, ajuste y crecimiento económico en América Latina. Sin resolver, por supuesto, el problema de la dependencia estructural. La situación se podría concebir como un círculo donde la capacidad de pago tiene que derivarse de un crecimiento económico orientado y dirigido por gobiernos promotores del "neoliberalismo" económico. Así las políticas de ajuste permiten la confianza de los inversionistas y propician una penetración económica más profunda generándose mayores ganancias. De otro modo, la desarticulación económica de los países latinoamericanos provocaría la incapacidad de cubrir el pago de la deuda, y generaría inestabilidad política y con ello, la imposibilidad de establecer una readaptación de las economías dependientes en el nuevo proyecto para las Américas.

A finales de 1988, América Latina registraba un débito de 135.6 mil millones de dólares a bancos norteamericanos, con un crecimiento acelerado del 70.6% para seis años. La crisis económica de los años ochenta, condujo a estos países a una situación alarmante, donde las expectativas de crecimiento eran sumamente inciertas. Estados Unidos aprovechó las condiciones de esta crisis para orientar las políticas de los gobiernos latinoamericanos a la nueva situación mundial. Pero debía atender el problema del endeudamiento como un artifice más en su nuevo proyecto económico.

Para finalizar con el asunto de la deuda externa de América Latina, se exponen los montos totales de la deuda contraída con Estados Unidos. Para el año de 1991, la deuda externa de

los países más endeudados fue la siguiente (cifras en millones de dólares):

<u>País</u>	<u>Monto Total</u>
Brasil	111,290
México	95,641
Argentina	64,745
Venezuela	33,144
Perú	19,876
Colombia	16,886

Estos seis países suman 341,582 de los 422,107 millones de dólares del total de la deuda latinoamericana contraída con Estados Unidos.¹⁹

19.- World Debt Tables 1990-91, "Status of Active Foreign Credits of USA Government".

3.2.4. Acuerdos bilaterales y regionales de libre comercio con los países latinoamericanos.

El proyecto económico de Bush sustentado en la definición de una política exterior contundente, plasmado en el proyecto de Iniciativa para las Américas, se apoyó, en gran medida, por la propuesta de liberalización comercial "conjunta", necesaria para la construcción de la zona hemisférica de libre comercio.

Para poder efectuar los objetivos asentados en el proyecto de la IPA: el libre comercio, la renegociación de la deuda externa y el fomento del flujo de inversiones; resultaba indispensable establecer acuerdos inter-gubernamentales que permitieran la coordinación en la adopción de reglas y mecanismos de apertura y liberalización comercial.

El marco para las negociaciones con los países de mayor interés geo-económico resultó ser muy elocuente, debido a la respuesta tan favorable -y en ocasiones inesperada- de los gobiernos latinoamericanos por corresponder a la iniciativa de Estados Unidos para la formación de acuerdos de libre comercio. Si bien, no se pudieron establecer los canales de negociación para la formación de estos acuerdos, el clima resultó ser propicio para ello con la manifestación clara de una apertura política en la región.

Sin embargo, la proyección de estos acuerdos fueron concebidos bajo una problemática muy compleja para ambas partes. El liberalismo y el proteccionismo aún interactúan contradictoriamente en los intentos por establecer una coordinación clara de la nueva política económica.

El acercamiento político entre Estados Unidos y América Latina permitió la negociación del acuerdo de libre comercio con México, y también la concepción de unión con Puerto Rico, Costa Rica y la proyección de una "Cuenca del Caribe" para el desarrollo global de la zona próxima a la frontera nacional norteamericana. La geopolítica con fines profundamente económicos, en combinación con las nuevas estrategias de la política internacional, marcaron el rumbo de la iniciativa con los países de mayor cercanía geográfica.

Es necesario observar, en primera instancia, lo novedoso que resultó la búsqueda por negociar acuerdos de libre comercio con los países latinoamericanos. En la historia de las relaciones económicas, no se había registrado un interés tan definido por negociar acuerdos que puedan constituir un trato especial y distintivo en la conducción de la política exterior hacia América Latina. Si bien esto no implica un trato entre iguales, sí manifiesta una conducta diferente para el tratamiento del intercambio comercial y el desarrollo económico en el continente.

El comportamiento de la administración Bush para la creación de foros de negociación se caracterizó por conducirse de acuerdo a los imperativos geo-políticos, en combinación con los elementos circunstanciales que pudiesen actuar en favor de los intereses norteamericanos. Con ello, las perspectivas señalaron el camino empezando por los países de mayor cercanía geográfica, se destaca el acuerdo con México, apoyados en negociaciones subsecuentes con aquellos países de mayor apertura económica como Chile, Argentina y Brasil, con los cuales el rumbo hacia posibles acuerdos ofrecía un panorama promisorio.

El proyecto inicial de liberalización comercial fue presidido por el acuerdo trilateral de libre comercio de Norteamérica. La piedra angular del proyecto global de la política continental de Bush fue la concertación política con Canadá y México para la construcción de una política económica conjunta dirigida, casi explícitamente, por Estados Unidos, y poder establecer las condiciones primarias para la formación de un mercado de consumo superior al de la Comunidad Económica Europea.

La necesidad de rehabilitar la hegemonía norteamericana, representa un factor latente y predominante en el proceso de liberalización y apertura. Para Estados Unidos, la prioridad económica interna se contrapuso con el discurso de liberalización, además de constituir un obstáculo para el desarrollo armónico de una zona de libre comercio hemisférica. Así, la concepción de estos acuerdos resulta limitada y precaria para ambas partes. La administración Bush pretendió concertar acuerdos sobre una base contradictoria, sin contar aún con la fuerza económica necesaria para imponer un ritmo y una dinámica, indispensables para el desarrollo de los proyectos. De lo contrario, la intención de crear un nuevo clima para el desarrollo de las relaciones bilaterales, puede caer en el mismo círculo tradicional de reproducción que ha seguido la política norteamericana, cuestión que bien podría fracturar el esquema de recuperación iniciado por Bush para conservar el liderazgo y la hegemonía en un nuevo orden mundial.

Ahora bien, si el acuerdo de libre comercio con México representa el puente hacia el resto del continente; en el Caribe, la formación de una posible "cuenca de libre comercio" representó dos obstáculos: a) la supervivencia de Cuba con su régimen socialista, y b) los índices bajos de crecimiento económico de la zona.

Sin embargo, Estados Unidos ha manifestado su interés de consolidar un área de libre comercio capaz de constituir un artifice en el engranaje de la proyección hemisférica. Por ello, Bush presionó al régimen de Fidel Castro mediante el uso de intensos bloqueos económicos respaldados en la ley Torricelli. Además, se apropió del derecho de intervención económica en los países más débiles como Haití, República Dominicana, Granada, Trinidad y Tobago, con el apoyo de Puerto Rico.

Hasta ahora, los posibles acuerdos de libre comercio representan un elemento más en la plataforma del proyecto para las Américas. Habría que considerar las limitantes que la realidad económica interna pudiera constituir si se establecen las condiciones para llevar a cabo el proceso de las negociaciones, sobre todo, en función de la incapacidad del proyecto económico presentado por Bush para el desarrollo de una América unida por acuerdos de libre comercio.

3.2.5. Los intereses políticos.

Durante la guerra fría, América Latina constituyó una zona prioritaria para el modelo de dominación geopolítico instaurado por Estados Unidos. La división en bloques de poder antagónicos demandaba el ejercicio de una política de influencia basada en el desarrollo del discurso anti-comunista. Esta política imperialista fructificó gracias al apoyo de la intervención militar en zonas de mayor riesgo, y mediante sanciones económicas en aquellos países que pudiesen representar competencia comercial.

Como ya se ha visto, la caída del mundo bipolar en combinación con la crisis económica norteamericana arrastrada desde finales de los años sesenta, contribuyeron a la gestación de una geopolítica mundial distinta, donde los intereses políticos debían transformarse y adecuarse a la realidad. Quizá, la estructura geopolítica establecida durante el periodo de la guerra fría, constituyó el aspecto más maleable por la nueva política norteamericana, debido, entre otras cuestiones, a que el concepto de "zona de influencia natural" ha sido funcional en cualquier época y en cualquier realidad política. Con ello, se manifiesta un cambio en los intereses políticos que deben regir la zona, pero la estructura básica de dominación geopolítica en América Latina permanece.

Antaño, la política se apoyaba en el discurso anticomunista seguido de la intervención militar y la adopción del papel de "policia" guadián del interés y la seguridad nacionales. Ahora, el discurso cambia impulsado por las fuerzas económicas en un "nuevo escenario de guerra" donde Estados Unidos no se encuentra en tan buena posición como antes, y necesita recurrir, forzosamente, a la reestructuración de su política de

poder y la asignación de un nuevo interés político, de interés común continental.

La Iniciativa para las Américas, los tratados de libre comercio, el plan Brady, y demás acciones del gobierno norteamericano, constituyen un interés político fundamental en el giro de la política exterior. Quizá, la prioridad del interés económico haya distraído la atención, pero la maniobra política del proyecto económico de Bush hacia las Américas constituye un verdadero golpe maestro.

La administración de George Bush avanzó más en la articulación y coordinación de políticas con los gobiernos latinoamericanos, que en el ámbito puramente de las relaciones económicas. La prueba más fehaciente de esto, se manifiesta en el creciente proceso de apertura comercial y liberalización de algunos países latinoamericanos, aún sin recibir grandes beneficios del plan Brady y de la IPA.

Se tratará de establecer el panorama del nuevo contexto geopolítico mundial, respecto a los intereses políticos del gobierno norteamericano en la constitución de una América unida. En función del nuevo escenario de conflicto, donde la Comunidad Europea representa al adversario económico más renuente a la política norteamericana, y también respecto al potencial económico de Japón y la Cuenca del Pacífico, la política se rige en forma vertical hacia el resto del continente empezando por México.

En primera instancia, Estados Unidos estableció previamente una alianza económica con Canadá (nación que nunca ha mostrado oposición a la política económica norteamericana). Por cuestiones de inmediatez geográfica,

alianza inter-gubernamental y formación de las condiciones necesarias para la gestación del nuevo modelo de dominación hegemónica; se ha proyectado en México la plataforma política hacia el resto de América Latina. Obviamente, la disparidad en los niveles de desarrollo económico en el continente representa un problema, cada zona y/o país constituye un elemento estratégico en el proyecto económico de "unión americana", pero en distintos niveles de trato.

Centroamérica no constituye una zona de interés prioritario en la renovada cartera económica, aunque junto con el Caribe si representan una zona de seguridad político-militar, en la cual se necesita fomentar la transición de viejos movimientos revolucionarios hacia nuevos gobiernos compatibles con el gobierno norteamericano (Panamá es el caso más representativo). Brasil, Argentina, Chile y Venezuela, representan la base para establecer un liderazgo regional dirigido por la política norteamericana. Constituyéndose así una "zona hemisférica", más que de libre comercio de dominación hegemónica dentro de un nuevo contexto mundial. De tal modo, Estados Unidos ha logrado formar, cuando menos en el discurso, una América unida por el interés nacional norteamericano.

Así, la guerra económica con Japón y Alemania se convierte en una guerra geopolítica y estratégica. Estados Unidos capitalizó rápidamente el escenario de influencia en América Latina, a través del discurso librecambista con fines esencialmente políticos.

La administración de George Bush se caracterizó por construirse y legitimarse en el discurso político, por encima de la efectividad de la política económica. Se podría decir que las

causas que motivaron la necesidad de establecer un cambio en la política exterior norteamericana, rebasaron los intentos de Bush por controlar la situación económica, y con ello, mostraron un exacerbado interés por convencer en el discurso la viabilidad de su proyecto económico. Sin embargo, la realidad económica es más "cruda" de lo que Bush pretendió considerar, constituyendo cada vez más el obstáculo principal para el desarrollo de los intereses políticos de Estados Unidos en el mundo capitalista.

En consecuencia, los intereses políticos se desarrollan contradictoriamente en un proyecto económico sumamente precario. La administración Bush se ha desarrollado en una etapa de transición hacia nuevas estructuras de poder en el sistema internacional. La carencia de un proyecto de reestructuración económica interna, desplazado por la atención prestada a su política internacional, constituyó un elemento que restó eficacia a su proyecto. Es necesario observar, además, la necesidad de una reformulación profunda de la Iniciativa para las Américas, pues, la política establecida no ha realizado una renovación significativa de las viejas estructuras de dominación. Los resabios del viejo modelo pueden obstaculizar la efectividad de este proyecto.

Sin duda, el juego político entre las fuerzas económicas de las potencias capitalistas reviste una importancia singular. Con el defecto, para Estados Unidos, del estancamiento económico. La política hacia América Latina no resuelve del todo la crisis hegemónica norteamericana. Hasta ahora sólo ha servido como un paliativo que necesita una atención más decisiva y eficaz.

"Los Estados Unidos emplean al Fondo Monetario, al Banco Mundial y los acuerdos arancelarios del GATT, para imponer en América Latina la doctrina del comercio libre y la libre competencia, obligando al abatimiento de los cambios múltiples, del régimen de cuotas y permisos de importación y exportación, y de los aranceles de gravámenes de aduana, pero no predicán en modo alguno con el ejemplo..." "...la dependencia no se rompe sino que cambia de calidad."

Eduardo Galeano

4.- La respuesta de América Latina.

A lo largo de los capítulos anteriores, se ha expuesto la trayectoria y el comportamiento generales de la política exterior de Estados Unidos hacia América Latina. Con la finalidad de explicar cómo se ha desarrollado el proceso que condujo a la manifestación de un cambio en el tratamiento de las relaciones económicas bilaterales, gestado durante la administración Bush aunque limitado y restringido, fundamentalmente, por la crisis económica norteamericana.

Ahora bien, el análisis y estudio del comportamiento de América Latina frente a la Iniciativa para las Américas y el planteamiento de apertura política en la proyección de una "zona hemisférica de libre comercio", debe advertirse, en primer término, por la comprensión del proceso de subdesarrollo de las naciones latinoamericanas, manifiesto a lo largo de su historia.

Desde sus inicios, las naciones latinoamericanas emergieron a la vida independiente con múltiples contradicciones internas, que repercutieron negativamente en el desarrollo armónico de sus economías. Esta problemática fue producto de la herencia colonial en América Latina.¹

En la etapa colonial, la explotación de los recursos naturales y la mano de obra en los territorios colonizados constituyó un factor determinante en la definición del destino de

1.- Véase, Agustín Cueva, El desarrollo del capitalismo en América Latina, México, Ed. SXX, pp. 11-64.

las naciones latinoamericanas durante su vida independiente. Con ello, la inserción de estos países al escenario mundial fue lenta, desordenada y desprovista de elementos que pudieran permitir la creación de un desarrollo económico equiparable a las naciones europeas. En esa época, Estados Unidos había emergido al contexto internacional como una nación fuerte y en pleno desarrollo. Fue la etapa de consolidación de las bases de dominación continental mediante el ejercicio de los lineamientos de la "doctrina Monroe", "el destino manifiesto" y sus demás postulados de política exterior.

En consecuencia (como ya se ha señalado), Estados Unidos "adoptó" el papel heredado por España, necesario para fomentar su expansionismo territorial e imperialismo económico en América Latina. Condición que, apoyada en los resabios coloniales, contribuyó a la gestación de un nuevo yugo: el neocolonialismo norteamericano. Con ello, América Latina tuvo que subordinarse a los intereses económicos, políticos, militares y socio-culturales de Estados Unidos, constituyéndose en una zona de influencia norteamericana. Factor que contribuyó a la gestación y consolidación de procesos de subdesarrollo económico dependientes en la zona.*

Este proceso se caracterizó por tener una larga gestación histórica y ofrecer un destino común a todas las naciones latinoamericanas que accedieron a la independencia política del yugo colonial. De tal manera, los procesos de desarrollo en América Latina se caracterizaron por la desigualdad y la

* Aunque el término de subdesarrollo surge hasta la década de los años setenta, las economías latinoamericanas nunca lograron un desarrollo independiente, sin la intervención de Estados Unidos.

desacumulación de capital, generándose un clima general de hostilidad social en contra del imperialismo norteamericano.

A lo largo de la historia, los gobiernos latinoamericanos se manifestaron abiertamente en contra del intervencionismo, intentando en repetidas ocasiones luchar por la unidad latinoamericana en busca de un interés común, en contra de los intereses de Estados Unidos.²

Hacia los años setenta, los países latinoamericanos se percataron de la carencia de verdaderos procesos de industrialización y crecimiento de sus economías. Habían fracasado los programas de desarrollo estabilizador propuestos después de la segunda guerra mundial, en los intentos por incorporarse adecuadamente a la dinámica del capitalismo. En esos años, surgió la teoría de la dependencia económica sustentada en la concepción de la dialéctica de desarrollo del sistema capitalista, se afirmó que las economías de los países desarrollados necesitan de otras economías subdesarrolladas para poder seguir desarrollándose.³

Paradójicamente, esta dialéctica de desarrollo se puede percibir desde el surgimiento mismo de las naciones latinoamericanas. No obstante, la aportación de la teoría de la dependencia contribuyó a una comprensión más objetiva de las relaciones económicas entre Estados Unidos y América Latina. Las consecuencias del subdesarrollo económico condujeron a

2.- Puede consultarse a Modesto Seara Vázquez en "Tratado de la Organización Internacional" o bien, los acuerdos sobre integración económica latinoamericana de la Cepal.

3.- La teoría de la dialéctica de desarrollo fue concebida a raíz de la interpretación marxista de la dinámica de desarrollo del capitalismo

una crisis estructural manifiesta en los años ochenta, denominada como "década perdida" por la mayoría de los analistas.

Se puede afirmar con claridad que hasta finales de los años ochenta, la mayoría de los gobiernos de los países latinoamericanos se manifestaron en contra del imperialismo norteamericano en la región, con el fin de defender su independencia política en la adopción de sus propias políticas económicas. Esta actitud fue menoscabada por la existencia de una política económica agresiva implantada por Estados Unidos, en perjuicio de sus propias economías.

Sin embargo, ante la iniciativa de Bush por fomentar vínculos de unión continental en una nueva concepción de las relaciones bilaterales necesaria para enfrentar los retos que entraña la transición hacia un nuevo orden mundial, la mayoría de los gobiernos latinoamericanos respondieron favorablemente.

Si bien, América Latina había mantenido cierto margen político hacia Estados Unidos como respuesta a una política imperialista, en la actualidad el apoyo al libre comercio y la apertura política y económica de los países latinoamericanos han transformado el contexto para el tratamiento de las relaciones económicas bilaterales. Este comportamiento puede ser resultado de la necesidad de combatir una realidad encarnada por la crisis económica, y por una añeja necesidad de acceder a un nuevo orden económico mundial.

Países como México, Puerto Rico, Costa Rica, Argentina, Chile y Brasil se han manifestado abiertamente en favor de una unión con Estados Unidos, aunque esto implique una

subordinación política en función de una prioridad económica que no admite demora. Aún a pesar del riesgo que representa el nuevo rumbo en las relaciones económicas bilaterales, los gobiernos latinoamericanos han mostrado confianza en el "supuesto" beneficio de conciliar intereses con Estados Unidos. La desigualdad y asimetría económica producto del imperialismo norteamericano han pasado a segundo término y la negociación y coordinación de políticas ha resultado ser el eje de acción y conducción de los países latinoamericanos.

Además, se observa que Estados Unidos atraviesa por una crisis estructural que afecta directamente las economías latinoamericanas, y entonces sería incongruente pensar que un rechazo de los países latinoamericanos a la apertura económica propuesta por Bush, ofreciese un panorama promisorio para responder a la crisis económica de América Latina. Por el contrario, el clima de la apertura y liberalización económica se fundamenta en la existencia de una necesidad mutua entre Estados Unidos y América Latina, que debe regirse por un interés común en la concepción de una nueva relación económica; aún a pesar del imperialismo y la hegemonía política vigentes en el proyecto norteamericano.

Ahora bien, debe resultar complicado abordar el tema de la crisis económica de América Latina con tan poco espacio en este trabajo, el interés principal al exponerlo así se centra básicamente en la necesidad de establecer las bases para explicar el fenómeno de la apertura y liberalización de América Latina en el contexto general de las relaciones económicas bilaterales en la actualidad. Por ello, el tema de la crisis económica no será expuesto con todas las salvedades pertinentes, que bien merecen una atención digna de otros estudios. La peculiaridad en esta exposición puede resultar de

vislumbrar las características de un nuevo proceso de apertura política de la región latinoamericana hacia una liberalización más profunda de sus economías.

4.1. La crisis económica.

Se conoce que la crisis económica de Estados Unidos se manifestó desde finales de los años sesenta, contrarrestada por períodos de crecimiento económico debido al auge de la industria militar y a las ventajas que brinda encabezar el orden económico establecido en Bretton Woods, pero que ha prevalecido hasta la actualidad. Pues bien, la crisis económica latinoamericana reviste aún más complejidad, ya que constituye un factor inherente a las economías latinoamericanas presente durante su proceso de desarrollo económico.

El problema de la crisis económica de América Latina debe entenderse, primeramente, como un problema de *subdesarrollo económico* producto de un orden histórico que ha definido un proceso asincrónico de evolución, con la manifestación de elementos que interactúan contradictoriamente: signos de retroceso y estancamiento (estructuras productivas desarticuladas), y a la vez, de crecimiento económico (desarrollo de cierta infraestructura, mano de obra barata, etc.).

De tal modo, las economías latinoamericanas han seguido un proceso de evolución inmerso en un proceso de subdesarrollo económico, matizado por su propia dinámica de crecimiento. En este proceso, los signos de una crisis estructural fueron producto de una inserción desventajosa y precaria en el sistema capitalista, proceso de evolución lenta, contradictoria y asimétrica de desarrollo.*

* La existencia de una crisis estructural en las economías subdesarrolladas, no constituye un obstáculo para la generación de procesos de crecimiento económico que contribuyan a un desarrollo más equilibrado de sus economías.

Una vez comprendido este planteamiento, se puede observar que la crisis económica en América Latina se manifestó durante la década de los años setenta como un problema generalizado en las economías locales, ocasionado por la aparición de procesos de industrialización trunca.⁴ El surgimiento de la teoría de la dependencia acuñaría la relación entre subdesarrollo y crisis estructural, en la explicación del fracaso de los modelos de desarrollo establecidos. Por primera vez, los analistas latinoamericanos coincidieron en afirmar la carencia de verdaderos procesos de desarrollo en la región, debido a los vínculos de dependencia estructural de las economías desarrolladas (particularmente de la norteamericana) y a la existencia de gobiernos irresponsables, corruptos y protectores de una clase empresarial incompetente.

El subdesarrollo en América Latina fue concebido inicialmente como resultado de la ineficiencia e incompetencia de una clase empresarial protegida, donde las posibilidades de acceder a la conquista de economías industrializadas dependía de una buena conducción gubernamental para atender las necesidades de la economía interna. ¿Cómo había sido posible que los *nics* del sudeste asiático hubiesen desarrollado un aparato productivo altamente competitivo..? Pues bien, no fue solamente la negligencia de una clase empresarial sobreprotegida, ni la falta de un Estado previsor y promotor del desarrollo industrial y del bienestar social; Japón no jugó el mismo papel que ha jugado Estados Unidos frente a su periferia económica.⁵

4.- Fajnzylber, Fernando. La Industrialización trunca de América Latina. Ed. Nueva Imagen, México 1983, pp. 149-268.

5.- Ibidem, pp. 103-148.

La política económica de Estados Unidos hacia América Latina se ha caracterizado siempre por la penetración comercial, financiera, política, monetaria y socio-cultural, por medio del ejercicio de su poder, pactada con las oligarquías nacionales de los países latinoamericanos en detrimento del desarrollo armónico de sus economías.

Esta situación condujo a una crisis de todas las esferas socio-económicas en los países latinoamericanos, generándose así las condiciones que propiciaron la década perdida en América Latina durante los años ochenta. Los indicadores macroeconómicos expresaron signos rotundos de un estancamiento, arrojando, incluso, síntomas de profunda pobreza. El 40% de la población latinoamericana entró en la línea general de pobreza, alrededor de 115 millones de habitantes; un 45% de esta población fue considerada en los límites de extrema pobreza.⁶

Se había señalado con anterioridad la existencia de signos de una crisis estructural en las economías latinoamericanas desde el surgimiento de estas naciones a la vida independiente. Factor que marginó su capacidad de insertarse adecuadamente a la dinámica de la economía mundial y soportar el yugo del neocolonialismo norteamericano. Pero nunca antes en la historia, los signos de esta crisis hicieron tantos estragos en las economías latinoamericanas, como sucedió durante los años ochenta. Situación que debe comprenderse para después explicar cómo se podría manejar y comprender el asunto de la apertura y liberalización económica de estos países en la actualidad.

6.- Ramírez López, Berenice. "Las interpretaciones del desarrollo en América Latina", Problemas del Desarrollo, julio-septiembre de 1990, Vol. XXI, pp. 11-19.

La política económica de Estados Unidos hacia América Latina se ha caracterizado siempre por la penetración comercial, financiera, política, monetaria y socio-cultural, por medio del ejercicio de su poder, más atrasadas como las de Centroamérica y el Caribe. Esto establece la existencia de regiones y subregiones, países con rasgos y características diferenciales de desarrollo entre sí: Por ello para efectos de este análisis, todos los países latinoamericanos serán considerados como un sólo conjunto, ya que todos y cada uno de ellos pertenecen a la misma problemática política, económica y social, y que las diferencias entre los niveles de desarrollo no los sitúa -estrictamente- en una situación cualitativa distintiva en el contexto general. A pesar de sus fracasos de unión económica sucedidos a lo largo de la historia, América Latina ha compartido un destino común, ningún país (excepto Cuba cuya crisis es de otra naturaleza) ha sido capaz de revertir su crisis estructural. En mayor o en menor grado, esta crisis económica ha caracterizado a toda la región y analizarlo desde la perspectiva económica global, de una América Latina en su conjunto, de una zona de influencia norteamericana, constituye la materia de este trabajo.

Los principales indicadores económicos de la crisis durante los años ochenta fueron los siguientes:

- En 1980 la deuda externa fue de 160,297 millones de dólares, para 1987 ascendió a 409,815 con una transferencia neta de recursos al exterior en el periodo 82-87 de 145 mil millones de dólares por este concepto.⁷ En 1988-89 se transfirieron

7.- Burgueño Lomeli, Fausto. "Debate y crisis económica social: Hacia una nueva propuesta en América Latina" Problemas del Desarrollo, Vol. XX enero-marzo de 1989, pp. 15-18.

287,300 millones de dólares por pago de la deuda.

- La tasa de inflación promedio en 1985-87 fue del 150% anual, con un registro de aproximadamente 60 millones de personas desempleadas y un crecimiento del PIB del 25% anual; considerando que en este periodo las economías más fuertes de América Latina habían soportado ya la caída vertiginosa de 1982. En ese periodo, el coeficiente de la deuda externa fue el 377% respecto del total de las exportaciones, con un registro anual del 9% como pérdida total en el intercambio comercial. Para 1987, América Latina ocupaba el 4.3% del total del comercio mundial; con un déficit de casi 10 mil millones de dólares en balanza comercial.⁸

- Entre 1980 y 1989 el PIB decreció a 1.7%, el sector agrícola en un 2.7%, la industria en 1.4%; registrándose para 1989 índice inflacionario de 994.2%, con una deuda de 415.9 millones de dólares y un déficit total de 24.6%.⁹

La llamada década perdida en América Latina se caracterizó por acentuar los problemas estructurales de las economías semiindustrializadas; acrecentar los índices de desempleo, pobreza y declinamiento en los programas de salud y educación pública. El ritmo de las exportaciones de manufacturas y productos agrícolas se vió limitado por la carencia de inversiones y créditos suficientes para dinamizar la planta productiva. Además incrementó la afluencia de importaciones en casi todos los sectores de la producción, pero con índices bajos en la importación de bienes de capital.

8. - *Ibidem*, Vol. XX, enero-marzo de 1989, pp. 7-26.

9. - Ramírez López Berenice. *op.cit*, pp. 11-34.

A diferencia de la crisis norteamericana, América Latina no pudo establecer mecanismos de financiamiento de su crisis. Por el contrario, entre las exigencias del FMI y la adopción de prácticas orientadas al neoliberalismo fueron necesarias las políticas de ajuste, políticas que afectaron aún más a los sectores desprotegidos de la población. Los ritmos hiperinflacionarios ahogaron las posibilidades de estabilidad económica generándose un clima de inestabilidad financiera y monetaria, pérdida del poder adquisitivo de la población e incremento desmedido de los precios.

Durante los años ochenta, Estados Unidos presionó a los países más endeudados a la adopción de políticas de ajuste impuestas y sancionadas por el FMI. Ejerció duramente su política proteccionista a conveniencia y en detrimento de los sectores productivos más fuertes de las naciones latinoamericanas. Como el proyecto económico de Reagan descansaba en la manutención de un aparato militar gigantesco, sus intereses en América Latina eran de orden político-estratégico, sin importarle los efectos de la crisis en el continente. Mientras no afectase el intercambio con Estados Unidos, era innecesario restringir su política económica agresiva e impositiva. El imperialismo "reaganómico" intensificó la crisis económica dándose un clima de tensión en las relaciones económicas bilaterales.

En la actualidad, los procesos de liberalización y apertura económica establecidos en algunos de los países de mayor peso en la zona no pueden entenderse sin el marco de referencia histórico que representó la década de los años ochenta. A diferencia de Estados Unidos, América Latina no pudo financiar su crisis mediante la adopción de algún mecanismo que sirviera de paliativo, como lo fue la industria

militar en la era Reagan. La situación había llegado a un punto alarmante para sus economías, cuya naturaleza implicaba una atención distintiva de las anteriores.

4.2. Los intentos: liberalización y apertura económica.

La crisis económica en toda América Latina durante los años ochenta, condujo a la necesidad de establecer mecanismos más "efectivos" en la búsqueda por sanear la economía y poder consolidar proyectos adecuados a las exigencias de una nueva realidad económica mundial. Esto, con la aceptación de la necesidad de colaborar en la readaptación de sus economías locales a un proyecto conjunto de liberalización económica continental, capaz de responder a los imperativos de desarrollo económico para los años noventa, en la transición hacia un nuevo orden económico mundial.

Los procesos de liberalización y apertura económica en América Latina, así dispuestos por la mayoría de los gobiernos latinoamericanos, son producto de una "nueva concepción" de las relaciones entre norte-sur*. La prioridad en el proceso de transición y reordenamiento económico en América Latina, está delimitada por los efectos de la crisis económica.

Resulta paradójico y algo difícil de comprender el comportamiento de los países latinoamericanos por corresponder a los nuevos criterios para el entendimiento de las relaciones bilaterales con Estados Unidos. Máxime cuando ha resultado ser Estados Unidos quien manifestó la necesidad de llevar a cabo la formación de una América unida. La respuesta tan decidida por corresponder a las propuestas de la "nueva era" en la política norteamericana a partir de la administración Bush, se debe a tres factores:

* Puede entenderse como "Estados Unidos-América Latina" y/o "desarrollo-subdesarrollo".

a) La crisis económica:

Con la existencia de los vínculos de dependencia económica hacia Estados Unidos y en virtud de la incapacidad de crear mecanismos propios de reconversión económica del proceso de subdesarrollo. Situación que ha incrementado los índices de endeudamiento externo, atraso científico-tecnológico, déficit de balanza de pagos, entre otros factores. Los gobiernos en América Latina han decidido optar por el establecimiento de políticas neoliberales conforme a las condiciones de cada Estado.

b) Por la incapacidad que tienen los países latinoamericanos de luchar en contra de los intereses norteamericanos en la región:

Por más de 100 años, Estados Unidos ha ejercido su "derecho" de injerencia política, económica, militar y socio-cultural en todo el continente, resultaría sumamente difícil tratar de contraponerse a un nuevo proyecto, que bien podría representar una mejor opción en la búsqueda por encontrar salidas a su crisis. La crisis económica en América Latina reviste doble complejidad: 1) es una crisis estructural matizada por el subdesarrollo económico, y 2) la crisis se había convertido en un padecimiento crónico y permanente que parecía conducir al caos total.

c) A la necesidad de establecer mecanismos de concertación, conciliación y diálogo en la definición de las políticas a seguir:

En función del reordenamiento de las relaciones económicas bilaterales propuesto por Bush, ante las expectativas de confrontación con los imperativos de un nuevo orden mundial, los países de América Latina necesitaban olvidarse del pasado,

para tratar de recuperar un presente en una construcción más realista del futuro para el desarrollo de sus economías. Además, la negociación con Estados Unidos podría abrir las puertas para un nuevo desarrollo de las relaciones entre los mismos países de América Latina. Con ello, la unión en el continente se vislumbraría como una unión multilateral, en la creación de mecanismos de concertación política para la unidad latinoamericana. Se considera que los imperativos de globalización en los procesos económicos mundiales, reclaman la consolidación de zonas de integración económica regional, factor determinante para poder enfrentar los riesgos de la guerra económica mundial. Sobre todo para los países latinoamericanos, quienes se encuentran a la zaga del desarrollo científico-tecnológico y financiero.

Ahora bien, para América Latina en su conjunto, el reconocimiento de las ventajas que resultan de establecer acuerdos y procesos de negociación con Estados Unidos, en lugar de sostener abiertamente una guerra económica, ha producido efectos positivos de reactivación económica y crecimiento del aparato productivo. Aunque ésto no implica que se haya logrado revertir los efectos negativos de la crisis económica, sí ha generado la posibilidad de consolidar un nuevo rumbo para el tratamiento de los problemas económicos que los aquejan.

Sin embargo, a pesar de que estas políticas han logrado controlar los índices hiper-inflacionarios e incentivar la producción interna, no logran traducirse en un beneficio real para la sociedad; no se diga aquella que se encuentra en la extrema pobreza (más del 15% de la población). El problema fundamental de los gobiernos latinoamericanos al establecer procesos de liberalización y apertura económica, consiste en el

impacto negativo sobre la sociedad, al implantarse con más intensidad los procesos de ajuste neoliberales.

La mayoría de las políticas neoliberales adoptadas en América Latina no se reproducen en la realidad como se predicen en la teoría económica. "Estas políticas pretenden la estabilidad económica a través de la liberalización comercial, mayor competencia; la austeridad fiscal mediante el control de la participación del Estado en la economía, privatización y restricción financiera y monetaria estatal y la restricción del circulante monetario que permita la regulación y control de los precios".* Pero obviamente, estas reglas que parecen tan fáciles de llevarse a la práctica resultan una verdadera complicación en la realidad; por regla general, el Estado resulta ser el principal interventor y rector de la economía. Aún en países latinoamericanos como Chile la teoría económica no logra cumplirse como tal, debido a que el desarrollo económico en el mundo capitalista -aún en los países subdesarrollados- ha requerido en mayor o menor grado la dirección del Estado en la economía. En este contexto, los países latinoamericanos con mayor grado de desarrollo han decidido establecer cierta congruencia entre los postulados de la teoría neoliberal y las prioridades políticas internas.** Con ello, el crecimiento

* Para profundizar más sobre las bases teóricas del Estado neoliberal consulte la teoría monetarista de Milton Friedman.

** Estas consideraciones se establecieron según las opciones, circunstancias y situación (estabilidad política) de cada país latinoamericano, con la finalidad de fomentar la adopción de mecanismos de apertura que no dañaran las estructuras socio-políticas internas, y tampoco perturbaran la tranquilidad social. Aunque cabe observar que esto no garantizaría una plena coordinación entre las políticas económicas establecidas y la conducción política sobre los imperativos sociales.

económico está fundado en la estabilidad monetaria y control de inflación. A excepción de Brasil cuya problemática económica resulta difícil de controlar, el resto de los países latinoamericanos tuvieron un índice promedio de inflación inferior al 4.5% mensual, con una reducción del 500% al índice registrado entre el periodo 1982-90 y un crecimiento del PIB en un 3% promedio anual para 1991.¹⁰

A pesar del duro año de 1990, los indicadores macroeconómicos de 1991 arrojaron algunos puntos en favor de los procesos de recuperación económica. La deuda externa no creció se mantuvo, gracias a las negociaciones y las prórrogas otorgadas para su pago, con un registro de 426.2 millones de dólares. Hubo un saldo favorable por primera vez desde 1977 en la balanza comercial (exportaciones versus importaciones) de 11.9 mil millones de dólares; aunque con un déficit en cuenta corriente de 17.4 mil millones de dólares. Se registró un avance notable aunque temporal en la transferencia neta de recursos al exterior: de un déficit de 28.3 en 1989 se produjo un superávit de 6.7 mil millones de dólares en 1991.¹¹

A pesar del superávit comercial que registró 122.2 mil millones de dólares del valor de las exportaciones respecto a 110.3 de las importaciones, la liberalización comercial ha creado un ambiente de vulnerabilidad hacia el exterior. Con la manifestación de un beneficio notorio para el mercado interno de los países latinoamericanos, pero con altibajos y

10.- Rosenthal, Gert. "Balance preliminar de la economía de América Latina: 1991", Revista de Comercio Exterior, Vol. 42, Núm. 2, febrero de 1992, pp. 131-133.

11.- Ibidem, pp. 133 y 134.

fluctuaciones en el comportamiento de las producciones locales y las plataformas de exportación.

El panorama de apertura económica en América Latina se ha manifestado de la siguiente manera: Nicaragua, Honduras, Perú, Dominicana y Haití se encuentran bajo los efectos de altos y complejos procesos de ajuste. Por ello, no representan un avance significativo de crecimiento económico. Uruguay, Colombia, Costa Rica, Jamaica, El Salvador y Guatemala constituyen la media en el desarrollo económico latinoamericano, son países cuya recuperación es lenta y muestran índices de crecimiento económico entre el 0.5 y 1.5% anual. Los países con mayor dinámica y empuje de América Latina son México, Paraguay, Bolivia, Chile, Ecuador, Argentina y Venezuela, con una tasa promedio entre el 3 y 5% de crecimiento anual para 1991; situación que varía de acuerdo a la estabilidad política de sus gobiernos. Cabe destacar el caso de Brasil que presenta altos índices inflacionarios, las políticas de ajuste no han surtido un efecto positivo en su economía interna.

El superávit comercial de América Latina en su conjunto de 11.9 mil millones de dólares, no refleja fielmente el comportamiento exportador de la zona; pues está sostenido principalmente por las exportaciones de Argentina, Venezuela, México y Chile. Además, este saldo bien podría ser mayor pues los volúmenes exportados crecieron al 6% anual; pero debido al deterioro en los términos de intercambio, se mantuvo una depreciación en la mayoría de los productos exportados.

Los países de mayor dinamismo exportador (México, Argentina y Venezuela principalmente) son también los países más importadores del área y de mayor afluencia de capitales: captaron 27 de los 36 mil millones de dólares del ingreso total

de capitales de América Latina.¹² Esto se debe a que los procesos de apertura económica requieren un flujo constante de capitales de inversión extranjera, debido a la desincorporación del Estado en algunos sectores de la producción, entre otros factores. El caso de México es altamente representativo al respecto, pues registró un ingreso de más de 20 mil millones de dólares en 1991.

Las prórrogas en los pagos del servicio de la deuda externa permitieron ampliar las fuentes de financiamiento del déficit de balanza de pagos y de las políticas de ajuste. En combinación con el flujo de inversión extranjera, América Latina logró un aumento en sus reservas de 19 mil millones de dólares.

La relación entre deuda externa y exportaciones que registró un coeficiente de 300% anual en 1989, se redujo parcialmente en México, Chile y Argentina a menos del 200% constituyendo un alivio transitorio, mientras se espera que funcione el flujo de las inversiones en todos los programas de ajuste y liberalización.

La serie de factores que han impulsado el crecimiento económico en América Latina muestran cierta disparidad para establecer un balance económico global. Los países de alta apertura funcionan como pilares de la recuperación económica global, aunque falta que consoliden sus proyectos. Todavía existe un 40% de la población en la pobreza, y países como Haití aún registran retrocesos económicos alarmantes. De tal modo, la apertura y liberalización económica se ha

12.- Ibid, pág. 135.

caracterizado por ser un proceso heterogéneo y difícil de cuantificar.

Un punto que podría mostrar el comportamiento económico, es el referente a los países exportadores de petróleo. El bloque formado por Bolivia, Colombia, Ecuador, México, Perú, Venezuela y Trinidad y Tobago, tuvieron un crecimiento promedio del 4.4%. Los países no exportadores crecieron al 1.7% en promedio anual. Salvo Argentina, Paraguay y Chile cuyo promedio osciló entre el 2 y 3%. Con un crecimiento per-cápita para el primer grupo del 2.2%, y un decrecimiento de -0.5% para el segundo grupo. Esto se debe a una alta concentración del ingreso. Argentina se excluye como el país no exportador de petróleo con un promedio del 3% anual. Los países exportadores de petróleo sufrieron un deterioro del 9% promedio en los términos del intercambio. Mientras que los países no exportadores registraron un repunte del 1.8%.

Todavía resulta precario tratar de evaluar claramente los efectos reales de la apertura económica en las estructuras productivas, pues el proceso de reconversión industrial y estabilidad socio-económica no se ha llevado a cabo. Estados Unidos no ha concebido aún la importancia de establecer un proceso de readaptación de las economías locales a las demandas de una sociedad post-industrial basada en la producción científico-tecnológica. Seguramente, las crisis económicas de ambas partes pesan demasiado para la construcción de un mundo verdaderamente nuevo.

4.3 Estados Unidos-América Latina: ¿Una nueva relación económica?

A continuación se tratará de exponer los resultados y características del cambio gestado en las relaciones económicas bilaterales. Hasta aquí, se ha tratado de analizar el contexto general de las condiciones que produjeron este cambio, sin dejar de observar, por supuesto, cuales son los principios y las bases de la política exterior norteamericana que se han manifestado a lo largo de la historia.

Para poder efectuar un análisis de la nueva relación económica entre Estados Unidos y América Latina, se debe partir del surgimiento de un nuevo contexto internacional donde se pueda desarrollar esta relación. Si este nuevo contexto aún resulta muy complejo y difícil de evaluar en su justa medida, otro tanto resulta el análisis de esta nueva relación económica.

Vivimos en una etapa de constantes cambios en el Sistema Internacional imbuidos en un proceso de transformación de las relaciones económicas mundiales, en donde Estados Unidos ha manifestado su deseo de mantener el liderazgo y la hegemonía. Como ya se ha visto, la reivindicación de sus postulados de política económica mundial, basada en la asignación de mayor importancia a las relaciones económicas con América Latina; ha resultado ser uno de los proyectos más ambiguos del nuevo contexto.

La atención prestada por Estados Unidos al continente durante la guerra fría se centraba básicamente en elementos de carácter geopolítico y estratégico, como respuesta al mundo bipolar. Ahora ya no existen las condiciones que le

daban sentido a esta política, incluso ha cambiado el orden de importancia de América Latina como escenario geoeconómico para el reacomodo de fuerzas internacionales, esto constituye un cambio cualitativo. Se puede observar que la nueva relación económica reviste una importancia que engloba ámbitos más variados y relevantes en las relaciones bilaterales; como son: el comercio, la energía, las inversiones, el medio ambiente, el sistema financiero, los préstamos, la infraestructura, los derechos humanos, etc... Antes, la mayoría de estos elementos jugaban un papel secundario para el desarrollo de la política económica.

Así, América Latina debe fungir como un centro receptor de las exportaciones norteamericanas y debe promover la movilidad de los sectores de producción exportadora, sobre todo en los renglones principales para el desarrollo de la economía norteamericana. Si las relaciones comerciales de Estados Unidos con Europa y Japón resultan desventajosas, máxime en un período de profunda crisis de las estructuras productivas norteamericanas; entonces el mercado latinoamericano resulta ser más atractivo para mantener un crecimiento de sus exportaciones, aún a pesar de la crisis. Si el renglón de las exportaciones ha resultado ser importante, por su parte se puede observar un repunte en las importaciones de productos latinoamericanos; particularmente de petróleo, minerales, manufacturas y demás energéticos. De tal manera, la nueva relación económica se va caracterizando por el redescubrimiento de América Latina como una región susceptible de ser aprovechada en mejor forma.

Como en todo proceso de transformación cualitativa de las reglas que rigen cualquier tipo de relaciones mundiales, el camino resulta contradictorio, ambiguo, lento y lleno de

obstáculos. Todavía, ambas partes se encuentran inmersas en una etapa de crisis, factor que interactúa a veces en favor y otras en contra de los programas de negociación y conciliación de intereses entre ambas partes.

El diseño de la política exterior norteamericana se ha ido adecuando parcialmente a las exigencias temporales de cada caso. De tal forma se ha dado prioridad a los países con mayor nivel de desarrollo y de apertura económica. Quizá esto haya orientado el cambio de la política norteamericana hacia el bilateralismo regional. Así, México y el Caribe resultan más atractivos al corto plazo que los países de América del Sur; sin que ello signifique una discriminación irreversible en el comportamiento de la política norteamericana.*

La discriminación en las relaciones económicas bilaterales también es de orden cualitativo. En un período de crisis y de transición, resulta más atractivo trabajar en los países más susceptibles de adecuarse rápidamente a la dinámica de la política económica neoliberal.

Ciertamente, durante este proceso deben surgir incidencias políticas que puedan constituir un obstáculo para su desarrollo. Como insurgencias nacionalistas, guerrillas centroamericanas, o bien factores como el narcotráfico, inmigración y la ecología.

El eje dinamizador para la articulación de las políticas económicas en América Latina lo constituye el proyecto económico norteamericano. Con la disyuntiva que representa la

* En los últimos dos años, más del 50% de las exportaciones norteamericanas hacia América Latina han sido captados por México.

crisis económica interna en Estados Unidos, cuya problemática constituye un obstáculo para la evolución del proyecto de unión continental. La reconversión económica debe efectuarse primeramente en Estados Unidos, para poder cristalizar adecuadamente sus objetivos de política exterior. Este factor resulta decisivo para la redefinición real de la política norteamericana global.

La administración de George Bush no fue suficientemente capaz de vislumbrar un mecanismo de cohesión y articulación entre la política exterior y la política económica interna. De nada serviría una plataforma internacional tan pretenciosa, sin atender las exigencias de su propia economía interna. Al proyecto de Bush le hizo falta la creación de elementos integradores en su propia nación capaces de respaldar su agenda económica externa.

Sin embargo, la concepción de una nueva relación económica podría definirse en función de las siguientes consideraciones:

- a) La profundización en los programas de liberalización comercial en América Latina en un contexto que demanda una capacidad de respuesta a los embates de la guerra económica mundial.
- b) La guerra económica no solamente abarca el terreno comercial, también engloba el científico-tecnológico y el financiero. Es necesario reestructurar los vínculos de dependencia: mediante el uso de programas para el tratamiento de la deuda externa; el flujo de inversiones; la protección del medio ambiente; y, demás ámbitos que pudiesen representar un obstáculo para el desarrollo de la nueva política económica

c) La concepción de nuevos elementos de interés geo-económico (estratégico) necesarios para la renovación de la política exterior norteamericana.

d) La necesidad de establecer alianzas político-económicas en la conducción del proyecto de una "América unida" Se debe fomentar la concertación en foros internacionales, en los organismos regionales, la coordinación de políticas comerciales, y en todos aquellos puntos de coincidencia de intereses que fuesen necesarios.

e) La necesidad de reforzar la complementariedad entre ambas economías (Estados Unidos y América Latina) en vísperas de la recuperación económica, con la intención de fomentar un reordenamiento profundo de los proyectos de liberalización y apertura económica en América Latina.*

f) La necesidad de orientar los programas de recuperación hacia la reestructuración de los patrones industriales de producción. El nuevo orden económico mundial se caracteriza por la emergencia de una revolución post-industrial. Si bien los países desarrollados ya cuentan con una estructura industrial de innovación científico-tecnológica, Estados Unidos se encuentra a la zaga de este proceso, factor que obstaculiza su intención de mantener el liderazgo de las relaciones económicas mundiales.

* En este punto la administración Bush no cumplió con darle mayor envergadura a la necesidad de reestructurar su economía interna, sin lo cual las relaciones económicas bilaterales se desarrollan en un proyecto muy limitado. Así, su proteccionismo -a veces irracional- y la apertura comercial en América Latina interactúan contradictoriamente, en un clima de crisis económica global.

g) El comportamiento de los proyectos de unión americana se desenvuelven en un proceso altamente contradictorio y circunstancial. El camino en la renovación de las relaciones económicas bilaterales ha resultado muy complejo, Estados Unidos no ha sido capaz de aterrizar su proyecto y los resultados logrados hasta ahora no constituyen un gran avance en las expectativas concebidas para el desarrollo de una relación nueva.

h) México ha resultado ser el eje más importante de acercamiento bilateral, ya que sirve de guía para el engranaje de la política norteamericana continental. El TLC de Norteamérica se consolida como la piedra angular en la construcción de la zona hemisférica de libre comercio. El tratamiento de las relaciones económicas entre Estados Unidos y América Latina se ha regido por el bilateralismo, por una conducción vertical y según las prioridades estratégicas más inmediatas.

Conclusiones.

En este trabajo de investigación se ha realizado un seguimiento de los sucesos principales que han caracterizado y orientado la compleja realidad en el contexto de la política exterior de Estados Unidos hacia América Latina. En particular, los cambios sucedidos en la política exterior de George Bush no representaron un trastocamiento de los principios que constituyen la base de la política exterior norteamericana (doctrina Monroe y destino manifiesto), se observa que a lo largo de la historia el desarrollo de esta política, en cualquiera de sus manifestaciones, circunstancias y condiciones, se ha conducido bajo estos principios: elementos que han permitido el proceso de gestación, consolidación, madurez y transformación en el ejercicio de la misma política en contextos históricos diferentes.

La definición de un proceso de transformación cualitativa de la realidad; derivado de la ruptura del mundo bipolar, como respuesta a la crisis económica interna, en función de los imperativos de la economía mundial dividida en bloques de poder económico; no constituye un desplazamiento de las relaciones de dependencia. Por el contrario, representa la renovación y respuesta a un nuevo conjunto de problemas y circunstancias, en un proceso global de transición hacia otro orden mundial.

Se concluye que los principios que sustentan la política exterior norteamericana hacia América Latina no han cambiado, pero el surgimiento de un proceso de cambios en el comportamiento de esta política reviste nuevos elementos cualitativos, que se desarrollan en una realidad distinta a la establecida durante la guerra fría.

A pesar de que estos principios son inamovibles, debido a que constituyen la esencia misma de la reproducción del poder de Estados Unidos; la transformación de las condiciones donde éste se reproduce ha propiciado un cambio en la actitud y tratamiento de las relaciones con América Latina. Este cambio ha proyectado la adopción de nuevas políticas, mecanismos de conducción y operación en otro contexto político, económico y social diferente a los escenarios acostumbrados en la guerra fría.

El elemento principal para el surgimiento de esta nueva concepción lo constituyó el desmoronamiento del viejo orden mundial, en virtud de la ruptura bipolar producto del resquebrajamiento de la Unión Soviética.

Una vez que la bipolaridad se fracturó y la realidad emergida de la posguerra fría produjo un impacto desfavorable para Estados Unidos (traducido en pérdida del liderazgo económico y en la crisis hegemónica), se hizo necesaria la redefinición de los mecanismos de dominación en América Latina. Esto debido a que el objetivo de la administración Reagan se sustentaba en una supuesta autosuficiencia para dominar el mundo, después de haber emprendido con más intensidad la guerra fría frente a la Unión Soviética. Pero con el triunfo de la guerra fría, Estados Unidos salía victorioso de una confrontación ya rebasada por una realidad multipolar, quebrantándose el orden que le daba sentido y funcionalidad a la reproducción de su poder, además, con el surgimiento de una serie de contradicciones al interior del sistema -hasta ese momento controladas por las reglas que regían la guerra fría- que superaron las expectativas norteamericanas de equilibrio mundial.

Curiosamente, la ruptura del mundo bipolar no eliminaría por completo el viejo orden mundial, aún prevalecen las estructuras institucionales que mantienen a Estados Unidos como primera potencia mundial, aunque en muchos ámbitos estas estructuras ya no sean funcionales. La inquietud por reafirmar la transición hacia otro orden mundial distinto del anterior, se debe a que vivimos una etapa de transición de las estructuras de poder. Resulta paradójico pensar que con el "triunfo de la guerra fría", Estados Unidos no haya salido tan bien librado como sucedió después de la segunda guerra mundial.

Hasta ahora no se puede establecer como se reproducirán las relaciones de poder en un mundo dividido en bloques, en cambio, se ha detectado la iniciativa norteamericana de amortiguar los retos de la guerra inter-imperialista ganado posiciones, en un mundo de globalización versus proteccionismo. Situación que condujo a Bush a la concepción de la Iniciativa para las Américas como marco de renovación de las "olvidadas" relaciones económicas con América Latina.

La guerra económica se desarrolla en los ámbitos financiero, científico-tecnológico y comercial; entre las economías más industrializadas del mundo capitalista; con la consolidación de bloques económicos regionales, como motores del avance hacia una sociedad post-industrial.

La administración Bush estableció un cambio significativo en la política exterior. Nunca antes en la historia de las relaciones bilaterales, se había manifestado como prioridad una plataforma de acercamiento político para respaldar el discurso de liberalización y apertura económica en América Latina.

La reconquista política de los países latinoamericanos realizada por Bush permitió a Estados Unidos concentrar sus esfuerzos en un gran despliegue de política internacional, no solamente en el continente americano, también contribuyó a mantener su presencia política, económica y militar en Europa y Asia. Su administración logró dinamizar los agentes económicos externos, que a la postre funcionaron como paliativos a la crisis económica interna, relegando los desequilibrios que causaba al interior de su economía, donde el juego de fuerzas también requería una atención efectiva e inmediata.

El despliegue de esta política exterior no fue suficiente para combatir las flaquezas de la economía norteamericana. La renovación de las estructuras de poder económico demandaba una reciprocidad entre la política internacional puesta en práctica y la política interna. Al final, su gobierno no pudo seguir encubriendo los males de la economía interna, aún con una política exterior exitosa. Si bien su esquema de renovación y la asignación de un nuevo papel para América Latina resultaba inmejorable, las contradicciones acumuladas durante más de veinte años, producto de la crisis económica, emergieron como un elemento perturbador pendiente por resolver.

A George Bush se le acabó el tiempo y el discurso político para continuar con su labor "reconstructiva" en Estados Unidos, Se olvidó de puntualizar sobre dos aspectos que impidieron la consolidación de su proyección hemisférica de libre comercio:

a) La situación económica interna no fue suficientemente fuerte como para financiar una plataforma tan ambiciosa hacia el

exterior. Seguramente, la crisis económica interna* constituyó un obstáculo determinante para concretar el reencuentro político con América Latina. Es necesario observar que Estados Unidos no puede continuar indefinidamente con su juego proteccionista distractor de las políticas de ajuste, pues las posibilidades de apertura y renovación de las relaciones económicas bilaterales podrían resultar infructuosas.

b) Las tendencias de la economía mundial, sobre todo en los grandes centros de producción científico-tecnológica en países desarrollados, apuntan hacia la sociedad post-industrial. Mientras que las economías subdesarrolladas de América Latina distan mucho de incorporarse adecuadamente al proceso de desarrollo de esta dinámica económica. Al respecto existe una profunda disparidad entre el discurso y la praxis económica. Para que la proyección de la Iniciativa para las Américas cobre verdadera fuerza, resulta indispensable la readaptación de las economías latinoamericanas a la dinámica de crecimiento económico mundial, mediante el reordenamiento de los patrones de producción.

A finales del mandato presidencial de Bush, la carencia de un proyecto de reordenación económica interna, capaz de cohesionar las fuerzas políticas que mueven los intereses en Estados Unidos, en combinación con la exacerbada *idealización* de la política exterior, causaron un impacto negativo en el proceso de evolución del proyecto para las Américas.

* Pérdida de competitividad; déficit público, deuda tanto externa como interna, déficit de balanza de pagos; estancamiento de la producción industrial y científico-tecnológica, sobreproducción agrícola, etc...

Consideraciones Finales

En la precampaña presidencial de 1992, William Clinton, que a la postre sería electo presidente de Estados Unidos, criticó severamente el gran despliegue de política exterior de la administración Bush, pues alegaba que limitaba la atención de la situación económica interna. A pesar de la defensa de sus planteamientos Bush no pudo reelegirse, y al ascender la administración demócrata la iniciativa para las Américas fue aplazada, entre otras cosas, debido a la necesidad de aterrizar el tratado de libre comercio de Norteamérica.

Aunque William Clinton nunca manifestó un rechazo al proyecto de política continental iniciado por Bush, se mostró cauteloso al principio de su gobierno. Se preveía un interés concreto por darle prioridad a la realización del TLC. La decisión de la nueva administración se centró en la búsqueda por concluir las negociaciones del tratado, para constituirlo en un eje real de conducción en la política de liberalización comercial hacia el resto del continente.

Hasta conseguir la aprobación del Congreso norteamericano para poder efectuar la ratificación del TLC, la política de apertura política hacia América Latina se mantuvo estancada. El presidente mismo señaló que el tratado con México era prioridad en la agenda de política exterior, con lo cual se podía observar que el reencuentro con los lineamientos de la IPA estaba sujeto a la conclusión del acuerdo con México y Canadá.

Resulta lógico pensar que Clinton continuaría con los objetivos del proyecto hemisférico iniciado por Bush, pero no

quiso quedarse a la zaga en el discurso y prefirió llegar a concretar hechos, para que adquiriera mayor importancia el planteamiento de liberalización comercial. Así, el TLC pasó a ser el eje conductor de las relaciones con América Latina.

Al cabo de un año de su administración, se logró ratificar el tratado trilateral de libre comercio con México y Canadá, y pocos días después, el vicepresidente Al Gore anunció la posibilidad de celebrar una cumbre de jefes de Estado del hemisferio occidental (refiriéndose al continente americano) a realizarse en 1994, con la excepción de Cuba. Se habla nuevamente de buscar soluciones regionales a problemas comunes, con base en cinco puntos: a) cultura democrática*, b) seguridad colectiva, c) elevar los niveles de vida, d) protección del medio ambiente, y e) promoción del comercio y la inversión. Y añade que la cumbre podría generar condiciones propicias hacia una futura integración de las Américas.

En el discurso de presentación de este proyecto realizado en diciembre, se afirmó que el TLC debe cerrar la brecha entre norte y sur, una alternativa confiable ante la posibilidad de enfrentar una competencia que desembocara en guerra económica. Por primera vez, Clinton recogió el propósito fundamental de la IPA y ofreció una revisión cuidadosa de su agenda latinoamericana, y también respaldó su proyecto con los principios del panamericanismo de finales del siglo pasado. Y por si esto fuera poco, Al Gore declaró que Estados Unidos forma parte del "patrimonio revolucionario" y equiparó el "ideal bolivariano" con la doctrina Monroe.

* elemento nuevo en el discurso norteamericano, que cobra importancia por la cantidad de comicios presidenciales en América Latina para 1994. Se destaca el caso de México, por la centralización del poder y el TLC.

En el discurso de presentación de este proyecto realizado en diciembre, se afirmó que el TLC debe cerrar la brecha entre norte y sur, una alternativa confiable ante la posibilidad de enfrentar una competencia que provocara una guerra económica. Por primera vez, Clinton recuperó el propósito fundamental de la IPA y ofreció una revisión cuidadosa de la agenda latinoamericana. Respaldó su proyecto con los principios del panamericanismo de finales del siglo pasado.

Con ésto, se puede observar que Estados Unidos ha presentado una nueva propuesta modesta pero reestructurada, donde sobresale la intención de establecer un reencuentro entre el panamericanismo (que entró en un letargamiento durante los años setenta) y el latinoamericanismo de Simón Bolívar, y fusionarlos. También, se advierte la existencia de nuevos elementos de concertación política como el de la democracia, en relación a la situación política en Cuba; y el asunto de la pobreza, aunque no se han detectado planteamientos específicos para la solución de este problema.

Hasta ahora Estados Unidos ha presentado un plan y sus objetivos, América Latina ha respondido de conformidad con ellos, quizá porque no tenga una salida mejor o porque carezca de otra alternativa viable en la solución de su crisis económica. El camino no ha sido fácil, ni las posibilidades de éxito numerosas, sólo queda la necesidad de pugnar por conquistar un rumbo en las relaciones económicas bilaterales que beneficie a ambos. Sobre todo en atención al proceso de liberalización comercial norteamericana en torno al TLC, aunque esta apertura no constituya todavía una verdadera fuente de acceso a nuevas tecnologías, que pueda contribuir a la regeneración de los procesos de industrialización. Para entonces concretar acciones coordinadas que permitan

vislumbrar un interés común -aunque irremediabilmente asimétrico- capaz de crear una América que atienda los problemas de la marginación social y la extrema pobreza, en este nuevo proceso de replanteamiento del modelo de dominación continental.

Bibliografía.

Aguilar Monteverde, Alonso. El Panamericanismo, de la doctrina Monroe a la doctrina Johnson, México, Cuadernos Americanos, 1965, 186 pp.

André Gunder, Frank. La recuperación Reagan, Leviatán, Núm. 25, España, Siglo XXI, 1986.

Bach, George. Formulación de la Política Monetaria y Fiscal, Washington, D.C., Fondo Monetario Internacional, 1979.

Bambierra, Vania. El capitalismo dependiente latinoamericano, México, Siglo XXI, 1985, 179 pp.

Bermudez, Lilia. Estrategia de Reagan hacia la revolución centroamericana, México, Ed. Progreso, 1982, 197 pp.

-----, Guerra de baja intensidad, México, Siglo XXI, 1987, 232 pp.

Bosch García, Carlos. La base de la Política Exterior estadounidense, México UNA, 1969, 165 pp.

Brady, Nicholas. A Reexamination of the Debt Strategy, Third World Debt, Washington, Brooking Institution, 1989,.

Bromiko, Andrei. La exportación del capital, México, Ed. Nuestro Tiempo, 1986, 249 pp.

Ceceña, José Luis. El imperio del dólar, México, Ed. El Caballito, 1977, 205 pp.

Cepal: Evolución del problema de la Deuda Externa de América Latina y el Caribe, México, Número 72, 1988.

Cornell-Smith, Gordon. Los Estados Unidos y la América Latina, México FCE, 1977, 349 pp.

Dos Santos, Theotonio. Imperialismo y dependencia, México, Ed. Era, 1978.

-----, La crisis norteamericana y América Latina, Buenos Aires, Ed. Periferia, 1972, 148 pp.

Dozer, Donald. Are we good neighbors?, Florida 1961, 456 pp.

Eisenhower, D.D. Mis años en la presidencia, Barcelona, Ed. Bruquera, 1964.

Espinoza García, Manuel. La política económica de Estados Unidos hacia América Latina 1945-1961, Cuba, Ed. Casa de las Américas, 1971, 194 pp.

Fajnzylber, Fernando. La industrialización trunca de América Latina, México, Ed. Nueva Imagen, 1983, 416 pp.

Fuentes Mares, José. Génesis del expansionismo norteamericano, Colegio de México, 1980, 170 pp.

Furtado, Celso. La hegemonía de Estados Unidos, y América Latina, Madrid, Ed. Edicusa, 1971, 170 pp.

Galbraith, J.K. El capitalismo americano, Barcelona, Ed. Ariel, 1952, 282 pp.

González Casanova, Pablo. Estados Unidos: Hoy, México, Ed. Siglo XXI, 1984.

Grunwald, Joseph. La integración económica latinoamericana y la política económica de Estados Unidos, México, CEML, 1973, 248 pp.

Hoffmann, Stanley. Orden mundial o primacía, Buenos Aires, Grupo Editorial Latinoamericano, 1988, 379 pp.

Kolko, Gabriel. Raíces de la Política Exterior norteamericana, México, Ed. La Oveja Negra, 1988, 236 pp.

Maira, Luis. ¿Una nueva era de la hegemonía norteamericana?, Buenos Aires 1986, RIAL-GEL Editores.

Mandel, Ernest. El significado de la segunda guerra mundial, México 1991, Ed. Fontamara, 247 pp.

-----, La crisis 1974-1980, México, Serie Popular Era, 1977.

-----, Manual sobre Economía marxista, Serie Popular Era, México 1979. Tomo II, 432 pp.

Méndez, Sofia. La crisis internacional y la América Latina, México, FCE, 1989, Núm. 55.

Mostovets, N. Estados Unidos y América Latina, México, Ed. Progreso, 360 pp.

Nearing, Scott. La diplomacia del dólar, Nueva York, 1985, 353 pp.

Orozco, José Luis. El Estado norteamericano, México, UNAM, 1986.

Palacios, Alfredo. Nuestra América y el imperialismo, Buenos Aires, Ed. Palestra, 1961, 441 pp.

Seara Vázquez, Modesto. La hora decisiva, México, Ed. Planeta, 1986, 334 pp.

-----, La política exterior de México, México, Ed. Harla, 1985.

Shlesinger, Arthur. Los ciclos de la historia americana, Madrid, Ed. Alianza, 1988, 349 pp.

Smith, Hedrik. Ronald Reagan: ¿Una revolución conservadora?, Barcelona, Ed. Planeta, 1980.

Stenberg, Fritz. ¿Quién domina la segunda mitad del siglo XX?, México, Ed. Grijalbo, 1961, 296 pp.

Sweezy, Paul y Harry Magdoff. Dinámica del capitalismo norteamericano, México, Ed. Nuestro Tiempo, 1972.

Varios autores (comp. de periodistas latinoamericanos), Las luchas de posguerra, Buenos Aires, Ed. Codex, 1972, Tomo II, 600 pp.

Varios autores, El sistema latinoamericano, SELA, México, FCE, 1971, 486 pp.

Varios autores, Estados Unidos: Una visión latinoamericana, CIDE, México, FCE, 1984, 253 pp.

Varios autores, Las relaciones económicas de América Latina con Estados Unidos 1982-83, SELA, México, Siglo XXI, 1983, 135 pp.

Hemerografía.

Abella, Gloria. "La Iniciativa para las Américas", El Día, Textos Políticos, 4 de julio de 1991.

-----, "Notas sobre la crisis del capitalismo", Revista de Relaciones Internacionales, Núm. 41, Ed. Nueva Epoca, FCPYS, enero-abril de 1988, 5-13 pp.

Banderas, Juan. "Obsolescencia y crisis del panamericanismo", Anuario Mexicano de Relaciones Internacionales, México, UNAM, 1982, 87-102 pp.

Bonilla Sánchez, Arturo. "Hacia la inestabilidad mundial: un reto para Estados Unidos", Problemas del Desarrollo, Vol. XXII, abril-junio de 1991, 28-34 pp.

Borja, Arturo. "La política exterior de Reagan o el desfase de la óptica estratégica", CIDE, Núm. 9, 1981.

Bouzas, Roberto. "La política económica del gobierno de Reagan", Revista de Comercio Exterior, Vol. 32, Núm. 2, febrero de 1982, 152-164 pp.

Burgueño Lomelí, Fausto. "Debate y crisis económica social: Hacia una nueva propuesta en América Latina", Problemas del Desarrollo, Vol. XX, enero-marzo de 1989, 7-26 pp.

Dei Castillo, Gustavo. "El proteccionismo estadounidense en la era Reagan", Revista de Comercio Exterior, Vol. 37, Núm. 11, noviembre de 1987, 887-895 pp.

Gaytán, Rosa Isabel. "Esbozo de los conceptos fundamentales de la política exterior norteamericana 1947-1980", Revista de Relaciones Internacionales, Núm. 41, Ed. Nueva Epoca, FCPYS, enero-abril de 1988, 23-28 pp.

Green, Rosario. "Las relaciones entre Estados Unidos y América Latina", Foro Internacional, Colegio de México, primer trimestre de 1973.

Guerra Borges, Alfredo. "La inversión extranjera en América Latina: Algunos hechos y tendencias sobresalientes en los últimos años", Problemas del Desarrollo, Vol. XIX, enero-marzo de 1988, 9-30 pp.

Kuttner, Bob. "Los aspectos no analizados de la economía de Estados Unidos", Contextos, Año 3, Núm. 28, junio de 1982, 15-21 pp.

Maira, Luis. "América Latina pieza clave en la política de contención de Reagan", CIDE, Núm. 9, 1981.

Martínez, Ifigenia. "El Sistema Monetario Internacional y el problema de la deuda externa", Problemas del Desarrollo, Vol. XX, octubre-diciembre de 1989, 9-27 pp.

Navarrete, Jorge. "El manejo de la deuda latinoamericana", Revista de Comercio Exterior, Vol. 37, Núm. 1, enero de 1987, 3-8 pp.

Osorio Taffall, Bibiano y Alvaro Briones. "Autoritarismo y militarismo en la América Latina de hoy", Anuario Mexicano de Relaciones Internacionales, México, UNAM, 1981, 383-397 pp.

Ramírez López, Berenice. "Las interpretaciones del desarrollo en América Latina", Problemas del Desarrollo, Vol. XXI, julio-septiembre de 1990, 11-34 pp.

Rosenthal, Gert. "Balance preliminar de la economía de América Latina: 1991", Revista de Comercio Exterior, Vol. 42, Núm. 2, febrero de 1992, 131-150 pp.

Shatan, Jacobo. "América Latina, Deuda externa ¿Quién debe pagar?", Problemas del Desarrollo, Vol. XX, abril-junio de 1989, 115-136 pp.

Vuskovic, Pedro. "Raúl Prebisch y su teoría del capitalismo periférico", Revista de Comercio Exterior, Vol. 37, Núm. 5, mayo de 1987,

Saxe Fernández, John. "América Latina-Estados Unidos en la posguerra fría: Apuntes estratégicos preliminares", Problemas del Desarrollo, Vol. XXIII, julio-septiembre de 1992, 135-180 pp.

-----, "Iniciativa de Bush", Excelsior, 2 de octubre de 1990.

-----, "La doctrina Monroe, el corolario Bush", Excelsior, 9 de enero de 1990.

SELA, "la Iniciativa para las Américas: Evolución y perspectivas", Revista de Comercio Exterior, Vol. 42, Núm. 3, marzo de 1992, 237-243 pp.

-----, "La Iniciativa para las Américas en el contexto de las relaciones de América Latina y el Caribe con Estados Unidos", Reunión de Consulta Caracas, Venezuela, 22-27 de abril de 1991, 39 pp.

Varios autores, "Estados Unidos: Perspectiva Latinoamericana, Economía Política y política económica de la crisis norteamericana", CIDE, Volumen I, primer semestre 1980, 421 pp.

-----, "Estados Unidos: Perspectiva Latinoamericana, Economía Política y política económica de la crisis norteamericana", CIDE, Volumen II, segundo semestre de 1980, 554 pp.

Velazco Grajales, Jesús. "Las tendencias ideológicas de la nueva derecha", Cuadernos Semestrales, Núm. 19, primer trimestre de 1986.

Zea, Leopoldo. "El TLC y la América Latina", El Día, Textos Políticos, 27 de mayo de 1991.

-----, "La Iniciativa para las Américas: Un examen preliminar", El Día, 8 y 9 de abril de 1991.